

LA  
HISTORIA  
POLÍTICO - ECONÓMICA  
ARGENTINA

A LA LUZ DE LA SABIDURÍA CLÁSICA

LUIS MARÍA CABALLERO

UNIVERSIDAD  
SIGLO 21



LA  
HISTORIA  
POLÍTICO - ECONÓMICA  
ARGENTINA



Caballero, Luis María

La Historia Político-Económica Argentina : a la luz de la sabiduría clásica / Luis María Caballero ; editado por María Soledad Vivas ; prólogo de Rafael Alvira. - 1a edición especial - Córdoba : Universidad Siglo 21, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-90229-7-1

1. Historia Argentina. 2. Economía Política Argentina. 3. Filosofía Política Argentina. I. Vivas, María Soledad, ed. II. Alvira, Rafael, prolog.

III. Título.

CDD 320.82

Ninguno de nosotros puede decir: pero yo no tengo que ver, son ellos quienes gobiernan. No; yo soy responsable de su gobierno y debo hacer lo mejor de mi parte para que ellos gobiernen bien, participando en la política como puedo.

-S. S. Francisco, «Oremos para que los políticos nos gobiernen bien»,  
lunes 16 de septiembre de 2013



# | Índice

Prólogo .....	9
Introducción.....	13
<b>Capítulo I</b>	
La política moderna y la lección de los clásicos.....	23
<b>Capítulo II</b>	
Política y buen gobierno en los clásicos grecorromanos.....	39
<b>Capítulo III</b>	
Análisis político de la historia argentina.....	69
<b>Capítulo IV</b>	
Protagonista y testigo privilegiado.....	99
<b>Capítulo V</b>	
Entrevistas.....	113
Conclusiones .....	157
Referencias.....	163





# | Prólogo

Hay obras científicas, en el ámbito del saber político, predominantemente descriptivas, y otras más centradas en proponer modos de acción. Es normal, desde hace tiempo, que un discurso sobre materia política y político-económica se trate en términos de lucha de partidos y de arreglos personales o estructurales para ventaja del más hábil o más poderoso. Se da una renuncia a tratar el deber ser del mundo político y económico desde planteamientos profundos. El deber ser es mencionado de vez en cuando, pero como un arma dialéctica más, sin intención seria de llevarlo a la práctica.

La filosofía política clásica tiene como objeto —decía E. Voegelin en sus lecciones muniquesas— la virtud política; la moderna, por el contrario, el poder. Si la lucha por obtenerlo y mantenerlo es el fin, eso quiere decir que la unidad social está siempre amenazada; más aún, que ella solo puede ser un objetivo meramente retórico. Al poderoso inteligente no le interesa, pues una unidad social fuerte obliga a los dirigentes a comportarse en respeto a ella. De ahí que incluso en los sistemas totalitarios se necesite un enemigo —interior escondido o exterior— que ayude a sostener la presunta unidad general de la sociedad. Dicho en otros términos, si la virtud exige el sacrificio del gobernante, la primacía del poder exige la presencia amenazante de algún enemigo.

El acierto de esta obra de Luis María Caballero está, desde este punto de vista, en que tiene una intención práctica de enorme valía: ayudar a la mejora de la política y la economía argentinas, pero no lo hace mediante un amable recetario de buenas ideas, ni con referencias globales a la Argentina actual. Son modos de hacer nada despreciables, pero que más bien empujan a intentar un estudio más de fondo sobre cuáles son los problemas políticos fundamentales y qué instrumentos serios pueden servir para intentar solucionarlos.

Son muchas las circunstancias que pueden hacer que un proyecto político no acabe de salir bien o que incluso fracase, pero hay una que se repite casi

sin excepción: la falta de nivel humano —cultural, ético, «técnico»— del grupo dirigente. Hoy es común considerar la oligarquía como un régimen político perverso, pero es una tesis que conviene matizar. Si se trata —como es usual— de entender la oligarquía como un grupo de personas poderosas que injustamente detentan el poder, entonces no hay duda de su carácter perverso. Pero el origen de la palabra *oligarquía* está en la lengua griega, en la cual oligoi son ‘los pocos’. La oligarquía es un régimen en el que el poder está en manos de un grupo, que suele ser de ricos. Pero, se quiera o no, todo régimen está gobernado por unas pocas personas, y en la democracia misma los partidos no son muchos y están, a su vez, gobernados por pocos. Por consiguiente, el punto fundamental no está nunca en si son pocos o muchos, sino en las virtudes de esos pocos —quienesquiera que sean— que les hacen huir de todo monopolio del poder, y quienes respetan la libertad y la ley por encima de sus propios intereses.

Esto se ve muy bien en la política argentina. Pocas veces —y cada vez menos con el paso del tiempo—, el gobernante ha tenido a su alrededor un número suficiente de personas de intachable conducta. La corrupción es un lugar común en las democracias, y no olvidemos que los regímenes militares modernos —llamados «dictaduras militares»—frecuentes en la Argentina, son un fenómeno surgido en países con previa estructura social «popular». El militar pretende, en principio, conseguir la paz en sociedades internamente divididas y desestructuradas, porque la paz es el mínimo que configura cualquier sociedad.

Las virtudes, en el uso habitual especializado del término, son saberes prácticos. Eso son las virtudes políticas, y tienen como característica que carecen de sustituto válido. Se puede, como apunta Ortega y Gasset, utilizar la habilidad, pero eso al final genera decepciones de consecuencias nefastas. Por eso me parece un acierto de esta obra haber comenzado por el elenco de las ideas de los autores clásicos que son relevantes para el estudio de la virtud política del gobernante. Su valor al respecto es incomparable. Es toda una sorpresa para el lector atento e interesado en esta temática descubrir la inmensa riqueza que atesoraron los clásicos sobre esta materia.

Es un lugar común —en particular en el pensamiento moderno desde sus inicios— desconfiar de la virtud. Son pocos los que la encarnan, se dice, e incluso ellos fallan. Y es cierto que con frecuencia faltan personas de virtud política, pero se trata de un problema cuya única solución es conseguir que haya más, hasta alcanzar una cifra «mínima suficiente». Todo intento por resolver la cuestión mediante unas estructuras y un modo meramente «técnico» está abocado

al fracaso, como sabían los clásicos y la historia de los últimos siglos ha vuelto a demostrar, por más que los heraldos del sistema se nieguen a reconocerlo.

Sin duda, las buenas estructuras ayudan, pero al final el papel del buen gobernante es irremplazable. Una parte de gran relevancia en su formación como gobernante —con frecuencia descuidada hoy— es conocer la historia —en particular, la cercana— del ente político del que se ha de hacer cargo. Conocer bien una persona o una organización es imposible sin haber estudiado su historia.

Otro aspecto importante se refiere a la cercanía entre gobernar y educar. Son dos dimensiones inseparables: quien educa prepara para mandar u obedecer; quien gobierna bien está educando con sus decisiones y su vida entera. De ahí la consecuencia: aplicar el método socrático, insuperable en su profundidad. Se aprende en diálogo con quien sabe y te quiere ayudar con su saber.

Así pues, esta obra de Luis María Caballero recoge con gran acierto los elementos fundamentales para el objetivo que se propone: ayudar a la formación de la futura clase dirigente argentina. Une el aspecto filosófico del estudio de la virtud con la referencia esencial a los momentos clave de la historia argentina y el diálogo con maestros de la política reciente del país. Es difícil plantearlo mejor. Y está hecho con un estilo literario claro y correcto que no solo facilita, sino que excita a la lectura. Además, el autor demuestra su buen manejo en los variados campos que trata.

Cabe, para finalizar estas líneas, desear que muchos de los futuros «oligarcas» argentinos lean despacio esta obra y hagan suyo vitalmente su contenido. Una clase dirigente así formada, que busca primero el verdadero bien común, respeta la libertad, ayuda a la familia y a las instituciones que sostienen el bien social, e intenta incrementar la armonía y el equilibrio sociales, mediante el fomento de una tradición viva que sabe innovar, es la única capaz —por más que los «astutos» se rían de ello, antes de desaparecer— de llevar adelante un país maravilloso como es la Argentina, que el mundo entero se pregunta cómo no está donde debe, es decir, en el grupo de cabeza de los países del mundo.

**Rafael Alvira**

Catedrático de Filosofía | Universidad de Navarra



# | Introducción

La concreción de este trabajo, inicialmente concebido como tesis doctoral y luego convertido en libro, está enmarcada por el desarrollo de dos crisis de alcance global. La investigación inicial fue comenzada en el mes de noviembre de 2014 —en los estertores de la crisis financiera que comenzó en el 2008— y defendida en enero de 2019. El libro fue concretado a partir de entonces, a lo largo de la crisis ocasionada por la pandemia de COVID-19 y hasta el momento actual, en que la Argentina inicia un nuevo proceso político a partir de diciembre de 2023. Toda la obra fue realizada en el breve interregno existente entre dos situaciones complejas de trascendencia mundial.

Puede parecer una simple coincidencia, pero es preciso reconocer que, a lo largo del último siglo y medio, el orbe ha sido testigo de numerosos descalabros que han afectado la economía y la política de distintas sociedades. Estas situaciones tienen diversas causas, generalmente combinadas, en las que intervienen temas sanitarios, guerras, malas decisiones gubernamentales, etcétera, pero en todas ellas es posible encontrar elementos ligados a la ética y la moral. En cada una de estas crisis, se ha hecho evidente la falta de criterios adecuados en el ejercicio del poder y la autoridad.

Todas estas situaciones han repercutido de manera directa en la vida cotidiana de millones de personas que han sufrido la pérdida o precarización de sus puestos de trabajo, se han encontrado con la necesidad de aumentar la cantidad de horas trabajadas, con la disminución de los ingresos reales de las familias, con la restricción de libertades y garantías individuales, etcétera.

En la Argentina hemos sufrido, a lo largo del siglo XX, y casi fatalmente cada diez años, una crisis de importancia, con graves repercusiones sociales, y este dato nos debe llevar a reflexionar de manera profunda sobre lo que nos ocurre para descubrir soluciones sólidas y duraderas. Aunque es un lugar común mencionar que toda crisis es, para quien la sufre, una verdadera oportu-

tunidad de cambio y relanzamiento, debemos obligarnos a buscar en estos momentos complejos y difíciles una respuesta adecuada que pueda implementarse con éxito.

El modo en que afrontemos nuestra realidad resultará crucial para nuestro futuro como nación, y aquí no cabe desentendernos por no sentirnos llamados a la praxis política... A este respecto, dice el papa Francisco:

Ninguno de nosotros puede decir: pero yo no tengo que ver, son ellos quienes gobiernan. No; yo soy responsable de su gobierno y debo hacer lo mejor de mi parte para que ellos gobiernen bien, participando en la política como puedo. (2013, párr. 6)

Continuando esta línea, creo que, aunque el ejercicio efectivo de la autoridad y el poder corresponde a los que por convicción y vocación han decidido participar de la tarea gubernamental, la política no es una actividad que pueda resultar ajena al ciudadano común ni de la que sea posible olvidarse de manera absoluta.

En el mismo sentido se expresa mi maestro, don Ricardo Rovira Reich, cuando dice en su *opera magna*: «Lo común nos afecta a todos. La gestión de lo público puede tener un efecto multiplicativo. Al incidir en cada uno de los ciudadanos, ninguno debería desentenderse de lo que le compete e implica» (2012, p. XIX). Esta responsabilidad atañe y alcanza a cada uno de los miembros de una sociedad.

Por supuesto, aun cuando la responsabilidad política nos corresponde a cada uno, resulta innegable que el poder del dirigente, su radio de incidencia, etcétera, son superiores a los del ciudadano corriente. Por esta razón considero que las circunstancias actuales que se viven en el mundo occidental ameritan —por el alto efecto multiplicativo de las decisiones gubernamentales erróneas, el mal ejemplo impartido, etc.— una reflexión serena acerca de las cualidades esenciales del buen gobernante. Para poder emprender dicha tarea, recurriré a la visión humanista clásica sobre el arte del buen gobierno.

La perspectiva desde la que abordaré los temas por tratar en este libro estará marcada por mi perfil profesional. Mi formación universitaria proviene de lo jurídico, la ciencia política y el mundo de los negocios, y mi campo de acción se vincula con la historia, la política y la academia. Soy un argentino que comprende la necesidad que tiene su país de que sus políticos se formen y de que más gente piense el pasado y el presente para poder construir el futuro de la patria. Se nos adjudica el dudoso honor de ser considerados como «expertos en crisis» porque en nuestra tierra han sido ensayadas numerosas ideas que

luego han sido llevadas a otras regiones.

Como veremos, a lo largo de las siguientes páginas emplearé como patrón de contraste nuestra historia reciente porque creo que tal proceder puede contribuir a pensar una nueva —o renovada— manera de ejercer el poder y la autoridad. Este trabajo, aunque es un estudio interdisciplinar, puede inscribirse, principal y fundamentalmente, en el ámbito de la ciencia política. En este campo no caben las demostraciones empíricas como en las ciencias naturales, ni puede reducirse todo a silogismos lógicos e irrefutables. En este ámbito será posible, a lo sumo, plantear un problema; presentar luego una hipótesis razonable; brindar elementos de juicio que la hagan plausible; mostrar algunos ejemplos de tipo histórico de soluciones que se han aplicado con o sin buenos resultados; presentar una alternativa de solución posible, por supuesto, y dar, en apoyo de esas ideas, la opinión de autores suficientemente relevantes.

Ese es el marco dentro del cual he desarrollado las siguientes páginas. Asimismo, y porque una mera descripción de hechos histórico-políticos no resultaría especialmente novedosa, busco establecer en este trabajo una relación entre esos acontecimientos, que forman parte del «ser» (ciencia política), con una serie de ideas sobre el arquetipo del buen gobierno, es decir, del «deber ser» (filosofía política). Entre ambas ciencias, aunque comparten un mismo objeto de estudio, existen diferencias sustanciales en cuanto a metodología, perspectivas y objetivos. En efecto, la ciencia política es una ciencia social cuya finalidad es la descripción de la realidad política, a través del análisis de una serie de datos recogidos a partir de la experiencia y clasificados en función de esquemas teóricos previamente construidos.

Las conclusiones de la política no tienen un carácter comparable al de las leyes científicas de las ciencias naturales o de las llamadas «ciencias exactas». Dada la complejidad de los objetos de investigación en el campo de lo social, las correlaciones tienen un alcance más limitado y relativo. La formulación de las explicaciones en ciencia política siempre está abierta a la crítica, al enriquecimiento con nuevos datos y a su posible refutación a partir del descubrimiento de nuevos hechos empíricos o de la reconsideración de los anteriores.

La filosofía política, en cambio, no tiene por objetivo hablar de lo que sucede empírica y realmente, sino que se interroga sobre la normatividad y lo hace en términos valorativos. En este trabajo, de manera sucesiva, se entrelazarán ambos sistemas para extraer conclusiones válidas sobre el tema elegido.

La obra que presento pretende confrontar la realidad político-social de la Argentina a lo largo de su historia reciente con la filosofía perenne en materia política de la Antigüedad clásica. Considero que este estudio puede resultar

de interés en un mundo como el actual, que requiere —a mi entender— unos referentes políticos morales capaces de guiar la conducta política. Por eso, procuraré demostrar la importancia que tiene el ejercicio de las virtudes clásicas para quienes tienen la tarea y la misión de gobernar, y pondré de manifiesto que el análisis y la praxis de estas cualidades morales pueden contribuir a salir de las situaciones de crisis, a minimizar sus consecuencias dañosas y a evitar «recaídas» en el futuro.

Como he dicho antes, el mundo se está recuperando de la situación de crisis ocasionada por la aparición y difusión global del virus SARS-CoV-2. Sobre las causas de las crisis que se vinculan a la salud y a las respuestas que se han dado a esta pandemia, existe ya abundante bibliografía escrita por expertos. Dado que no es mi especialidad, procuraré centrar el foco de este trabajo en aspectos más vinculados a lo político, lo histórico y lo ético, siempre con la mirada puesta en la historia argentina.

Considerando que el objeto del libro procura ser general y abarcativo, no analizaré medidas puntuales que hayan sido implementadas con motivo de la pandemia, sino que esbozaré principios amplios —que deberán ser implementados según lo indique la prudencia política— que deben regir la elección y selección de las medidas bajo cualquier circunstancia histórica.

La mayoría de los abordajes realizados sobre esta temática se han centrado hasta ahora en el mayor o menor acierto de haber aplicado tales o cuales medidas sanitarias o en las consecuencias que dichas decisiones tuvieron en lo económico-financiero. Estos análisis han soslayado casi de manera absoluta las causas profundas de las debacles. En efecto, aunque el origen de lo que hemos vivido en los últimos años tuvo naturaleza «sanitaria», la manera en que se ha respondido a esa situación ha tenido diferentes resultados y consecuencias en las distintas regiones del mundo, no solamente en el modo en que éstas han afectado al conjunto social, sino también en la manera en que los individuos y las familias se relacionan con el resto de la sociedad, las organizaciones intermedias, el mercado y el poder político.

Por tales motivos, considero que el estudio y la profundización acerca del significado de un ejercicio virtuoso del poder se presentan como una necesidad imperiosa para explicar esta crisis, las anteriores y —por supuesto— las que inexorablemente se presentarán en el futuro. Para esto recurriré como fuente al humanismo clásico.

El ejercicio virtuoso del poder —como se verá a lo largo de este libro— es un poderoso generador de confianza social, y ésta, a su vez, es un gran aglutinador y facilitador en la construcción de consensos. La confianza y su



contracara, la lealtad —entendidas ambas como cimientos fundamentales de la relación entre gobernantes y gobernados—, son una parte esencial dentro de las cualidades que integran ese ejercicio virtuoso, y, aunque es un tópico mencionado y estudiado con frecuencia, merece seguir siendo analizado, pues el mundo actual las requiere en grado eminente. Dice Stefano Zamagni, entrevistado por María Isabel Negre:

Como sabemos, una economía de mercado no puede funcionar si no hay confianza; el *basic trust game*, porque una economía de mercado está basada en contratos, pero si no hay confianza, las personas no hacen contratos. Así, si yo no tengo confianza en ti, no voy a venderte esto porque no tengo confianza en que me lo vayas a pagar. Pero, al mismo tiempo, si no hay confianza no hay sistema de mercado y si no hay sistema de mercado tampoco existe la confianza. (2006, párr. 14)

Lo que ha ocurrido en el mundo a partir del año 2020 ha sido vivido en Argentina en diversas ocasiones a lo largo del siglo XX, y por eso creo que esta investigación puede presentar interés. Por supuesto, el abordaje que aquí intento no es el único posible, ni rechaza los que puedan realizarse desde las diversas disciplinas específicas, pero entre los diversos análisis que se han realizado sobre la historia reciente de la Argentina y sus recurrentes crisis no hay abundantes antecedentes sobre el enfoque específico que pretendo abordar en este trabajo, y quizás desde aquí pueda contribuir a una visión de conjunto más abarcativa sobre el tópico.

Considero que presentar una exposición crítica de algunos acontecimientos políticos de la Argentina de las últimas décadas del siglo XX, vinculándolos con el pensamiento de los mejores autores de la filosofía política clásica y con el de algunos autores contemporáneos que poseen relevancia suficiente como para tratar el tema, puede abrir un amplio panorama en esta tarea, pues en cada uno de ellos se vislumbran elementos que permitirán aportar a la construcción de nuestra ciencia política y su correlato filosófico.

Como explicaré con posterioridad, para la realización de las entrevistas que conforman el quinto capítulo de esta obra he elegido a tres personas que no pertenecen orgánicamente a los partidos políticos en cuyos gobiernos cumplieron funciones; los tres han tenido actividades relevantes —previas y posteriores al período analizado— vinculadas de manera directa con la formación de dirigentes y el diseño de políticas públicas; todos ellos han desarrollado en su obra escrita muchas de las ideas que aquí rescato como parte de la hipótesis; y, por último, han enfrentado durante su gestión numerosos obstáculos, no

siempre relacionados con lo técnico de las carteras a su cargo sino con fallas en el modo de concebir y ejecutar el arte de gobernar.

La perspectiva elegida no parece haber sido tratada de manera exhaustiva en otros estudios sobre el asunto que aquí abordaré. Por tratarse de un tema político vinculado a la historia reciente de la Argentina, he utilizado una amplia variedad de fuentes de naturaleza diversa: libros, *papers* académicos, artículos de opinión, editoriales de prensa, notas en periódicos y revistas —impresos y digitales—, entrevistas personales, etcétera. He intentado neutralizar el riesgo de superficialidad o transitoriedad de fuentes por contemporaneidad por medio de la utilización de libros de autores reconocidos por su solidez y seguridad, a pesar del óbice que supone el poco tiempo transcurrido desde algunos de los hechos analizados y el momento de la redacción de las presentes páginas.

Las entrevistas que se encuentran en este trabajo constituyen una parte sustancial de esta investigación y presentan elementos más que importantes en el análisis realizado. Tanto Domingo Cavallo como Gustavo Béliz y Carlos Kesman han tenido roles trascendentes en las últimas décadas de la historia argentina, y sus miradas y visiones aportan datos inéditos que ayudan a comprender gran parte de lo sucedido en mi país en los últimos tiempos.

A manera de hipótesis y de idea liminar, puedo afirmar que la vida virtuosa y ética de los gobernantes será condición necesaria —pero no suficiente— para el éxito de un plan de gobierno. Junto con ella deberá existir una razonable elección de ideas —la indispensable formación técnica en las distintas disciplinas involucradas, como economía, salud, seguridad interna y externa, ciencias de la educación, etc.—, un marco institucional adecuado y unas circunstancias favorables.

Por eso, al intentar generar un nuevo paradigma, me parece conveniente asirlo a los principios del humanismo y su visión, que coloca a las personas en el centro y las concibe de manera integral y no parcializada. Considero que el humanismo clásico es un buen punto de apoyo, como patrón de contraste, para realizar esta investigación. Creo también que la vinculación de lo que los filósofos clásicos han considerado como cualidades propias del gobernante con la realidad de lo acontecido en los últimos años es un buen hilo conductor para este trabajo. Me parece una garantía sólida enfocar este estudio desde una filosofía probada por el juicio de la razón y por la experiencia histórica; un sistema de pensamiento que se inició hace más de 2500 años y que ha estado presente —en ocasiones, como principal fuente de inspiración— en casi todas las etapas históricas que ha atravesado nuestra humanidad y sigue vigente en

nuestros días.

George Santayana advierte en *La vida de la razón* que «quienes no pueden recordar su pasado están condenados a repetirlo» (1958, p. 284). Así pues, la revisión de hechos históricos planteada desde la visión clásica parece ser la más adecuada, en cuanto que se ajusta a la doble perspectiva de la ciencia y la filosofía política, que, tal como he señalado anteriormente, analizan el «ser» y el «deber ser» de lo político.

La política no puede ser abordada como una ciencia aislada, puesto que, por su mismo objeto, requiere del auxilio de datos históricos, filosóficos, jurídicos, económicos y éticos, presentes en la realidad de un tiempo y de un lugar específicos. El abordaje de esta temática será realizado, entonces, tomando en consideración todos estos elementos, pues todas esas ciencias se vinculan directamente con el buen gobierno.

El presente trabajo está estructurado en cinco capítulos. En el primero expongo el marco conceptual dentro del cual se desarrolla la investigación. En el segundo analizo la idea y el concepto de virtud en el pensamiento político clásico. En el tercero, por su parte, analizo de manera breve y esquemática la historia de los principales procesos políticos de la Argentina en el siglo XX. En el cuarto procuro brindar un análisis más profundo y detallado de lo acontecido en las últimas décadas de esa centuria, utilizando como hilo conductor la actuación pública y el trabajo académico del Dr. Domingo Cavallo, uno de los principales protagonistas de la historia política argentina durante el último tercio del siglo XX y las décadas transcurridas desde el inicio de este siglo que transitamos. En el quinto, por último, transcribo textualmente las tres entrevistas realizadas para esta investigación, por constituir ellas una parte importante de este trabajo.

Con la presente indagación —conveniente es aclararlo—, no busco como objetivo la defensa de un sistema político o de un programa económico particular. Aspiro, sin embargo, a descubrir razones y posibles soluciones al cíclico problema de las crisis socioeconómicas profundas, por medio del análisis de situaciones que se han ido presentando en estos últimos años en la Argentina, en regímenes políticos y económicos muy diversos que se han visto afectados de manera similar.

Este libro ingresa en el proceso final de edición unos pocos días después de las elecciones generales de segunda vuelta en la Argentina, que han consagrado como presidente de la nación para el periodo 2023 / 2027 a Javier Milei, un recién llegado a la política, que ha sabido encauzar el descontento popular con los políticos tradicionales, a través de su proyecto. Aspiro a que las ideas

de estas páginas puedan ser de utilidad a quienes tendrán, a partir de ahora, la tarea de gobernar nuestro país.

El presupuesto básico de este trabajo, que —a manera de intuición— surge de la simple observación de lo que sucede hoy en el mundo —principalmente en Occidente, pero con claras consecuencias también en el Oriente desarrollado—, es que no es posible que un país —o un bloque de países, como la Unión Europea o el Mercosur— logre avanzar en la senda de un verdadero desarrollo, ni siquiera en un marco de respeto por la libertad individual, si la práctica de las virtudes no subyace a las relaciones intraestatales e intraempresarias que existen entre Estado y empresa y que vinculan a estos actores con la misma sociedad civil. Me parece evidente que el sistema no está en condiciones de «autocorregirse», por lo que considero que contribuir a repensarlo, desde la perspectiva del humanismo clásico, es una tarea impostergable.

A la hora de los agradecimientos, quisiera poner, en primer término, a mi mujer, Candelaria Lucca, y a mis hijos, Luis María, Felipe, María del Rosario, Calixto y Sixto María, que cada día me regalan alegría y fuerzas para seguir adelante en mi labor.

De manera muy especial, también quería agradecer a quien ha sido el director del trabajo académico que dio origen a este libro, y a quien —como he dicho— considero mi maestro, Ricardo Rovira Reich, quien, desde mi primera juventud, guía y acompaña mi trabajo intelectual y político, procurando hacerlo riguroso pero flexible, y recio pero sensible a la vez. Su consejo como amigo bueno y maestro sabio ha hecho posible el abordaje de esta temática y la culminación de este trabajo.

No puedo dejar de mencionar a Civilitas, la institución que más ha contribuido a mi formación política. Esta asociación, nacida en la ciudad de Córdoba hace más de treinta años, con presencia en España y en otros países del mundo, viene trabajando desde entonces en la formación intelectual y moral de dirigentes, con una perspectiva humanista integral. Su misión, a mis ojos, se presenta como cada vez más necesaria en un mundo lleno de desafíos como el que nos toca vivir. En particular, agradezco a Sebastián García Díaz, por su consejo, su apoyo y su amistad, y a Carmen Álvarez Rivero, porque su trabajo, comprometido y eficaz en el Congreso de la Nación, es inspiración para muchos.

Agradezco también a la Universidad Siglo 21; a su rectora actual, Laura Rosso y a su antecesora, María Belén Mendé; a su vicerrector de Asuntos Académicos, Pablo Rivarola, y a quien me precedió en mi rol de decano, María Eugenia Cantarero. Sin mi universidad, esto no hubiera sido posible.

No quiero olvidar tampoco al Instituto Empresa y Humanismo, en la persona de uno de sus fundadores, primer director y actual presidente emérito, el Prof. Rafael Alvira Domínguez.

Siempre, además, a mis padres y hermanos, por su apoyo permanente e incondicional.



# *Capítulo I*

LA POLÍTICA MODERNA  
Y LA LECCIÓN DE LOS CLÁSICOS





## A. ¿Qué es un clásico?

Como el título del trabajo incluye una referencia a los clásicos, parece imprescindible comenzar aclarando qué entenderemos aquí por esa palabra, que puede ser usada como adjetivo, pero también como sustantivo, ya que será el soporte desde el que vamos a partir. A modo de declaración de principios, dejamos asentado que al hablar de «virtudes del buen gobernante» nos estaremos refiriendo primordialmente a lo que entendían por éstas los autores de la Antigüedad clásica grecorromana.

El término «clásico» deriva del adjetivo latino *classicus*, que significa ‘de la clase más alta’ de las cinco en que Servio Tulio dividió a los ciudadanos romanos de acuerdo con sus fortunas; pero fue Aulo Gelio, en el siglo II de nuestra era, el primero en utilizar la expresión *classicus* en sentido figurado para referirse a un escritor de valor y prestigio, aunque ya Cicerón había sacado el nombre *classis* de su esfera política y militar y lo había empleado para designar a una «clase» de filósofos.

Los estudiosos del Renacimiento, que escribían en latín, adoptaron este adjetivo para designar a los autores griegos y latinos en general, y a partir de entonces contamos con el uso actual de este término. Con un sentido más restringido y temporal, se comenzó a utilizar para designar a lo mejor de la cultura de esta época dentro de la civilización grecorromana. En este sentido, suele entenderse como período clásico a la mayor parte de los siglos V y IV a. C., desde la derrota de los persas en el 480 a. C. hasta la muerte de Alejandro Magno en el 323 a. C., cuando nos referimos a los griegos. Al abordar a los romanos, por otro lado, el período clásico se considera desde el siglo I a. C. hasta la muerte de Augusto en el 14 d. C., pero con laxitud y excepciones temporales: así, a Plutarco de Queronea (45-125 d. C.) se le ha denominado «el clásico entre los clásicos» por su importancia cultural y por su estudio de los siglos antedichos.

Dentro del campo filosófico-político, se ha considerado que deben tenerse siempre presentes los conceptos vertidos por Leo Strauss, en su obra *¿Qué es filosofía política?* (1970), que parece resumir bien lo tratado por otros autores que han abordado la misma temática en el asunto que nos ocupa. Estimamos también útil recurrir a algunos autores de temas relacionados con otras artes y otras épocas —como la literatura, por ejemplo— que son considerados con autoridad en este aspecto, como es el caso de Sainte-Beuve, Azorín, Jorge Luis Borges, Gadamer e Italo Calvino. Una breve referencia a ellos puede ayudar a perfilar más equilibradamente el concepto.

Charles-Augustin Sainte-Beuve (1804-1859) publica en París el 21 de octu-

bre de 1850 un artículo con el mismo título de este epígrafe, en el que sostiene: Un clásico en la definición común es un autor antiguo, ya consagrado en la admiración y que es una autoridad en su género. La palabra clásico con este sentido, aparece con los romanos: llamaban **classici** no a todos los ciudadanos de las distintas clases, sino sólo a los de la primera, y que disponían de una renta determinada. Todos los que tenían una renta menor se designaban con la denominación **infra classem**, es decir, por debajo de la clase por antonomasia. (2011)

El autor argentino Jorge Luis Borges, mucho más cercano en el tiempo, en un ensayo incluido en *Otras inquisiciones*, también se pregunta:

¿Qué es, ahora, un libro clásico? Tengo al alcance de la mano las definiciones de Eliot, de Arnold y de Sainte-Beuve, sin duda, razonables y luminosas, y me sería grato estar de acuerdo con esos ilustres autores, pero no los consultaré. He cumplido sesenta y tantos años; a mi edad, las coincidencias o novedades importan menos que lo que uno cree verdadero. Me limitaré, pues, a declarar lo que sobre este punto he pensado... Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término... Clásico no es un libro (lo repito) que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad. (1998, pp. 289-292)

Como estamos intentando explicar lo que se entiende en este trabajo como «clásico» y hemos hablado de la legitimidad de recurrir a los clásicos para compararlos o contraponerlos con la realidad de los tiempos presentes, y como estamos haciendo indagación del significado de un concepto, parece oportuno recurrir al maestro de la hermenéutica contemporánea: Hans-Georg Gadamer. En un epígrafe titulado *El modelo de lo clásico*, en su conocida obra *Verdad y Método*, sostiene:

El concepto de la antigüedad clásica y de lo clásico, tal como viene dominando sobre todo al pensamiento pedagógico desde los tiempos del clasicismo alemán, reunía un aspecto normativo y un aspecto histórico. Una determinada fase evolutiva del devenir histórico de la humanidad habría tenido por efecto simultáneamente una conformación más madura y más completa de lo humano. (Gadamer, 1977, p. 354)

En la página siguiente, agrega:

Como designación de un estilo, el concepto antiguo era cualquier cosa, menos unívoco. Y cuando empleamos actualmente clásico como concepto histórico de un estilo que se determina unívocamente por su confrontación con lo de antes y lo de después, este concepto, ya históricamente consecuente, es sin embargo definitivamente ajeno al de la antigüedad. El concepto de lo clásico designa hoy una fase temporal del desarrollo histórico, no un valor suprahistórico. Sin embargo, el elemento normativo del concepto nunca llegó a desaparecer por completo. (Gadamer, 1977, p. 355)

Como más arriba en estas páginas hemos anunciado que nos miraremos y compararemos con los autores de la Antigüedad grecorromana, parece interesante saber lo que nos dice al respecto el maestro de la hermenéutica:

Con esto concuerda el que en el pensamiento moderno el concepto de lo clásico viniese a usarse para el conjunto de la antigüedad clásica, en un momento en el que el humanismo proclama de nuevo el carácter modélico de esta antigüedad. Con ello recogía, no sin razón, un viejo uso lingüístico. Pues los escritores antiguos, cuyo descubrimiento realizó el humanismo, eran los mismos autores que habían constituido el canon de lo clásico en la antigüedad tardía. (Gadamer, 1977, p. 357)

En el escrito que estamos citando, es posible encontrar muchas sólidas razones para afirmar la validez permanente de lo clásico, lo que justifica abordar el análisis de la realidad argentina de las últimas décadas comenzando por el pensamiento de la Antigüedad grecorromana.

Entendemos que estas citas, quizás algo extensas, constituyen una aprobación de nuestra metodología, que analiza el presente contrastándolo con un luminoso pasado en la filosofía y en la teoría política.

En las entrevistas que forman parte de esta investigación, aparecerá reiteradamente la importancia de la lectura y relectura de los pensadores clásicos, por lo que viene a colación la pregunta con que Italo Calvino da título a uno de sus ensayos: *¿Por qué leer a los clásicos?* Para él, un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. «Son esos libros de los cuales se suele oír decir: “Estoy relejendo...” y nunca “Estoy leyendo”» (Calvino, 1993, p. 1). Un clásico es un libro de relectura, de descubrimiento constante, cargado de huellas y señales, que suscita incesantemente «polvillo de discursos críticos» y que, en definitiva, sirve para definirse a uno mismo en relación o, quizá, en contraste con él.

Otra vez nos encontramos con afirmaciones similares a lo que pretendemos: comparar para comprender mejor.

Calvino (1993) sostiene que un clásico forma parte de una continuidad cultural y representa una influencia, consciente o inconsciente, ineludible para todo aquel que lee y escribe dentro de esa cultura, una que lleva escondidas en todos sus pliegues las marcas de sus clásicos.

Finalmente, aunque luego profundizaremos más en esta idea, queremos mencionar una frase de Leo Strauss que precisa aún más y nos pone en el marco adecuado:

Quando describimos la filosofía política de Platón o de Aristóteles como filosofía política clásica queremos expresar que se trata de la forma original de la filosofía política. Alguna vez se ha caracterizado lo clásico por su noble simplicidad y su grandeza serena. (1970, p. 35)

Para Strauss este modo de pensar de la Antigüedad grecorromana es el modo «natural» de razonar, entendiendo este último concepto como lo opuesto a lo meramente humano, o demasiado humano...

Aunque en la misma obra posteriormente acepta que algunos autores modernos han devenido en «clásicos», sostiene que en filosofía política debe entenderse por tales a los de la Antigüedad griega y latina. Asimismo, en audaz afirmación, sostiene que, «comparado con la filosofía política clásica, todo pensamiento político posterior... tiene un carácter derivativo» (Strauss, 1970, p. 36). Por supuesto, este aserto no significa negar los méritos que pueden existir en los autores modernos, pero sí pretende ilustrar la centralidad del pensamiento grecorromano en esta materia. Durante muchos siglos, hasta entrada la modernidad, las ideas de aquellos autores fueron la guía y referencia de gobernantes de todo el mundo, en distintos regímenes políticos. Como se verá en el capítulo específico, también lo fueron para los dirigentes políticos de la época de esplendor de la República Argentina.

A fin de delimitar más el objeto de nuestro análisis, es menester precisar que, siguiendo los criterios enunciados por Calvino, existirían dos parámetros para considerar que un escrito —o un autor— pueda ser incluido en el catálogo de los clásicos. Desde un punto de vista amplio, son clásicos los autores cuyas ideas se han convertido en una constante fundamental dentro del ámbito específico del arte o del campo científico dentro del cual se han desarrollado. Desde esa perspectiva, Shakespeare, Cervantes, Tolstoi, Twain, Dostoievski y Borges son clásicos de la literatura universal; Locke y, particularmente, Hobbes, pueden ser considerados clásicos del pensamiento político, etcétera.

Desde un punto de vista más restrictivo, que es el criterio que adoptamos en este trabajo, se considera clásicos a los autores, filósofos y pensadores más relevantes del período denominado Antigüedad clásica grecolatina. Dentro de este marco geográfico y temporal, además, se prestará especial atención a quien se ha convertido en uno de los autores clásicos más citados a lo largo de la historia y que ha dedicado la parte sustancial de su obra escrita a finalidades homólogas a las aquí intentadas: Plutarco de Queronea.

Plutarco ha sintetizado de manera magistral el pensamiento político de los autores que lo precedieron y sentó las bases para los desarrollos posteriores. Su pensamiento político, como analista y como creador, es hoy indiscutido.

Luego de estas opiniones que, probablemente, ya dan respuesta a la siguiente pregunta, quizás convendría interrogarse si tiene sentido recurrir a experiencias e ideas desarrolladas y vividas hace dos milenios...

## **B. Legitimidad del recurso a los clásicos**

Puede parecer innecesario —o un excesivo remontarse en el tiempo— que en este trabajo sobre los avatares políticos de la Argentina de las últimas décadas del siglo XX se intente realizar, además, una comparación con las consideraciones realizadas sobre el buen gobierno por algunos de los más destacados autores de filosofía política de la Antigüedad clásica.

Aunque, como hemos dicho, este estudio parte de un enfoque de ciencia política aplicada y no únicamente desde una perspectiva filosófico-política, nos parece conveniente o, más bien, imprescindible, tener siempre a la vista, como sustrato, la filosofía política, en cuanto que trata de lo *perfectible* de la vida política; y *a fortiori*, cuando entramos en la instancia de juzgar y comparar lo que se hizo y lo que podría haberse hecho mejor.

Este trabajo no busca ser un análisis sobre autores de la Antigüedad, sino que pretendemos aquí utilizar algunas de las ideas-madre por ellos desarrolladas como medida de juicio sobre algunos hechos histórico-empíricos de la política reciente y contemporánea. En esa línea, recurrir a los pensadores políticos antiguos como patrón de contraste para juzgar aciertos o errores en la vida política actual no es caer en extrapolaciones indebidas, en anacronismos o en metodologías extemporáneas. Por el contrario, ha sido un recurso empleado y recomendado en todas las épocas históricas desde el nacimiento de la reflexión filosófica. Desde fechas muy antiguas, se encuentran escritos que contrastan acontecimientos, decisiones y actitudes contemporáneos al autor con la sabiduría de los hombres y tiempos precedentes. Valen como ejemplo algunos libros de la Sagrada Escritura, la obra de Homero y la de Hesíodo, el

trabajo de los propios filósofos políticos clásicos de Grecia y Roma —como cuando Platón se refiere a los tiempos de la Arcadia, o Cicerón, al *Sueño de Escipión*— y, de un modo muy particular, el trabajo de Plutarco de Queronea, pues todo el sustrato de su obra es la comparación o *sýncrisis* entre distintos personajes o entre distintas épocas y contextos.

Este recurrir a cómo se entendía el buen gobierno en los momentos fundacionales de la teoría política para compararlo con la realidad del tiempo y el espacio político analizados por nosotros puede permitir un mayor rigor y objetividad en los juicios de valor a los que podamos arribar. Creemos que esto facilitará también conseguir nuestro propósito principal: **aprender**, obtener experiencias y conclusiones sobre cómo podría gobernarse mejor una sociedad tan llena de posibilidades y a la vez con tantas malas experiencias de fatalidades, atribuibles en gran medida a sus malos gobiernos, como la de la Argentina. Haremos especial referencia a las últimas décadas, luego de la regularización institucional, porque para entonces se habían levantado legítimas expectativas de una mejora también social, económica y de la vida ciudadana en general que no se ha reflejado suficientemente en los hechos.

Como demostración y en defensa de la legitimidad científica de este recurso metodológico, es posible espigar numerosos antecedentes notables. Ya en la Antigüedad tardía, durante el incipiente proceso de cristianización, se planteó el debate sobre el uso de los admirables grandes autores clásicos paganos; y así ha seguido haciéndose hasta nuestros días. Y no solamente en campos más homologables con los asuntos tratados por los clásicos antiguos, como la filosofía o la política, sino también en terrenos más pragmáticos, como el *management* empresarial, campo en el que este recurso se ha impuesto, sobre todo a partir del trabajo de Peter Drucker (1954), quien supo utilizar magistralmente a Aristóteles en tiempos recientes.

Se suele decir que un historiador es un profeta que mira hacia atrás, y Loren Eiseley (1963) nos recuerda que, si le damos la espalda al pasado, el futuro que se busca no tiene sentido y solo puede dar lugar a un mundo deshumanizado y sin belleza.

En el ambiente editorial sobre la dirección de empresas, algunos autores han hecho fortuna exhumando el contenido de escritos de personajes antiguos para exportar ideas al presente. Uno de los autores que han popularizado ese recurso ha sido Antony Jay, quien en 1967 publicó en Londres la obra *Management and Machiavelli*, pretendiendo interpretar al renacentista florentino en clave empresarial moderna. Su intento utilitario no es un paradigma de rigor histórico, pero las sucesivas ediciones de este libro se han vendido por

cientos de miles, lo que muestra la creciente aceptación de este método en el ámbito empresarial.

Si en un ámbito tan práctico y concreto como este se valida dicho recurso, con mayor razón es posible contrastar la ciencia antigua de gobernar con los modos actuales de hacerlo en el ámbito público, para arriesgarnos a obtener algunas conclusiones. Podemos afirmar que son muchos los campos en los que conviene apoyarse en una filosofía probada a lo largo de veinticinco siglos por el juicio de la razón y la experiencia histórica. El gran humanista español, Antonio Fontán, maestro de filólogos, políticos y periodistas, pensando en infundir savia nueva a nuestra cultura, escogía como fundamental fuente de inspiración la tradición clásica grecorromana: «Casi todas las generaciones de Occidente han recogido los frutos más sazonados de su propia cultura en el jardín griego que los romanos cultivaron con veneración» (1974, p. 31).

Como veremos a continuación, históricamente se ha recurrido mucho a la *Ciropedia* de Jenofonte (1476/2007) como texto de comparación para la formación y acción de gobernantes. En sucesivas épocas históricas, se volvió sobre ese texto. El prototipo de los reyes helenísticos está en gran medida calcado sobre ella, y en el mundo romano influyó principalmente en Cicerón, Escipión y Séneca. Lelio, Furio y Escipión se apoyan también en esta obra de Jenofonte para impulsar el resurgimiento del espíritu patriótico romano y de su religión. El lector romano siente mayor atracción por este autor que por Isócrates o Platón, ya que sintoniza más con sus enseñanzas militares, sus vidas ejemplares y las cuestiones políticas prácticas, como la ampliación de los límites del Estado o la relación y absorción de los pueblos aliados o conquistados; de ahí que el modelo jenofonteo haya sido ampliamente estudiado y discutido en el círculo de los Escipiones.

La máxima influencia de Jenofonte en esta etapa se encuentra en el pensamiento de Cicerón.

Más tarde, en el Renacimiento y en los siglos XVII y XVIII, el influjo de la *Ciropedia* sigue haciéndose sentir en la literatura europea. Así, por ejemplo, Maquiavelo en *El Príncipe*, después de recoger muchas ideas de Jenofonte, concluye:

Alejandro Magno imitaba a Aquiles, César seguía a Alejandro y Escipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Jenofonte, reconocerá después en la de Escipión cuánta gloria le resultó a éste haberse propuesto a Ciro como modelo, y cuán semejante se hizo a él, por otra parte, con su continencia, afabilidad, humanidad y liberalidad. (2011, p. 143)

Es sabido que a Montaigne le costaba mucho lanzarse a escribir ideas propias y publicarlas. Sin embargo, con posterioridad tuvo el histórico acierto de glosar abundantemente sus lecturas de los clásicos con notas al margen con sus propias conclusiones, lo que llevó a que su discípula y admiradora Marie de Gournay editara en 1595 el *Manuscrito de Burdeos*, primer vagido del género ensayístico. En aquellas páginas, Montaigne (2007) recomendará el sistema de la *Ciropedia* para la educación en todas las etapas de la vida. Montaigne se miró en los clásicos para poder armar su propio esquema de pensamiento y su estilo literario, y con posterioridad fueron muchos los que se miraron en él.

Adentrándonos ya en un contexto más propio del ámbito geográfico y cultural latinoamericano, que es el que aquí analizaremos al tratarse de la Argentina, también se ha propuesto esta metodología entre nosotros. En el año 2004, en la Universidad Autónoma de México se editaba el libro del profesor Luis Salazar Carrión: *Para pensar la política*. Allí se defiende la «eternidad» de los clásicos: «Autores que trascienden su propio tiempo, porque fueron capaces de elaborar argumentos, cuestiones y modelos que adquirieron una vigencia eterna, al menos tan eterna como la de la política misma» (2004, pp. 374-375). Viene aquí a colación la famosa frase de Alfred N. Whitehead, que afirmaba que toda la tradición filosófica consiste en una serie de notas a pie de página a Platón.

Para evidenciar que este consabido recurso a los clásicos de la filosofía política está más allá de los gustos o posicionamientos políticos del momento, y que no son en absoluto reflejo de planteos políticos conservadores, en la Universidad de Buenos Aires se editan y reeditan continuamente textos sobre la filosofía política de los clásicos. El libro *La filosofía política clásica. De la Antigüedad al Renacimiento*, compilado por Boron (1999), constituye (en la práctica) la base para todos los estudios de ciencia política.

Finalmente, estimamos que vale la pena reseñar que, en el año 1998, teniendo a la vista el comienzo del siglo XXI, se realizó en La Habana (Cuba) un importante congreso sobre el asunto que nos ocupa, y cuyas actas pueden consultarse: *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio: actas de congreso internacional de los clásicos. La tradición grecolatina ante el siglo XXI* (Álvarez Morán e Iglesias Montiel, 1999). Allí queda en evidencia cómo la tradición clásica está presente en las artes, las letras, las ciencias y la técnica de los siglos posteriores hasta la actualidad.

En las páginas precedentes, hemos intercalado solo algunas de las posiciones autorizadas que podrían citarse y que, estimamos, justifican ya suficientemente el método que hemos elegido para este trabajo. Vamos a confrontar



la realidad política estudiada —con sus estilos y decisiones de gobierno que llevaron a determinadas consecuencias— y a precisar la concepción de lo clásico en lo que aquí nos interesa, siempre apoyándonos en el ejemplo de algunos autores que han realizado este ejercicio de contraponer épocas e ideas en distintas áreas del arte y la ciencia.

Aunque utilizaremos también obras de otros autores de este período histórico, el pensamiento de Plutarco merecerá una atención primordial porque en su obra —como afirma don Ricardo Rovira— el pensador de Queronea toma, analiza y estudia en detalle a muchos de los principales pensadores que lo precedieron para transmitirlos a la posteridad, a manera de síntesis ecléctica personal.

Jenofonte, que junto con Plutarco ha sido uno de los dos autores que más han insistido en la importancia y trascendencia de educar a quienes tendrán labores de gobierno, sostenía que «gobernar hombres no es una tarea imposible ni difícil, si se realiza con conocimiento» (1476/2007, p. 72), y por eso merece la pena profundizar en su obra y en otras similares que nos ha legado la Antigüedad.

Sobre la importancia de un estudio de esta naturaleza, que intenta vincular, para aprender hacia el futuro, experiencias políticas pasadas con otras del presente, traemos a colación la opinión del profesor Rafael Alvira Domínguez, que afirma:

Para hacer el bien hay que entrenarse a ello. Se requiere práctica y estudios. El juicio prudente supone memoria de pasado, examen atento de las circunstancias, conocimiento de los principios y de las reglas, y visión de futuro... junto a la necesaria formación técnica, es precisa una educación historiográfica. No se puede ser prudente sin memoria de pasado. (1989, pp. 6-7)

### **C. Un enfoque integrador**

Luego de las ideas vertidas en los acápites anteriores, ofrecemos una recopilación de apreciaciones de numerosos autores de relevancia a través de las cuales pondremos de manifiesto algunas ideas que han incoado la presente investigación. Por medio de sus sucintas descripciones, críticas, diagnósticos o propuestas, intentaremos cerrar el capítulo con un brevísimo esbozo de las falencias que subyacen a la situación de la política en la actualidad.

La perspectiva elegida, esto es, desde el humanismo clásico, atiende a la necesidad cada vez más evidente de estudiar al hombre como una totalidad, como persona completa, holísticamente, y no como simple «trabajador», «consumidor», «ciudadano», «contribuyente», etcétera. Por ese motivo princi-

pal, se justifica la apertura a diversas perspectivas que permitan comprender al hombre en su integridad y complejidad. De ahí que se incluyan en este trabajo datos provenientes de diversas disciplinas, por tratarse de un abordaje multidisciplinar.

Con la presente investigación, pretendemos avanzar más allá de los aparentes límites que en el ámbito social suelen concebirse para el gobierno; esto es, la seguridad jurídica, la libertad personal y el crecimiento económico.

Tanto desde el punto de vista económico como desde el jurídico y el político, servirá en este análisis el «Intento de clasificar la pluralidad de subsistemas sociales, con especial atención al derecho» (1995), del Prof. Rafael Alvira, pues de allí podemos extraer valiosas conclusiones que colocan a la persona en el centro de cualquier análisis.

Juan Pablo II, pontífice de la Iglesia católica entre 1978 y 2005, y uno de los líderes más importantes del siglo XX y comienzos del XXI, expresó hacia el final de su largo ministerio universal —que implicaba una dilatadísima experiencia sobre la vida personal y social de todo el mundo— que en la actualidad el mal principal que aflige a la humanidad es que se ha difuminado en la percepción mayoritaria la línea que separa el bien del mal. Se torna necesario, entonces, descubrir puntos de contacto que nos aproximen a la verdad y al bien común, tarea harto compleja, dado que esta búsqueda de la verdad deberá tener en cuenta las diferentes concepciones que existen en el mundo. Esta tarea requiere, como señala Alvira (1995), un profundo respeto por el otro, puesto que el respeto a los demás es la estructura fundamental de la vida de la persona.

En conformidad con ello, es posible afirmar que el ejercicio del gobierno trae aparejada una misión de entrega a los demás de suma importancia. Desde aquí sostenemos la idea de que el buen gobernante podrá, dejando un amplio margen de libertad personal, contribuir de manera eficaz, con su ejemplo y su acción política, al desarrollo de la persona, de la familia y de la sociedad en su conjunto, porque su ejemplo inspirará confianza, contribuyendo a generar, a su vez, otros comportamientos virtuosos.

En la misma línea, Spaemann (2005) declara que la práctica de la virtud, es decir, el ejercicio ético de la tarea de dirigir por parte del gobernante, es una herramienta clave para lograr un auténtico progreso. Asimismo, el Estagirita expresa: «Tres condiciones deben tener los que van a desempeñar los cargos de más responsabilidad: primero, amor hacia el régimen establecido; luego, la mayor competencia en los asuntos de su cargo; y, en tercer lugar, virtud y justicia» (Aristóteles, ca. 330-323 a. C./2004, p. 327).

Es en ese esquema, en ese marco, que la misión del gobernante adquiere

su plena dimensión. Solo desde allí es posible también entender el ejercicio del poder como una de las más altas formas del amor. Por el contrario, si ese no es el fundamento de la labor de gobierno, si no hay una búsqueda sincera del bien y la verdad para distinguir lo que es bueno de lo que es malo, la corrupción irrumpe fácilmente. De este modo, la corrupción —los grandes escándalos en este tema se han hecho presentes en todas partes del mundo, no solamente en los países en desarrollo— se presenta como uno de los principales factores desaglutinantes de la sociedad (razón por la cual merece ser combatida con todos los medios previstos por la ley).

Strauss (1970), a modo de interpretación en clave histórica, afirma que el conocimiento político se ha visto profundamente afectado por un cambio relativamente reciente en el modo de ser de la sociedad, cada vez más dinámica y caracterizada por una gran complejidad y rápida mutación. Estas características muchas veces conducen a un desinterés cada vez mayor, a una distinción casi inconciliable entre «teóricos» y «prácticos», entre pensadores y actores, etcétera; y esto, a su vez, ha contribuido al fracaso de numerosos regímenes políticos, por falta de sustrato intelectual y moral. En frase lapidaria, el mismo autor sostiene que «hoy la filosofía política está en decadencia o, quizá, en estado de putrefacción, si es que no ha desaparecido por completo» (Strauss, 1970, p. 21).

Lo que se ve es que la alternancia en el poder de gobernantes que enseñan y modifican la historia según sus conveniencias e intereses no nace de la virtud, ni parece contribuir al desarrollo de las virtudes.

Acontecimientos históricos como los que ha atravesado la Argentina a lo largo de gran parte del siglo XX demuestran empíricamente las graves consecuencias que puede traer la gestión de cualquier sistema político si no existe una base moral sólida en quienes ejercen la autoridad y el poder político. Así lo testimonia el Dr. Domingo Cavallo, en la entrevista que se encuentra en el último capítulo de este trabajo, cuando describe la falta de apoyo político por parte de muchos dirigentes, la falta de competencia y la falta de responsabilidad política que llevó a la caída del gobierno encabezado por Fernando de la Rúa, del que él era ministro de Economía:

Ahí se puso de manifiesto la falta de patriotismo y los egoísmos, y las competencias políticas... Ahí ellos, en lugar de darnos apoyo a De la Rúa y a mí, que estábamos peleando, llegaron a la conclusión de que era el momento de que todo explotara, y se hicieron del poder. (Comunicación personal, enero de 2017)

Es conveniente recordar, para interpretar de modo correcto ese lamento, que el presidente De la Rúa era miembro prominente de la histórica Unión Cívica Radical, mientras que Cavallo había participado como ministro en el gobierno justicialista anterior y era fundador de un partido que estaba en la oposición. Llamó la atención en ese momento su disposición a colaborar con sus rivales políticos —convocado por su gran prestigio como economista para salvar una situación de emergencia nacional— y levantó esperanzas de superación de antiguas e interminables confrontaciones, pero pronto la desconfianza, numerosas mezquindades políticas y algunas circunstancias históricas que luego describiremos en detalle precipitaron la corrida bancaria que produjo la gran crisis. Una vez más, como alude el entrevistado, los intereses particulares pudieron más que los generales.

En efecto, la dicotomía amigo-enemigo, con el concepto de «pueblo» —el conjunto de quienes adhieren a «mi proyecto»— enfrentado al de «no pueblo» —todo aquel que no adhiere a «mi proyecto»—, lleva de manera casi necesaria al enfrentamiento con quienes son considerados parte de la estructura, del *ancien régime* que hay que destruir para dar paso a la nueva realidad. Así, a lo largo de la historia reciente de la Argentina, el gobierno liderado inicialmente por Néstor Kirchner, y continuado por Cristina Fernández de Kirchner y por Alberto Fernández, ha buscado la legitimidad social a través del enfrentamiento con muchas instituciones sociales: las Fuerzas Armadas, la Iglesia, el empresario, el agro, etcétera. Es de justicia reconocer también que, aunque en menor medida, no han sido ajenos a esa lógica algunos representantes de la coalición que estuvo en el poder entre el 2015 y el 2019, lo que manifiesta a las claras de qué modo este esquema de pensamiento ha permeado la cultura política de la República Argentina.

Los resultados electorales de grupos como esos, y otros similares, muestran que en el corto plazo esta estrategia es capaz de producir éxitos, por lo menos en cuanto a la captación de votos, pero, si bien resulta claro que en épocas electorales o de crisis la diferenciación con el adversario es una razonable estrategia de *marketing*, una propuesta sustentada solo en las diferencias con lo anterior o basada en el enfrentamiento con quien piensa distinto no se presenta como una buena base para reconstruir un sistema político que se considera defectuoso.

No es una receta únicamente técnica la que habrá de sacar a la Argentina de su decadencia casi secular. No es la mera economía, sino, por el contrario, la política, entendida aristotélicamente como ciencia arquitectónica y no como mera lucha de facciones por el poder, la ciencia —o el arte— que puede contri-

buir de manera eficaz y decisiva a la hora de buscar soluciones a las repetidas crisis que asolan al mundo.

La realidad actual y experiencias anteriores profusamente estudiadas nos muestran la importancia de procurar arribar a acuerdos duraderos sobre puntos fundamentales que permitan construir el futuro. La sabiduría política británica ha sostenido también esta tesis, a la que considera primordial. Es el conocido *agreement on fundamentals* que propiciamos desde este libro y en toda nuestra actuación profesional y política.



## *Capítulo II*

POLÍTICA Y BUEN GOBIERNO EN LOS  
CLÁSICOS GRECORROMANOS





En el capítulo anterior abordamos el concepto de «lo clásico», la importancia del pensamiento de los principales autores del período clásico grecorromano y la legitimidad de este recurso para tomar criterios aplicables en la actualidad al analizar un período histórico pensando en una propuesta académica sobre el buen gobierno.

El criterio que tomaremos como parámetro en este capítulo es el concepto de «virtud» y el cúmulo de cualidades positivas descritas por los pensadores de la Antigüedad clásica que trataron sobre el buen gobierno. Por este motivo, se presenta como necesario hacer un esquema general de qué es lo que entendían ellos por estas cualidades o virtudes políticas.

¿Es correcto hablar de virtudes? ¿Se puede exigir a un gobernante que en su vida privada ponga en práctica las cualidades que le exigimos a la hora de gobernar? Para intentar responder a estas cuestiones, tomaremos, cronológicamente, el pensamiento de los principales autores clásicos e intentaremos contribuir a pensar de qué modo lo que ellos proponían podría encarnarse hoy.

## **A. Principales pensadores de la Antigüedad en asuntos de gobierno**

Una reseña cronológica de los autores escogidos puede ser una forma adecuada de iniciar este breve resumen de las principales ideas que ellos desarrollaron sobre la actuación ética del gobernante.

Estimamos que, en el contenido de los siguientes apartados, ya estamos demostrando cómo esa actividad y dedicación permeó desde los primeros tiempos la *paideia* griega. El asunto de este epígrafe ha sido profusa y profundamente tratado por muchos autores desde la misma Antigüedad —pensamos, sin ir más lejos, en el mismo Plutarco— y por eso se da aquí por sobreentendido.

La oceánica bibliografía existente sobre estos preclaros pensadores, el reiterado análisis sobre sus vidas y obras, más las especificaciones concretas sobre los tópicos que tenemos que abordar ahora aquí, harían pretencioso y superfluo que intentáramos realizar una exposición más o menos completa. Hacemos una apretada síntesis, muy básica —sin ninguna pretensión de originalidad— solamente como ayudamemoria para incoar el diálogo entre el pasado y el presente dentro del campo de nuestro estudio.

### **A.1 Sócrates**

Conocemos la figura de Sócrates, contemporáneo de los sofistas, por fuentes indirectas, ya que no nos ha dejado ningún escrito. Este filósofo nació en Atenas hacia el año 470-469 a. C., fue hijo de padre escultor y de madre co-

madrona, oficio al que siempre se sintió ligado, ya que a lo largo de su paso por el mundo procuró ayudar a sus semejantes a «dar a luz» la verdad. Murió, condenado por la asamblea popular a beber la cicuta, en el año 399 a. C.

Ha pasado a la historia como genio filosófico y como fundador de la más reconocida escuela filosófica de la Antigüedad, cuya influencia es continua hasta nuestros días, pero también por su virtud e integridad de vida, mostrada tanto en la educación como en la política y en la guerra.

Entre los muchos tratadistas de su figura, hemos elegido a la profesora Elena Díez de la Cortina Montemayor (2005) para repasar las fuentes a través de las cuales la figura de este pensador ha sido conocida.

En primer término, podemos mencionar a su principal discípulo, Platón, que, en muchos de sus escritos, sobre todo en los de la primera etapa —como la *Apología de Sócrates* (ca. 393-389 a. C./2014) o *Critón* (2005)—, se dedica a mostrar el método y el pensamiento de su maestro. Aunque en ocasiones el discípulo ha tendido a idealizarlo, Platón es la fuente más importante con que contamos para adentrarnos en las ideas de Sócrates.

Por otra parte, contamos también con la obra de Jenofonte, sobre quien, aunque no fue un discípulo a la altura de Platón —muchos autores consideran que por no ser verdadero filósofo no alcanzó a interpretar bien su pensamiento—, sabemos que sí lo conoció y trató personalmente desde niño, pero también que, como historiador, consignó importantes datos sobre su vida. En diversas obras Jenofonte deja clara su posición al considerar arbitraria e injusta la condena del maestro y alaba la virtud cívica del filósofo.

Tuvo Sócrates otros muchos discípulos, fundadores a su vez, en ocasiones, de nuevas escuelas. Podemos citar, por ejemplo, a Antístenes o Esquines. Y en los propios escritos de Aristóteles también se encuentran referencias al pensamiento socrático, si bien en ocasiones sus críticas pueden hacer pensar que no lo entendió suficientemente.

Volviendo a los datos biográficos de Sócrates, el motivo oficial de su condena a muerte fue una supuesta impiedad pública respecto a los dioses y corrupción de la juventud, aunque parece claro que fue la molestia y la envidia suscitada por su afán de despertar a la juventud de su letargo y su llamado a una vida austera, exigente y virtuosa lo que llevó al tribunal a la injusta condena.

Entre sus intereses principales, se hallaba el formar a la juventud para gobernar sabia y justamente, y al hacerlo dirigió duras críticas a muchos gobernantes de su tiempo, lo que posteriormente lo llevaría a la muerte.

El método socrático para acceder a la verdad esencial y permanente de

las cosas, al *logos*, se divide en dos pasos: la ironía, mediante la cual tomamos conciencia de nuestra ignorancia, reconociendo que no sabemos nada, y la mayéutica, o el arte de «dar a luz», mediante el cual descubrimos la verdad por nosotros mismos, a través de ciertas preguntas orientadas a ese fin. La base de su pensamiento radica en que solo conociendo la esencia (lo que es) de la verdad, el bien y la justicia podremos ser virtuosos, buenos y justos en la vida práctica y podremos determinar cuál es el régimen político más adecuado para que la virtud crezca y se desarrolle. En Sócrates, entonces, ya encontramos esa íntima vinculación entre lo político y lo ético y esa exigencia primigenia de que sea el hombre virtuoso quien gobierne la sociedad.

La necesidad de que los hombres se preparen, mediante la educación, para el ejercicio de las más altas responsabilidades se presenta como lógica y natural en el mundo heleno, y en Sócrates esa necesidad adquiere matices éticos relevantes.

Sócrates es considerado, casi unánimemente, como el arquetipo de un tipo de actitud frente a los problemas de la vida humana, particularmente, en sus dimensiones ética y política. Ya en el comienzo mismo de la *Apoloía* (2014), Platón pone en boca de Sócrates que su exposición frente al tribunal que a la postre lo condenaría habría de reducirse a decir la verdad y a decir lo que es justo. Verdad y justicia, entonces, se plantean como dos conceptos centrales en su pensamiento.

Esta *Apoloía*, probablemente escrita pocos años después de la condena y ejecución de Sócrates, plasma, a través de la pluma de su discípulo, lo acontecido en el proceso que lo llevaría a la muerte. En los tres discursos que allí han quedado inmortalizados, se muestra con claridad el concepto de virtud del filósofo ateniense y la relevancia que le concede para la vida personal y política.

En Sócrates, la virtud (*areté*) es entendida como la acción más apropiada a la naturaleza de cada ser, conforme a su fin. El ser humano, por tanto, necesita ser preparado para vivir como tal, y en sociedad. La virtud es conocimiento, el conocimiento es virtud, y ambas dimensiones deben concurrir para ocuparse del ámbito público, desde donde puede favorecerse o perjudicarse el bien de todos. Por eso pensamos que el legado socrático en materia política no se reduce a su doctrina, sino también al ejemplo de su accionar.

## **A.2 Platón**

Platón nació hacia el año 427 a. C. en el seno de una importante familia ateniense y vivió hasta los ochenta años, aproximadamente. Hacia el final de su vida, fue testigo de la decadencia del Imperio ateniense y del nacimiento de un

imperio diferente, el de Filipo de Macedonia, cuyo hijo, Alejandro, conquistaría después una amplia extensión del mundo conocido.

Aunque la condena de su maestro, Sócrates, significó para Platón el fin de sus deseos iniciales de participar de manera activa en la política ateniense, a lo largo de toda su obra se trasunta la inquietud de contribuir en la búsqueda de las bases de una ciudad ideal que permita a los individuos desarrollar plenamente el potencial de sus virtudes.

El filósofo ateniense canalizó su vocación política de forma indirecta, a través de la búsqueda y el amor a la sabiduría. Toda su labor apunta a establecer los cimientos de un estado que permita y favorezca la vida virtuosa. Hacia el final de su vida, a modo de conclusión general, Platón expresa en su *Carta VII* (2005) que el ideal político es que los filósofos gobiernen o que el gobernante se vuelva filósofo, pues esa es la única manera de resolver las cuestiones prácticas, movidos por un profundo sentido de justicia, en un estado de dominio total sobre las pasiones e intereses privados.

A menos que los filósofos reinen en los Estados, o los que ahora son llamados reyes y gobernantes filosofen de modo genuino y adecuado, y que coincidan en una misma persona el poder político y la filosofía, y que se prohíba con rigor que marchen separadamente por cada uno de estos dos caminos las múltiples naturalezas que actualmente hacen así, no habrá fin de los males para los Estados ni tampoco, creo, para el género humano. (Platón, ca. 370 a. C./2012, p. 261)

Ante la clara evidencia de que rápidamente se estaba produciendo una descomposición moral de la sociedad en la que estaba inmerso, nace una pregunta central en todo su pensamiento, que está contenida al inicio de su *Menón*: ¿la virtud se enseña, se practica, la tiene el hombre por naturaleza, o cómo llegamos a poseerla? (Platón, ca. 386-382 a. C./1958). Esta pregunta resulta liminar a todo este análisis que estamos desarrollando. La pregunta que pone en boca de Menón subyace todo su estudio, toda su enseñanza, y se encuentra presente en gran parte de sus diálogos y escritos.

Sin embargo, es la respuesta de Sócrates la que abre un panorama insospechado y torna realmente apasionante el camino de descubrir la importancia de la vida virtuosa en el gobernante. En efecto, el maestro de Platón, lejos de dar una respuesta dogmática o sencilla, dice:

Si se te ocurre preguntar así a alguno de los de aquí, no habrá nadie que no se ría y te diga: “forastero, por lo visto me tienes por un ser privilegiado, como para saber si la virtud es cosa enseñable o de qué manera se alcanza; pero yo tan estoy lejos de saber si es enseñable o no enseñable, que ni

siquiera sé en absoluto qué es la virtud”. Pues también a mí mismo, Menón, me pasa eso: soy tan pobre como mis conciudadanos en esta materia. (Platón, 1958, p. 2)

En la *República* (Platón, ca. 370 a. C./2012), este autor refiere la importancia de ser restrictivos respecto de quiénes habrán de acceder al gobierno y dice claramente que solo podrán gobernar acertadamente quienes accedan a las funciones directivas sin ambiciones egoístas o sabiendo que sus legítimas aspiraciones personales van a perder, a cambio de la satisfacción de haber contribuido al bien de sus conciudadanos.

En su postrera obra, *Las Leyes* (Platón, ca. 360 a. C./2002), deja ver la preocupación por formar en la virtud a cada niño, para que estén deseosos y apasionados por convertirse en perfectos ciudadanos, y con saber suficiente para gobernar y ser gobernados en justicia.

El tema, tanto en Platón como en el resto de los pensadores cuyas ideas intentaremos brevemente reseñar, resulta prácticamente inagotable, pero quizás alcancen estos párrafos y las inquietudes aquí presentadas para incoar el mosaico de nuestras reflexiones.

### **A.3 Jenofonte**

Jenofonte, historiador, militar y en cierto modo filósofo, vive entre los años 431 y 354 a. C. (ca.) y es también discípulo de Sócrates, como Platón. Podría decirse que, junto con Plutarco, es el autor de la Antigüedad clásica que ha tratado con mayor detalle y de manera más concreta el tópico que nos ocupa. Para él, presentar un modelo de gobernante y un modo de prepararlo en su juventud para el ejercicio posterior del poder es algo central en una de sus obras más citadas: la *Ciropeya* (1476/2007), que nos narra, a lo largo de sus ocho libros, la etapa formativa de quien habría de pasar a la historia como Ciro el Grande, así como su vida como gobernante.

Su libro primero trata específicamente el aspecto formativo para el gobierno, mientras que los siete restantes nos muestran la vida de Ciro como una consecuencia de la educación recibida (Rovira Reich, 2012). La vida virtuosa de Ciro consigue lo que ni las armas ni el poder absoluto pueden conseguir: que el soberano sea obedecido, respetado y amado por su pueblo.

La *Ciropeya* (Jenofonte, 1476/2007) empieza planteando una inquietud, basada en la observación de la historia, que hace preguntarse a Jenofonte por qué resulta tan difícil para los hombres obedecer a sus gobernantes. Luego de ello, comienza su análisis de la educación dada a Ciro el Grande, que lo preparó

para gobernar con gran éxito los enormes territorios anexados en los tiempos de su mandato. Nos relata el autor, al describir la educación que reciben los persas:

Los niños que van a la escuela pasan su tiempo aprendiendo la virtud de la justicia... Y sus jefes pasan la mayor parte del día juzgándolos... Y a los que reconocen culpables... los castigan. También castigan a quienes descubran que han hecho una acusación injusta, y juzgan también por la ingratitud, pues piensan que los desagradecidos son los más negligentes con respecto a los dioses, sus padres, su patria, y sus amigos. (Jenofonte, 1476/2007, pp. 81-82)

Luego continúa explicando que la enseñanza de cada virtud —la templanza, la obediencia, la sobriedad en el comer y en el beber, etc.— se ve reforzada por el ejemplo que cada maestro da a sus alumnos.

Lo que escribe el historiador ático no es teoría, son ideas puestas en práctica. Su intención didáctica nos muestra que el éxito en la formación de un futuro gobernante es posible, si contamos *ab initio* con algunas condiciones indispensables.

Jenofonte es quien, probablemente, realice la mejor sistematización de las cualidades propias del gobernante, las que, juntamente con la prudencia política y —sobre todo en la actualidad— la solvencia técnica, garantizarán un buen gobierno.

Aunque Platón y Jenofonte comparten muchas de sus ideas, desde el punto de vista ético existen también diferencias profundas. Distanciándose de su contemporáneo, Jenofonte «desea que se mantenga un distanciamiento respetuoso hacia la mujer, ensalza el matrimonio y la vida familiar; escribiendo pasajes de gran ternura hacia los niños» (Rovira Reich, 2012, p. 20).

Es probable que su idea de escribir la *Ciropedia* haya surgido como consecuencia de la decepción en que habían caído los más virtuosos a raíz de la decadencia moral de la democracia ateniense, y en ella se percibe, más que en el resto de sus trabajos, la importancia que da el filósofo ático a la educación como medio para alcanzar la *areté* —la vida justa y virtuosa— como fuerza creadora del poderío persa. Esto implica la idea de que, entonces, la *paideia* recibida habrá de configurar la *politeia*: este es un concepto que subyace de un modo u otro en los autores que aquí estamos resumiendo.

La *Ciropedia* termina, en su Libro VIII, con una crítica profunda al modo de vida de los persas, pero esto, que podría parecer contradictorio con el tono de los primeros siete libros de esta obra, que son un verdadero panegirico de

la patria de Ciro el Grande, no es otra cosa que un modo crudo de mostrarnos que la decadencia que critica es causa directa de haberse dejado de practicar las cualidades positivas que antes ha descripto.

Jenofonte (1476/2007) sostiene que, para asumir las responsabilidades que trae aparejado el gobierno, debe existir una base natural, no aprendida, pero muestra, a través del análisis del arquetipo que nos presenta, la importancia de la educación recibida en los resultados que se obtengan posteriormente. Un buen gobernante, entonces, será el fruto de una serie de condiciones innatas, sumadas a una buena formación técnica y una vida virtuosa.

El trabajo del autor ático ha trascendido su tiempo y las fronteras. Muchos de los autores posteriores, incluso algunos que trataremos en estas páginas, han recibido una decisiva influencia de Jenofonte y su *Ciropeidia*. Lo mismo ha ocurrido con autores de la tardía Edad Media y de la temprana modernidad, como es el caso de Maquiavelo y su obra *El Príncipe*.

#### **A.4 Isócrates**

Este pensador nació en Atenas en el año 436 a. C. y murió, casi centenario, en la misma ciudad, en el 338 a. C. Pese a su timidez y su escasa capacidad oratoria, Isócrates fue un hombre comprometido con su patria y los problemas de su tiempo y procuró centrar su legado en resolverlos mediante la educación de los jóvenes en virtudes morales y cívicas.

Este autor propuso, para resolver los problemas existentes en ese momento y para evitar los eventuales problemas futuros, apostar a la formación de nuevos dirigentes políticos, superiores en virtud y en el aumento de la cultura ciudadana.

El filósofo ateniense era consciente de que no alcanzaba con perfeccionar el «sistema», las instituciones, aunque eso fuera claramente necesario, sino que era menester procurar la transformación interior de las personas. Ya veremos, en el Capítulo IV, que esta idea es tomada de un modo muy actual por el Dr. Carlos Kesman. En la cosmovisión isocrática, una escuela de oradores es un servicio público de vital importancia.

En su discurso *Areopagítico* (Isócrates, 1980) es donde podemos encontrar de manera más clara y articulada su idea acerca de la necesidad de formar a los jóvenes para la política, junto con su *patrios politeia*, de raigambre tradicional. Allí nos dice, como en un resumen perfecto:

Es preciso que los buenos gobernantes no llenen los pórticos con escritos, sino que establezcan la justicia en los espíritus. Porque las ciudades se gobiernan bien no con decretos sino con costumbres, y quienes han sido mal

criados se atreverán a transgredir las leyes por bien redactadas que estén. En cambio, los que han sido bien educados también querrán ser fieles a las leyes establecidas con sencillez. (Isócrates, 1980, p. 63)

Los gobernantes del pasado, a diferencia de sus contemporáneos, continúa explicándonos, se ocupaban de todos, pero en especial de los jóvenes, confusos y llenos de pasiones, porque sus espíritus necesitan grandemente ser educados en buenas costumbres y gratos trabajos (Isócrates, 1980).

A través de la formación de gobernantes, y por medio de sus discursos, Isócrates ha influido de manera notoria en la filosofía política posterior, pese a su timidez. Una de las bases de su pensamiento, y de su método, heredado del socrático, es la idea de la unidad de la virtud. Él consideraba que la vida virtuosa y la paz interior llevan a pensar bien, a escribir bien, a hablar bien y, por lo tanto, a poder comunicar ese bien a los demás, multiplicando la posibilidad de aplicar ese bien en acciones concretas que impacten en la sociedad.

Todo el método isocrático deja traslucir su confianza en el enorme poder transformador y redentor de la educación. Solo quien ha sido bien formado será capaz de gobernar correctamente. La perspectiva de educar al dirigente permite, además, la esperanza, aún en momentos de crisis o decadencia.

Una vez más, la máxima que se hará clásica en Roma se hace presente: «Quien mueve la cuna mueve los imperios».

## **A.5 Aristóteles**

Aristóteles nació en el año 384 en la ciudad de Stágira, en la costa nororiental de la península calcídica, en una antigua familia de origen jónico. Murió en Khalkis, en Eubea, en el año 322.

Además de recibir la educación general que recibían los jóvenes griegos, Aristóteles seguramente fue formado también como médico en sus inicios, lo que quizás explicaría su posterior gran interés por la biología.

Hacia el 367, se trasladó a Atenas con diecisiete años e inició su formación superior en la Academia, en la que permaneció hasta el año 347, primero como alumno y luego como profesor.

Su intención de pasar de la atenta observación de la realidad al máximo pragmatismo lo convierte en un exponente de la antiutopía. Para él, la política era acción; y la educación, basada en hechos concretos, debía tener objetivos muy claros.

En una de sus obras principales, su *Ética a Nicómaco* (349 a. C./2009), Aristóteles trata de las virtudes y de la ordenación entre medios y fines, y al



comienzo de su *Política* (ca. 330-323 a. C./2004) nos hace ver que, a diferencia de otras asociaciones humanas, la comunidad política tiene por fin esencial el bien de todos y, por lo tanto, todas las demás la integran y están subordinadas a ella. A modo de declaración de principios, afirma que yerran quienes creen que la diferencia entre el gobierno de una ciudad y el de un reino, o una familia, o un patrimonio con siervos, es solo de grado.

En este mismo inicio, Aristóteles se pregunta si también los esclavos pueden poseer virtudes, y expresa que «con cualquiera de las dos respuestas se plantea un dilema. Ya que, si las tienen, ¿en qué van a diferenciarse de los hombres libres?, y que no las tengan, siendo hombres y participando de la razón, resulta inexplicable» (ca. 330-323 a. C./2004, p. 146). Lo mismo se pregunta a continuación respecto de las mujeres y de los niños, para responder, luego de su análisis, que respecto de las virtudes morales «todos han de participar de ellas, pero no del mismo modo, sino sólo en la medida que conviene a la función de cada uno. Por eso el que manda ha de poseer la perfecta virtud ética» (Aristóteles, ca. 330-323 a. C./2004, p. 147).

Esta distinción que hace resulta clave en el análisis que hemos emprendido con esta investigación, pues el autor también considera, entonces, que el ejercicio del poder por parte del gobernante implica necesariamente la práctica de la virtud. Incluso, avanzando aún más, propugna la necesidad de ejercer la virtud en grado eminente por parte del gobernante.

Dicho esto, conviene recordar que Aristóteles mantiene a lo largo de toda su obra un diálogo crítico con Platón, su maestro, pues, aun dependiendo y referenciándose en él, lo controvierte, «obligado» por la realidad. El discípulo mira hacia el ideal teórico platónico y lo contrapone con sus posibilidades de realización en un marco histórico.

Hacia el final de la *Ética a Nicómaco* (Aristóteles, 349 a. C./2009), se aborda de qué manera resulta posible favorecer la práctica de la virtud, poniendo de relieve la función pedagógica que tiene la ley, además de su evidente función normativa. Allí Aristóteles nos dice que uno de los mejores modos de procurar el bien en gran escala es convertirse en legislador y político.

Toda su filosofía es atravesada por una permanente tensión entre areté y tēchne, pero dándole una solución sencilla: «El gobierno es algo eminentemente práctico, está más en el orden de la acción que del conocimiento; consiste en la verdad, la virtud y el acierto en la acción, y para todo ello es fundamental poseer experiencia» (Rovira Reich, 2012, p. 39).

Además de estas ideas contenidas en su *Ética a Nicómaco*, en su *Política* (Aristóteles, ca. 330-323 a. C./2004), que es considerada por muchos como

la obra cumbre de la filosofía política, hace hincapié en la natural sociabilidad humana, que se manifiesta en plenitud en la cooperación política, dando lugar al cultivo de virtudes capitales, como la justicia, la prudencia intelectual y la amistad, y, en consecuencia, a una mayor cohesión social.

En su segundo libro, al analizar y matizar el contenido y propuestas de las constituciones propugnadas por Sócrates, Platón, Solón, etcétera, comenzamos a ver su decantación hacia un régimen mixto, posible, aunque siempre con una inclinación hacia una aristocracia, un gobierno de los mejores, basada en la virtud.

En el Libro III de esta misma obra, considerado generalmente como el más importante, insiste en la necesidad de la educación como herramienta para conseguir la vida virtuosa del ciudadano y el buen gobierno. En él, el Estagirita sentencia:

Si hay un solo individuo, o más de uno, que destacan tanto por su ventaja en virtud que no es comparable la virtud ni la capacidad política de todos los demás con la de aquéllos, si son varios, o sólo con la de aquél, si es un solo individuo, no hay que considerarlos parte de la ciudad. (Aristóteles, ca. 330-323 a. C./2004, p. 235)

Luego de analizar la alternativa del ostracismo para las personas de esta naturaleza, concluye con que nadie puede «darse el lujo» de perderlos, por lo que propone que quien ostente tal superioridad en virtud gobierne sobre el resto a modo de rey perpetuo (Aristóteles, ca. 330-323 a. C./2004).

Sin embargo, fiel a su pragmatismo, el pensador no propone un régimen solo basado en la virtud, sino que —como hemos dicho anteriormente— considera que lo posible, lo realista, es construir un régimen mixto. Este antiutopismo, aunque nunca es infiel a su *Ética*, lo acerca en ocasiones a un cierto maquiavelismo político *avant la lettre* que ha merecido críticas e incomprensiones. A pesar de ello, en su obra va demostrando que los gobernantes virtuosos son los que más perduran y los que han alcanzado mejores resultados.

## **A.6 Cicerón**

Cicerón nació en el año 106 antes de Cristo en la localidad romana de Arpinum, en el seno de una familia de origen plebeyo, pero elevada al orden ecuestre. Su familia lo envió a Roma a estudiar derecho y, ya en su juventud, tomó contacto con las ideas helenas que llegaban a la capital. Además, desde joven se caracterizó por ser un alumno sobresaliente y precoz.

Sus maestros, Filón de Larisa y Diódoto, le dieron una formación filosófica profunda y sólida. Desde temprana edad, fueron sobresalientes su capacidad

oratoria y el estilo y perfección de sus cartas. Fue un excelente comunicador de sus ideas y, aunque durante los primeros dos siglos posteriores a su muerte no fue demasiado apreciado, produjo cierta impresión en ambientes cristianos de la Antigüedad tardía, sobre todo en San Jerónimo.

Posteriormente, desde comienzos de la Edad Media hasta el siglo XIX, su influencia fue enorme, aunque luego de la obra de Mommsen, que lo ha caricaturizado como falto de compromiso e incluso venal, comenzó a generalizarse un espíritu anticiceroniano. Actualmente, sin embargo, la existencia de estudios más completos y desapasionados de su obra permite una apreciación correcta y más favorable del Arpinate.

Cicerón consideró la política como la superior entre las actividades humanas, y a lo largo de su vida se desarrolló en este campo. Además, desplegó su fecunda actividad de oratoria política en los tres sitios en que un orador podía hacerlo: en el Senado, en las asambleas populares y en los tribunales. Nos dice Rovira (2012), en *La educación política en la antigüedad clásica*, que Cicerón considera una grave obligación de conciencia intervenir en estas lides, aunque la recompensa por hacerlo pueda ser magra o, incluso, ingrata.

En la obra ciceroniana *De re publica* (ca. 55-51 a. C./Cicerón, 1991), que por ser la que ha tratado de manera específica nuestro tópico reviste gran importancia en este análisis, nuestro autor desarrolla, en forma de diálogo, su filosofía política y sus ideas sobre el gobierno. Aunque pésima y solo parcialmente conservada, esta obra nos permite reconstruir en gran medida su teoría política.

Vemos allí que, luego de realizar la clásica división de las formas de gobierno —monarquía, aristocracia y democracia—, al analizar las posibilidades de degeneración que tiene cada una de ellas, se muestra partidario de una forma de gobierno mixta: un gobierno fuerte, pero en el que se respete la libertad de los mejores y se atiendan los intereses de todo el pueblo.

A modo de corolario, podemos recordar la afirmación del mismo autor en una obra que tomamos en este apartado como referencia:

Para poder manejar “grandes empresas” —como llama (Cicerón) a los negocios públicos— se necesita saber producir una cierta estima, admiración y confianza en el pueblo... La misma naturaleza nos mueve internamente a honrar a aquellos en los que existen virtudes. Ser bueno, ser honrado, en el fondo es lo mismo que ser justo. (Rovira Reich, 2012, p. 88)

## **A.7 Séneca**

Lucio Anneo Séneca es el más conocido autor de origen hispánico de la an-

tigüedad, nacido en Córdoba entre los años 4 a. C. y 4 d. C. Era hijo de Marco Anneo Séneca, perteneciente al orden ecuestre, y de Helvia.

Al igual que sus hermanos, fue enviado a Roma durante su infancia para recibir formación, donde tuvo por maestros al estoico Atalo y al pitagórico Soción. Destacó entre los de su tiempo por su oratoria, pero, pese a ello, y a causa de una denuncia recibida en su contra que le valió el destierro a Córcega, su *cursus honorum* solo llegó al cargo de cuestor.

Luego de ocho años en el exilio, Agripina la Menor, nueva esposa del emperador Claudio, lo llamó a Roma como preceptor de su hijo, Domicio Nerón. Esta reivindicación pública, seguida de su nombramiento como pretor, lo involucró nuevamente en la política de su tiempo. La elevación de Nerón al principado inauguró para Séneca un tiempo de profunda influencia, pues inspiró, aconsejó y, en definitiva, gobernó de la mano de su pupilo.

La posterior degradación moral que condujo a Nerón a la decadencia de un gobierno que ha pasado a la historia de manera infausta llevó a la renuncia de Séneca, quien se retiró y dedicó sus últimos años al estudio. Toda su trayectoria nos muestra con claridad meridiana la trascendencia y la importancia que concedió a la gestión pública, tanto por su propia actuación como por su rol de consejero, formador y «detectador de futuros posibles buenos gobernantes» (Rovira Reich, 2012, p. 101).

La virtud, en Séneca, es central y necesaria, pero debe ser probada. Las situaciones comprometidas que le tocó atravesar a lo largo de su actuación, tolerando y colaborando con gobiernos muchas veces ajenos a la virtud, pueden ser explicadas con este párrafo que dedica a Lucilio, en su tratado *Sobre la Providencia*:

Nada malo puede sucederle a un hombre bueno: Los contrarios no se mezclan... el ímpetu de las cosas adversas no subvierte el ánimo del varón fuerte... y no digo que no las siente, sino que las supera. Calmo y tranquilo, enfrenta sus embates. Todas las adversidades son para él ejercitaciones... Se marchita la virtud, sin adversario. (Séneca, ac. 63/2004, p. 16)

Su aporte a la filosofía política a través de sus escritos resulta mucho más claro en la actualidad que, incluso, en su propia época entre sus contemporáneos. Claramente, su pensamiento contribuye grandemente al discernimiento del político actual, que se enfrenta a la permanente disquisición acerca de la moralidad de una colaboración con regímenes que pueden no coincidir con su pensamiento incluso en temas relevantes.

## A.8 Plutarco

Plutarco de Queronea nació en la región griega de Beocia hacia el año 46 d. C. y murió en Delfos hacia el año 120 de nuestra era. A los veinte años, se trasladó a Atenas para estudiar matemáticas y filosofía. Desempeñó numerosos cargos públicos y fue sacerdote de Apolo.

Es reconocido como moralista, filósofo, pedagogo e historiador, y su fama llega hasta nuestros días gracias tanto a sus *Moralía* como a sus *Vidas Paralelas*, que, a lo largo de sus cincuenta biografías, distribuidas en veintitrés pares, más cuatro semblanzas independientes, ha influido y sigue influyendo actualmente en nuestra concepción de cómo ha sido la filosofía y la ciencia política de aquel glorioso pasado clásico.

Sus escritos tienen una clara finalidad ética y pedagógica, pues no se limita al conocimiento objetivo de la vida del biografiado, sino que su *animus* es extraer enseñanzas y lograr el perfeccionamiento moral del lector.

Así como la vida política y la labor del gobernante es una compleja retroalimentación entre teoría y práctica, la obra de Plutarco tiene también ambos aspectos: se puede afirmar que en sus escritos morales Plutarco da el marco teórico, y en sus *Vidas Paralelas* (ca. 100-110/1985-2010) muestra de qué manera esas teorías han sido llevadas a la práctica.

La finalidad didáctica de formar para el buen gobierno que encontramos en sus *Vidas Paralelas* (ca. 100-110/1985-2010) encuentra la herramienta adecuada en la *sýncrisis* o comparación que hace al final de cada uno de los veintitrés pares de personajes históricos analizados. En Plutarco se torna evidente, quizás más que en cualquier otro de los autores clásicos estudiados, la necesidad de formar éticamente y en virtudes a quienes han de gobernar.

Toda la obra de este autor se encuentra atravesada por estas ideas, pero en sus *Consejos a los políticos para gobernar bien* (Plutarco, 2009) encontramos de manera condensada muchos pensamientos vinculados estrechamente con nuestro objeto de investigación. El primero de estos consejos de Plutarco a Menémaco es que solo han de participar en política quienes tengan vocación para ello. Explica que quien lo hace solo por afán de riqueza o por un impulso irreflexivo no encontrará allí la paz ni podrá hacer el bien.

Luego aconseja también al político que estudie el carácter de sus conciudadanos y se adapte a él mientras disponga del liderazgo, conseguido con su reputación y la confianza pública. La obra de la que tratamos describe de forma breve y clara una serie de ideas y pensamientos que contienen resumida gran parte de la filosofía política del pensador de Queronea, y llega al meollo del tópico que hemos elegido cuando afirma:

Por tanto, el político, cuando se ha hecho fuerte y se ha ganado la confianza de sus conciudadanos, debe, enseguida, intentar también regular su carácter, conduciéndolos poco a poco hacia lo que sea mejor. Pero tú arregla y pon en orden tu propio carácter, aunque no es fácil apartar completamente el mal el alma, al menos aparta y suprime aquellas faltas que con más claridad se destaquen. (Plutarco, 2009, p. 57)

De toda su obra se desprende la idea de que es necesario que el político tenga una verdadera unidad de vida y que en su vida privada practique las mismas virtudes que se deben exigir en la vida pública. Por supuesto, esto no contradice su recomendación de que el político en ciernes deberá tener habilidad, lo que en América se conoce como «cintura» y en el Viejo Mundo llaman «mano izquierda». El político deberá procurar encantar y seducir con su discurso para acercar voluntades y generar consenso. Para Plutarco, un discurso eficaz debe estar lleno de sentimiento, de franqueza, de sabiduría y de nobleza...

Plutarco ha sido llamado más de una vez —creemos que con razón— «el clásico de los clásicos», puesto que su obra sirve de síntesis y resumen del pensamiento anterior y de base para el pensamiento político de los siglos que lo siguieron. Muchas de las ideas actuales que perviven sobre protagonistas de la historia de la Antigüedad han sido transmitidas por este autor.

El polígrafo beocio es tan completo en su oficio de formador e inspirador de gobernantes que logra abarcar un amplio plexo de especialidades para tal fin. Así, coincide con su contemporáneo y gran historiador romano Cayo Cornelio Tácito, en saber encontrar en los hechos históricos una fuente de sabiduría y experiencia política: la historia como maestra de la política.

## **A.9 Tácito**

Cornelio Tácito es una de las más brillantes figuras literarias y principal testimonio historiográfico para la mayor parte del primer siglo del período imperial. Aquí nos interesa en cuanto que es una figura paradigmática en extraer sabiduría política de los hechos históricos; es decir, la historia es fuente de saber político. Contemporáneo del griego Plutarco, nace circa el año 55 y fallece probablemente en el 125.

Como cónsul y senador, tuvo buena experiencia en la acción política directa, pero quizás más por su situación familiar: se casó con una hija de Agrícola, general y héroe famoso por su desempeño en la Britannia. Directamente recibió de él relatos de hechos y experiencias. Le consagró una obra suya: *Agrí-*

cola, donde pueden espigarse muchas consecuencias políticas extraídas de hechos biográficos. Asimismo, en otro célebre libro suyo, *Germania*, junto con descripciones físicas, geográficas y económicas, sabe extraer derivaciones de reflexión política. En los tiempos de su composición, los intereses de Roma miraban hacia aquellas regiones no suficientemente conocidas hasta entonces.

Pero sus creaciones más importantes son los *Anales* —dedicados a dejar constancia de los sucesos histórico-políticos más relevantes en los años del gobierno de la dinastía Julio-Claudia— y las *Historias*, donde realiza un análisis de la dinastía Flavia y el comienzo de los Antoninos. Además del brillo expositivo y de la precisa metodología historiográfica, resulta sumamente interesante para quien quiere aprender política de la historia. Sus conclusiones surgen por sí mismas de los hechos objetivamente relatados. Dentro de esas conclusiones que saca por sí mismo el lector de la constatación cuasi notarial expuesta por Tácito, laten conceptos esenciales sobre los resortes del poder, su fundamentación y su legitimación.

Tácito considera que su trabajo debe hacerse para que, con el paso del tiempo, los buenos sean premiados en la memoria histórica y los que obraron mal, castigados en el recuerdo; todo como consecuencia del amor a la verdad y la justicia. Ronald Syme, con la publicación de su *Tacitus* en 1958, parece haber dejado en claro para siempre que Cornelio Tácito no buscaba con sus agudos y precisos trabajos históricos defender posiciones monárquicas o republicanas, sino hacer reflexionar sobre el poder político y cómo este se ejercía en aquellos tiempos en Roma.

## **A.10 Marco Aurelio**

Como hemos visto, Platón propugnaba como mejor gobierno posible el del rey-sabio. En Marco Aurelio Antonino Augusto se encontraban en una sola persona esas dos dimensiones: fue uno de los filósofos estoicos más importantes y emperador de Roma desde el año 161 hasta el 180 de nuestra era.

Marco Aurelio y Lucio Vero fueron hijos adoptivos de Antonino Pío por mandato de Adriano; ambos ejercieron conjuntamente la máxima potestad durante unos años: desde 161 a 169, año de la muerte de Lucio Vero. Luego su mandato fue en solitario desde 169 a 177, y en este asoció al imperio a su hijo Cómodo —desgraciada decisión— hasta el año de su muerte en 180.

El sistema de sucesión por cooptación de los Antoninos dio muy buen resultado para reclutar valiosos gobernantes. Los emperadores de esta dinastía se cuentan entre los mejores que tuvo Roma durante casi un siglo. Quien ejercía la suprema potestad no se sentía obligado a ser sucedido por un hijo direc-

to, en caso de que lo tuviera; y así se estableció la costumbre de que, si entre sus parientes o allegados se descubría a un joven con grandes cualidades, se lo adoptaba como hijo para luego ser sucedido por él en el cargo.

Fue el caso de los llamados «cinco emperadores buenos», denominación propuesta por Maquiavelo e impulsada siglos después por Edward Gibbon: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío (de quien proviene el nombre de la dinastía por ser considerado el modelo de virtud y buen gobierno) y Marco Aurelio. En este último caso, el emperador filósofo se saltó la costumbre y su hijo Cómodo resultó ser uno de los peores gobernantes de Roma.

Como venimos indagando sobre condiciones, cualidades y virtudes para lograr buenos gobernantes, puede resultar oportuno reparar en este sistema de la cooptación antonina. Aristóteles, dentro del arco de sus propuestas, estimaba que el gobierno debía pertenecer a los mejores, y por ello, en casos de gobiernos monárquicos, estos debían estar matizados con «la aristocracia de los mejores» para no quedar rehenes de unos descendientes poco capaces o indignos. También a la democracia le aplicaba ese correctivo de promover a los más capaces y, por lo tanto, en ocasiones, no temer los matices oligárquicos.

En la práctica, el sistema de los Antoninos dio magníficos resultados en algunos casos. Estaban situados en una línea que puede ser compartida hoy en día: fijarse en los jóvenes más capaces; procurar que tengan la mejor formación en virtudes personales y destrezas profesionales orientadas a la dirección; acercarlos de algún modo al núcleo del poder para ir formándolos como sucesores. Veinte siglos después, en nuestro tiempo, en un campo tan pragmático como es el mundo de la empresa, podemos advertir que es un sistema que se sigue usando.

Otra característica del emperador-filósofo, heredada, por cierto, de Antonino Pío, fue su buena relación con el Senado, su espíritu integrador, el respeto a los derechos adquiridos y la separación de poderes según el espíritu de aquellos tiempos. Es decir, vemos aquí la búsqueda del equilibrio institucional. Como otros miembros de la dinastía, Marco Aurelio fue tributario del ascenso provincial, que familiarmente fue más de origen hispánico que itálico. También siguió la tendencia de permitir la penetración creciente del orden ecuestre en el Senado y en los cargos públicos.

Nacido hijo de Anio Vero y Domicia Lucila, perteneció a una nueva y ascendente aristocracia, cuyo padre, abuelos y otros parientes ya estaban ocupando grandes cargos: su abuelo era cónsul el mismo año 121 d. C. en que él nació. Tras la muerte de su padre, comenzó a vivir con su abuelo Vero y aprendió el idioma de Homero gracias a sus niñeras griegas, lo que luego le sirvió para



formarse con los mejores filósofos helenísticos. Su madre, por otra parte, lo introdujo en el conocimiento del culto religioso, de la historia patria, de los valores tradicionales romanos —entre los que destaca la austeridad— y, probablemente, en la filosofía griega: tenía fama de mujer muy culta.

Pudo tener una magnífica educación desde niño con Alejandro el Gramático, en sintaxis, redacción y oratoria, y con Marco Cornelio Frontón, prestigioso intelectual de la época, profesor de retórica, quien fue senador, abogado y llegó a cónsul.

La inclinación al estoicismo en el futuro emperador fue muy temprana; quizás al principio demasiado fijada en las formas del rigor y la austeridad de vida, pero más tarde fue profundizando en la doctrina hasta convertirse en una referencia universal para todos los tiempos. Fue llevado por una intensa vocación interna hacia la filosofía, muy inteligentemente canalizada, primero por Diogneto y luego por Rústico, su auténtico maestro en la Stoa. Podemos afirmar que, a partir de los 25 años, ya era un auténtico filósofo, con conocimiento de otras escuelas, pero fielmente estoico.

Cuando ya estaba ejerciendo el poder, siguió en contacto con su grupo de amigos, filósofos estoicos, peripatéticos y neoplatónicos; antiguos profesores y preceptores, pero la influencia mayor como asesor intelectual parece haber sido, según su propio testimonio, la del filósofo estoico Sexto de Queronea, sobrino de Plutarco y formado muy probablemente en la academia doméstica de este.

En el 161, con 39 años de edad, se hizo cargo del imperio. Tenemos el sueño platónico convertido en realidad. Además, en su gestión asumió una actitud de auténtico patronazgo activo hacia la filosofía, la literatura y la cultura filohelénica desde la más alta magistratura política.

La convivencia con su padre adoptivo, Antonino, fue formando directa y próximamente a Marco Aurelio en las técnicas y virtudes del buen gobernante, como él mismo registra en el capítulo 16 del Libro I de sus *Meditaciones* (ca. 170-180/2001), el más extenso de todos. Allí nos habla de moderación de costumbres; aprecio por el saber; la piedad, la clemencia y la justicia; respeto al Senado; preocupación por la contención del gasto público; mantenimiento de las tradiciones ancestrales y tolerancia ante la crítica.

En el año 161, la muerte de Antonino dejó el imperio en manos de Marco Aurelio, y este logró que el Senado aprobara la asociación en el poder de su hermano adoptivo Lucio Vero, tal como había establecido Adriano. Este mismo hecho inicial nos da la pauta de la magnanimidad y rectitud de intención de ambos imperatores, aunque eran de carácter y gustos opuestos.

No tuvo suerte el emperador-filósofo en las condiciones ambientales en que tuvo que ejercer su poder: los problemas fronterizos que venían amenazando en los límites se agudizaron; en el interior hubo pestes y catástrofes, como el desbordamiento del río Tíber, continuado por fuertes hambrunas. Inmediatamente, su atención tuvo que centrarse en el avance del Imperio parto y la defensa de Armenia. Las primeras derrotas allí y en Siria hicieron cundir el pánico en Roma, en donde ya se pensaba en la pérdida de los territorios orientales.

Marco Aurelio tomó rápidas decisiones: restar tropas a la frontera germano-danubiana y enviarlas al Oriente. Pidió a Lucio Vero que encabezara en el teatro de operaciones las acciones bélicas, pero no era persona afecta a las tareas militares. Se consiguieron victorias gracias al general Avidio Casio; hubo euforia en Roma, pero la guerra contra los partos trajo como consecuencia que las tropas transmitieran la peste a la misma Roma.

La paz con Persia fue coincidente con el avance de las tribus germánicas asentadas en las riberas del Danubio: excepto por unos pocos años, todo el tiempo del gobierno de Marco Aurelio estuvo marcado por las luchas defensivas —con su presencia física— en aquellas fronteras. Allí compuso entre batalla y batalla las «conversaciones consigo mismo», esto es, las celebérrimas *Meditaciones* (ca. 170-180/2001), fruto de su filosofar en el *limes* danubiano.

En el año 169, murió por la peste su hermano adoptivo y colega en el poder, Lucio Vero, como tantos otros soldados. Marco Aurelio viajó a Roma para presidir los funerales, ocasión que fue aprovechada en distintas regiones fronterizas para sucesivas sublevaciones. Tuvo que recurrir a dos medidas extremas: reclutar como soldados a todo tipo de gentes, también esclavos, bandoleros, ladrones y delincuentes, y pedir empréstitos forzosos con numerosas ciudades, a la vez que vendía sus propios objetos de valor.

Entre los años 171 y 175, el emperador encabezó ofensivas exitosas que hicieron retroceder a enemigos y rebeldes. A pesar de los tributos que pudo cobrar en hombres y bienes, grandes zonas quedaron devastadas por la guerra y la peste, como Dacia y Panonia. A la vez, los mauros (*mauri*), procedentes del norte de África, entraron y saquearon la Bética, en Hispania.

A los problemas externos se sumaron los internos: Avidio Casio anunció falsamente la muerte del emperador y usurpó la parte oriental. Las virtudes y prestigio moral de Marco Aurelio, en ese caso, le jugaron a favor, ya que los propios soldados de Avidio Casio atajaron rápidamente la sublevación: mataron a su jefe y presentaron su cabeza ante el emperador. Pero este, viajando hacia el lugar de la rebelión, reaccionó con la magnanimidad que respondía a

su filosofía: fue generoso con los hijos de Avidio Casio y con la ciudad de Antioquía, que se había sumado a la usurpación.

Sus últimos años tampoco fueron tranquilos. Continuaron las guerras hasta el mismo año de su muerte, 180 d. C., acaecida en Vindobona (Viena). Entonces, su hijo y sucesor, Cómodo, contraviniendo lo dispuesto por su padre, firmó una paz vergonzosa para poder regresar rápidamente a Roma.

En un hombre de su estatura moral, nunca quedó del todo claro el porqué de su beligerancia activa contra los cristianos, como aquellos castigados con la muerte como si no fueran ciudadanos romanos en Lugdunum (Lyon) en el año 177. Él, a lo largo de toda su vida, fue un devoto practicante de la religión romana y su liturgia, impulsándola desde el poder por sus beneficios morales y de unidad nacional. Para él, esa religión sincretista e integradora era una base firme como fundamento para el imperio. En sus *Meditaciones* (ca. 170-180/2001, libro undécimo, III), se siente incapaz de comprender a gente que va serena y voluntariamente a la muerte, y —según él— no por convicciones personales, sino por oposición al imperio y el gusto de la teatralidad. Los consideró enemigos del bien público, y en eso no supo penetrar, como él mismo sostenía, en lo más íntimo de las almas, anteponiendo el interés del Estado al de las personas: su estoicismo no le daba para más, aunque algunas posiciones estoicas podrían ser asumidas por el cristianismo.

La filosofía estoica pudo facilitar y propender a la comprensión de la vida política y de gobierno, ya que el microcosmos personal se une a la razón universal, y la búsqueda personal del bien moral nos empuja a buscar en los demás la colaboración en un único fin: la misma razón universal. Para ellos, la naturaleza a través de la razón y de la reflexión filosófica permite el bien común.

Las costumbres, la vida personal y su aspecto fueron en Marco Aurelio netamente estoicos; mas su política fue, por necesidad, pragmática. En política exterior le fue imposible gobernar con un espíritu acorde a la Estoa: le parecía imposible reconciliar una ciudadanía grecorromana cultivada, que era a la vez imperialista e interesada en la expansión territorial o, al menos, en el mantenimiento de los territorios bajo su dominio.

En cambio, en su política interior pudo aplicar algunos de sus principios filosóficos: aguantar con paciencia las críticas; no tener espíritu vindicativo ante las traiciones; magnanimidad en el perdón a los enemigos; impedir que los senadores fueran ejecutados, aún bajo las acusaciones más graves; y la reorganización de las fundaciones alimentarias, vigilando su buen funcionamiento. Asimismo, intentó que su legislación fuera siempre impulsada por la justicia, y así él mismo en persona juzgó con dedicación cercana varios asuntos, tanto en

Roma como en los campamentos militares.

Apoyado en sus convicciones respecto a la virtud de la *enkrateia* y la fortaleza, resistió con valentía cuando tocaba decir que no: así, cuando en un momento difícil para la totalidad del Estado el Ejército exigió aumento de sus emolumentos, respondió que no podía pagar lo que tendría que salir de sus padres e hijos. Ante la amenaza de motines de las Fuerzas Armadas, no cedió, argumentando que en el fondo el imperio solo provenía de la providencia divina.

El contenido y estilo de su célebre obra de reflexiones para sí mismo, denominada entre nosotros como *Meditaciones*, nos permite conocer detalles abundantes de su vida y pensamiento filosófico con profusión y hondura, a la vez que condice con su estoicismo: está basado en la negación de la retórica —como ya había solicitado Cicerón—, lo que lo volvía sutil y agudo, pero muchas veces seco y oscuro.

Quizás en este autor y gobernante nos hayamos extendido más que en los anteriores porque en una misma persona coincide el paradigma platónico; además de intentar comprobar si, en su ejecutoria, se pudo aplicar en el mundo político real su magnífica y cuidada formación, junto con algunos de los valores morales que están siendo indagados y propugnados en esta investigación.

A lo largo de estas páginas, hemos hecho patente, entonces, la preocupación de los autores abordados por la formación moral de los gobernantes y hemos visto también cómo las virtudes morales del político tienen su sustento en unas virtudes personales, aunque hasta aquí solo hemos podido referirnos a ellas de una manera genérica.

Algunos pensadores, además, quieren llamar la atención sobre ciertas cualidades más específicas que se requieren para desempeñar un buen gobierno.

## **B. Las virtudes del gobernante en los autores clásicos**

Luego del análisis del apartado anterior, para dar un marco teórico que pueda servir de referencia, resultará de utilidad precisar de alguna manera —aunque otras clasificaciones podrían ser válidas también— qué entendemos aquí por virtudes y cuáles son las características y cualidades que tendremos en cuenta, con el objetivo de abarcar de manera general el accionar del gobernante en su totalidad.

La virtud aristotélica —*areté*—, concebida como la acción más apropiada a la naturaleza de cada ser, en orden a perfeccionarla, no proviene de la «mera» naturaleza, ya que nada en ella se modifica por su puro ejercicio, sino por

la adquisición de una costumbre perfectiva. Así, sostiene Aristóteles que las virtudes no se producen ni «por» la naturaleza, ni «contra» la naturaleza, sino por tener una aptitud natural para recibirlas y perfeccionarlas mediante la costumbre.

Hechas estas reflexiones preliminares, estamos en condiciones de abordar el pensamiento que han desarrollado los principales autores clásicos acerca de las virtudes propias de quien habrá de ejercer los cargos de gobierno.

Como un primer botón de muestra para aproximarnos a nuestro asunto, puede servirnos el esquema sobre la *paideia* que subyace en la *Ciropedia* jenofontea (1476/2007), elaborado por Ana Vegas Sansalvador al comienzo de la traducción realizada por ella —la más utilizada en castellano—. Allí, Jenofonte reconoce y enumera las cualidades del soberano ideal y menciona como virtudes que se deben alcanzar las siguientes: la piedad, la justicia, el respeto, la generosidad, la mansedumbre, la obediencia y el dominio de sí mismo o continencia. A continuación, efectuaremos un breve comentario sobre cada una de estas cualidades, en el que intentaremos destacar la actualidad de cada una.

Aunque algunos aspectos históricos pueden dejar lugar a dudas sobre su exactitud o veracidad, el detalle y la enumeración de las virtudes que se encuentran al comienzo de este primer capítulo de su obra *Ciropedia*, o *Educación de Ciro*, tiene un enorme valor pedagógico y didáctico. No es ocioso recordar aquí lo que se ha llamado *inconmensurabilidad semántica* a la hora de traducir del griego de aquel tiempo a nuestro castellano actual: los conceptos en una y otra lengua no son unívocos ni biunívocos, son aproximativos. En general, el ámbito de significación del griego es más amplio que en nuestro castellano, y necesitaríamos varias palabras para dar con el significado preciso. De todas maneras, hemos seguido las traducciones más habituales, como la de la autora antedicha.

### **B.1 La piedad (εὐσέβεια)**

La piedad es la primera de las cualidades que se mencionan como necesarias para el buen gobierno. En el esquema clásico, la piedad es entendida como el respeto a los dioses y sus preceptos, pero no se trata de una piedad ritual reflejada solamente en la celebración de ceremonias y sacrificios, sino de una convicción profunda de que el imperio solo puede sostenerse sobre esos pilares.

Para un gobernante moderno, incluso teniendo en cuenta la posibilidad de que profese diferentes creencias o religiones, la búsqueda de la verdad y los principios y valores que conforman la cultura y las tradiciones de su pueblo no

puede ser soslayada ni olvidada, si quiere conducir la sociedad hacia el futuro. Salvo en casos extremos de disolución social, ningún gobernante puede pretender que la historia comienza con él. Los cambios excesivamente bruscos, la pretensión de que todo lo anterior es «malo» y los proyectos gubernamentales que aspiran a la supresión del otro, visto como «no pueblo», y conciben lo político como algo esencialmente agonístico implican una visión «impía» del pasado y son claras señales de que el gobernante no ha comprendido la importancia de esta virtud de la *eusebeia*.

### **B.2 La justicia** (δικαιοσύνη)

Esta virtud (la justicia), reconocida también universalmente, es inseparable del respeto a la ley positiva y del principio de igualdad de derechos para todos los ciudadanos, pero los excede esencialmente, puesto que se refiere sobre todo a la ley natural, eterna e inmutable que puede conocer cada ser humano por medio de su recta razón.

Todo gobernante actual debe estar sometido de manera efectiva a la ley, pero, además, y de manera primordial, debe conducirse en todo con la sabiduría de quien busca el bien del conjunto social. Rendir cuentas al final de un mandato es una buena manera de mostrar la realidad de este concepto, así como una excelente herramienta para desarrollar la confianza, y, aunque quizás imaginar un renacer del juicio de residencia pueda sonar anacrónico, implementar una herramienta que permita al gobernante cerrar su período de manera global podría incentivar comportamientos virtuosos.

De manera primordial, el gobernante deberá ser formado para elegir siempre el bien, pues su conciencia —que es juez y no legislador— le permitirá elegir el bien en el caso concreto y no hacer bueno lo que no lo es esencialmente. El gobernante habrá de someterse a la ley natural, y su función de creador del derecho deberá atenerse siempre a este límite infranqueable.

### **B.3 El respeto** (αἰδώς)

Esta cualidad, el respeto, también es entendida como base del ejercicio político, en un nivel de importancia semejante al de la justicia. Este respeto puede ser identificado también con el pudor, la modestia o el honor. La austeridad en la vida privada, la sobriedad en el vestir y la moderación son rasgos que atraen e inspiran confianza. Sobran ejemplos en la historia de soberanos que, haciendo gala de los defectos contrarios, terminaron sus días de la peor manera o llevando hacia el abismo a los pueblos que debieron conducir a buen destino.

Muchas veces también podemos ver en la actualidad lo lejos que se mues-

tran de esta idea muchos gobernantes contemporáneos. El exhibicionismo, la frivolidad, cuando no la corrupción descarada, parece ser frecuentemente el sino de nuestros tiempos.

#### **B.4 La generosidad** (εὐεργεσία)

Esta característica (la generosidad) del buen gobernante no es para Jenofonte solo la acción de ayudar materialmente a otros, sino la actitud fundamental de Ciro de ser protector y benefactor —soberano padre— de sus súbditos.

Quizás, si miramos de manera superficial esta cualidad, la idea del gobernante padre, del Estado paternal o del gobierno benefactor puede resultar poco acorde a estos tiempos o inconveniente, desde un punto de vista puramente material, pero es cierto y absolutamente actual que el principio de subsidiariedad que debe servir de base a toda acción de gobierno implica que lo que no puede ser realizado por instancias inferiores debe ser hecho por la instancia superior.

#### **B.5 La mansedumbre** (πραΰς)

La mansedumbre es una condición que podría parecer menor a los ojos modernos, pero que es clave para lograr el amor del gobernado. La dulzura en el trato predispone bien al interlocutor y facilita de manera importante la actitud de obedecer.

La mansedumbre, que, de alguna manera, es humildad puesta en acto, llevará al gobernante a evitar las afirmaciones rotundas e inapelables cuando no sea necesario, a procurar la cercanía en el trato con sus colaboradores y gobernados, y a huir siempre de la displicencia de quien solo atiende a sus propias razones.

#### **B.6 La obediencia** (Πειθώ)

Esta virtud, la obediencia, formaba parte de la educación básica de los jóvenes persas. Para mandar, primero hay que saber obedecer. Aquí la obediencia puede ser comparada con la disciplina, que somete el propio criterio al de un superior o en aras de un bien mayor.

El mundo actual parece haber olvidado esta cualidad. Resulta evidente que tienen mucho más «prestigio» las condiciones de mando que la capacidad de obedecer, pero esencialmente estas características deben ir en compañía, para lograr el equilibrio y el bien común.

La globalización, que pretende superar antiguas diferencias y busca contri-

buir a la colaboración entre realidades nacionales distintas, debería significar un renacer de esta virtud, pues en ella las soberanías parecen diluirse y, aunque no debería haber sometimiento alguno de unas naciones por otras, claramente se pueden presentar situaciones en las que sea preciso conjugar mando y obediencia.

### **B.7 El dominio de sí mismo, o la continencia (ἐγκράτεια)**

Esta virtud de continencia, mencionada por Jenofonte, Platón, Aristóteles y por otros filósofos clásicos, capacita a los hombres para soportar la dureza de las dificultades. Se vincula de manera directa con la reciedumbre que permite hacer frente a la adversidad, al cansancio, al dolor e incluso a la soledad tan frecuente del poder.

En la Memorabilia de Jenofonte, se consigna un diálogo de Sócrates con Aristipo de Cirene que se orienta en este mismo sentido, al afirmar que el educado para gobernar deberá aprender a anteponer los deberes más importantes a la satisfacción de sus necesidades... lo que es designado por Sócrates con el término ascesis, que es la virtud propia del hombre destinado a mandar (Jenofonte, ca. 394-387 a. C./1993).

Esta podría ser, de alguna manera, una breve descripción de las virtudes que tomaremos como referencia en nuestro trabajo. Todas ellas, a su vez, conforman y dan fundamento a la que podría considerarse la virtud primordial y principal de los políticos: la prudencia, que permitirá, en definitiva, tomar la mejor decisión en cada momento, sopesando los elementos de juicio con que cuenta.

### **C. La virtud en los clásicos ante su olvido moderno**

Hemos repasado lo nuclear del pensamiento de grandes autores grecorromanos y hemos recogido la quintaesencia de lo que ellos consideraron como virtudes centrales para el gobernante. Ciertamente, es posible ampliar la lista de autores, pero no es el fin de este trabajo un análisis exhaustivo de ellos, sino solo condensar lo principal de la aportación «clásica» a la teoría de las virtudes del gobernante.

Sin duda, en los siglos siguientes no son pocos los autores que han tratado estos temas, pero nos parece que la base fundamental está expresada en ellos. El pensamiento medieval y el de la primera modernidad se apoyan allí, completándose con la inspiración cristiana. Sin embargo, luego y de manera progresiva, se ha descuidado primero el elemento cristiano y, al final, el interés mismo por la virtud.



La línea que, desde Maquiavelo, apunta a una separación de la política y lo político de la ética se ha ido convirtiendo en predominante en los últimos siglos. Pero la enorme corrupción y la pérdida del sentido último de la política han hecho que ahora se comience a volver la mirada a la ética. Primero ha sido en el ámbito económico: la *business ethics*, aunque más en la palabra que en los hechos, tiene ya un sitio fijo en las escuelas de negocios. Más despacio avanza el retorno a la ética en el ámbito político, pero su vuelta es ineludible, y esta tesis quisiera poner su «grano de arena» en esa dirección.

Lejos queda aún el momento en que muchos se den cuenta de la relevancia de la religión, particularmente la cristiana, para la vida política. Y por ese motivo resulta más factible plantear el tema ético yendo a las raíces grecorromanas de nuestra cultura y civilización. Además —como ha quedado expresado—, ellas son tan preciosas que han podido ser utilizadas por múltiples autores posteriores.

Distinguir no es separar, sino, más bien, aclarar para poder relacionar. Ética y política se distinguen, y solo cuando se comprenden bien sus respectivos ámbitos en la unidad del obrar humano es posible captar adecuadamente la necesaria relación entre ellas. La historia moderna ha mostrado que su intento de separación es dañino, precisamente, porque es imposible. Se dice que son ámbitos separados, pero no pueden serlo, y cuando se intenta aplicar esa filosofía el resultado es que una ética mal orientada rige la relación. Es algo parecido a lo que sucede en las democracias que subrayan la estricta separación entre política y economía: como tal cosa es imposible, el resultado es que las relaciones de estos dos ámbitos se corrompen.

Un punto fundamental con respecto a este tema es la unidad de la ética. Ciertamente, la manera de comportarse está modalizada por los diferentes ámbitos en que una persona se mueve, pero la persona es una unidad, y por debajo de los comportamientos hay algo más profundo que las normas generales: los principios y las virtudes. Estos se aplican tanto a las acciones de la llamada «vida privada» como a las de la «vida pública».

La unidad de la persona es la que siempre se toma en cuenta en la ética clásica, según la cual, si bien se acepta la realidad de que a veces una persona de mal comportamiento privado puede actuar bien en lo público, se considera que lo habitual es que ambas esferas funcionen de modo armónico. Era un tópico antiguo, por ejemplo, que influyó durante años en la política estadounidense, que quien no era capaz de gobernar bien su familia difícilmente podría gobernar bien otras instituciones. Este criterio no se aplica en la concepción maquiavélico-hobbesiana, simplemente por la desconexión que en ella se da

entre ética y política, pero la crisis política de los últimos años ha hecho que se pongan en duda muchos puntos que se consideraban bien asentados en la política moderna. En concreto, la consideración abstracta y meramente politicista de muchas democracias ha llevado a estas a una crisis sin precedentes, por más que se quiera ocultar.

La atención a las virtudes éticas —personales y políticas— del gobernante es, en primer lugar, una muestra de que se abordan los problemas de forma concreta y realista. No bastan las proclamas ni las buenas intenciones, y ni siquiera saber gobernar —lo que ya implica haber aprendido de modo práctico las virtudes del político—, sino que se necesita la base humana fundamental de una ética bien asimilada y hecha vida.

Las virtudes de *eusebeia* y *aidós* a muchos hoy les parecerían superfluas, pero son de una relevancia extraordinaria. En efecto, sin la piedad, sin la consideración de que hay una realidad eterna en la que se saldrán todas las injusticias pendientes de este mundo, es muy difícil que el gobernante, inmerso en gran cantidad de dificultades —con frecuencia de muy difícil resolución—, se comporte bien, sobre todo cuando las soluciones le afectan a él de modo personal y directo. La falta de religión —muchas veces considerada en la modernidad como una ventaja— es, por el contrario, un gran problema, pues no hay ninguna racionalidad pura que pueda ocupar su lugar. No hay sustituto válido para ella.

Y lo mismo se puede decir en relación con esa otra virtud del *aidós*, de difícil traducción, pero que expresa con mayor riqueza de matices lo que Kant consideraría como imprescindible, es decir, el respeto. Este es difícilmente separable de la piedad, pues, si no hay una realidad trascendente y eterna, no hay fundamento suficiente para respetar a nadie ni a nada, dado que un respeto para evitar solo malas consecuencias no lo es, propiamente hablando. El consecuencialismo incurre en el pecado mortal por excelencia de una ética: no ser suficientemente práctico.

Una vez que se acepta la relevancia del más allá y, por lo tanto, del respeto, la virtud central sobre la que gira toda la ética es la justicia. No hay duda de ello al leer a los grandes pensadores clásicos, y es uno de los aspectos más bellos y profundos de su doctrina. Sócrates es, en este punto, el gran maestro, seguido de un modo u otro por todos los demás. La justicia es una virtud cuyo fundamento es plenamente metafísico: si el ser humano es social por esencia, no saber actuar justamente es lo mismo que destruir la propia vida y la de los demás. La grandeza de esta virtud es extraordinaria, e impregna toda la visión ética clásica. *Grandeza* significa ir más allá de los estrechos límites de la propia

individualidad y sus «intereses», también individuales, para desarrollar el elemento divino en el hombre. Dios es el «grande» por excelencia y el que tiene siempre la última palabra justa; actuar con grandeza, con justicia, es, según el pensamiento socrático-platónico —tan profundamente captado por un Cicerón o un Plutarco— actuar «de manera divina». Precisamente, una de las marcas más características del modo de gobernar actual es la falta de grandeza.

Grandeza no es lo mismo que otra virtud también relevante para el político: la generosidad. Si la grandeza empuja a ver todo desde la altura y a no dejarse perder en las pequeñeces (*de minimis non curat praetor*), la generosidad añade el esfuerzo positivo para ayudar a los otros, clave para ser aceptado por quien ha de obedecer. También la mansedumbre, a veces menospreciada por los «espíritus fuertes», que la confunden con la debilidad, tiene unas consecuencias muy beneficiosas para el ejercicio del gobierno; como se lee en el Evangelio: los mansos heredarán la tierra.

En todo el pensamiento clásico, se tiene en cuenta que aprender a obedecer resulta decisivo para quien ha de gobernar: quien no sabe obedecer tampoco entenderá cómo se debe gobernar. Para que alguien que tiene vocación de mando aprenda a obedecer necesita, a su vez, la preciosa virtud de la *encrateia*, el dominio de sí mismo. Esta virtud es fundamental porque el dominio de sí mismo es, por decirlo así, el gobierno de sí mismo, y quien no es capaz de autogobernarse no puede aspirar a gobernar a los demás. No hay nada que haga perder tanto el respeto de los gobernados hacia el gobernante como el que le vean «fuera de sí».

En la línea platónica, los grandes autores posteriores, incluido Aristóteles, a pesar de sus diferencias con el maestro, se dan cuenta de la conexión entre el bien del individuo y el de la «ciudad». Carece de sentido para todos ellos una política sin sólida base en la antropología, y tampoco lo tiene una antropología que no incluya de modo esencial la politicidad del ser humano.

La pérdida de esta visión tan amplia y profunda se ha ido dejando notar de modo progresivo en la política en el plano mundial y, por lo tanto, en el argentino. En las siguientes páginas, podremos ir viendo algunos inconvenientes y disfunciones que todo ello ha provocado.

A continuación, intentaremos colocar a la Argentina en ese esquema, haciendo un breve repaso por las situaciones que el país ha tenido durante el siglo XX y lo que va del siglo XXI.



# *Capítulo III*

ANÁLISIS POLÍTICO  
DE LA HISTORIA ARGENTINA



## **A. Antecedentes históricos**

La República Argentina es un joven país de más de tres millones de kilómetros cuadrados de extensión<sup>1</sup> y poco más de cuarenta y cinco millones de habitantes. Declaró su independencia de España el 9 de julio de 1816, aunque el primer gobierno patrio había sido constituido algunos años antes, en 1810. A partir de entonces, el país ha sido testigo de una larga sucesión de idas y vueltas políticas y económicas que, actualmente —cumplido el bicentenario de su nacimiento como país independiente—, no parecen tener fin.

La Argentina es una nación heredera de la tradición hispana y de costumbres ancestrales, lo que la convierte en un verdadero crisol de razas y de ideas. Pensamos que un somero análisis de su historia puede dar algunas pautas de interés para esta investigación.

Como hemos visto a lo largo del primer capítulo, esta referencia a la República Argentina no es azarosa ni casual, ni una simple autorreferencia, sino un recurso que, por las características del país analizado, parece revestir particular interés en este análisis sobre la importancia de un ejercicio ético del poder y la autoridad.

A modo de justificación de lo sintético de este abordaje, vale introducir aquí lo que expresa el gran historiador argentino Félix Luna:

Es posible que el intento de resumir (la historia) sea demasiado ambicioso. Pero ya se sabe que la historia es infinita: así como se puede ahondar indefinidamente en ella, también se la puede sintetizar, extrayendo las líneas fundamentales del pretérito para mostrarlas en sus grandes contrastes. (1997, p. 7)

Y, aunque no soy historiador profesional, respecto a la calidad de «fundamentales» que se adjudica aquí a algunos hechos y circunstancias históricas, haremos nuestras también las palabras de ese mismo maestro de historiadores: «Hago uso de esa facultad que tiene el que hace historia para establecer que ciertos hechos son relevantes y otros no» (Luna, 1997, p. 10).

También diremos, como declaración inicial, que la línea directriz que regirá este apartado histórico es el consejo que daba el papa León XIII, parafraseando a Cicerón: «La primera ley de la historia es no atreverse a mentir. La segunda, no temer decir la verdad» (en Wast, 1960, p. 16).

*1. Incluyendo el sector antártico.*

Pese a su riqueza natural, y aunque su acervo cultural es rico y diverso, a lo largo del siglo XX la Argentina parece haber renunciado a un destino de grandeza por errores atribuibles, en gran medida, al ejercicio venal del poder y la autoridad desde mucho antes.

Son numerosos los autores que han estudiado las causas de una decadencia que parece no haber concluido y se han realizado estudios muy profundos para entender el porqué de ciertas decisiones y procesos que han determinado que la Argentina sea, como suele decir el premio Nobel de literatura Mario Vargas Llosa, un país en vías de subdesarrollo.

En ese sentido, se destacan las obras de Pablo Gerchunoff y Pablo Fajgelbaum, *¿Por qué Argentina no fue Australia? Una hipótesis sobre un cambio de rumbo* (2006); la de Alfredo Marún, *Argentina: su decadencia secular* (2002); la de Pedro J. Frías, *La vida pública y sus protagonistas* (1995), y la de Fr. Aníbal E. Fosbery (de la Orden de los Predicadores [OP]), *La República Ocupada* (1989), que desde diferentes perspectivas —económica, política y éticamente— buscan explicar las razones de la debacle argentina durante la segunda mitad del siglo pasado.

Todos estos autores, aunque realizan el análisis desde sus propias especialidades, coinciden en situar el comienzo de la pendiente descendiente hacia la década de 1940. Sin embargo, conviene evitar una tentación común entre políticos, historiadores y filósofos argentinos: la de creer que las décadas anteriores habían sido un paraíso.

Es el maestro Pedro J. Frías (1995) quien, quizás, da en la tecla, al hablar de la despolitización de la vida pública desde la década de 1940, al hablar de la «deserción» de las élites intelectuales de la vida pública y, en particular, de las áreas políticas de la vida pública, como una amputación negativa motivada en el desprestigio, la falta de incentivos económicos y la decadencia moral de parte de la sociedad argentina. Asimismo, menciona también como una razón principal de esta deserción la falta de gratificación que muchas veces trae aparejada la actividad política.

Para comprender de manera cabal la realidad actual de la Argentina, vale la pena realizar un rápido recorrido por su historia, pues pensamos que no es posible entender la evolución histórica y el presente económico y político de un país si previamente no analizamos el origen de la civilización que lo dio a luz. En las siguientes páginas, intentaremos esbozar brevemente esa génesis para facilitar la comprensión del problema.

A partir del siglo II de nuestra era, fueron asentándose las características esenciales de una cultura a la que se llamó cristiandad, a su vez heredera de



la Antigüedad clásica helénica y romana, que marcaría el rumbo de la historia para siempre.

La conversión al cristianismo le confirió a este mundo un sentido de unidad del que jamás había gozado hasta entonces y gracias a él logró su subsistencia. Esta civilización basada en la *fides*, de la cual no solo deriva la palabra *fe*, sino también el vocablo confianza, estaba destinada a regir los destinos de la humanidad durante los próximos siglos. Compartir señor y esclavo una misma religión, es decir, tener confianza en un mismo dios y, por lo tanto, también en los hombres, creados a su imagen y semejanza, es el origen de una profunda transformación social que llevó paulatinamente a convertir al esclavo en siervo y luego en campesino libre. Tanto unos como otros se sabían parte de una civilización superior, que todos debían contribuir a mantener unida, con su compromiso y el ejercicio de las virtudes propias de su Estado.

Sin embargo, esa estabilidad no duró para siempre, pues a partir del siglo XV se agudizó la decadencia de la Edad Media. Hacia ese entonces, la cristianidad se encontraba ya maltrecha y la confianza estaba en crisis, pero ningún nuevo sistema de valores venía a sustituirla. La falta de un ejercicio virtuoso de la autoridad y el poder desempeñaron un papel sumamente trascendente en esta decadencia.

El concepto de cristiandad, concebido como punto de unión de todo el mundo civilizado, se mantuvo incólume hasta el siglo XVI, en que se produjo la llamada Reforma protestante, aunque el golpe que selló su suerte definitiva fue la Revolución francesa de 1789, según lo que explica en su *Año X* (1960) el autor argentino Hugo Wast<sup>2</sup>. Para los revolucionarios franceses, ya no resultaba aceptable ninguna identidad de la persona proveniente de la «corporación», ni de la familia. La única identidad aceptable sería la de que cada individuo entonces era «libre e igual».

*2. Hugo Wast es el seudónimo del escritor argentino Gustavo Martínez Zuviría, nacido en la ciudad de Córdoba en el año 1883 y muerto en Buenos Aires en el año 1962. Ha sido considerado como uno de los autores más importantes de la literatura argentina y, además de sus novelas, trascendió las fronteras con sus libros sobre temas políticos e históricos. Algunos de sus libros han sido llevados al cine y han sido traducidos a más de treinta idiomas. Fue merecedor del Premio Nacional de Literatura y del gran premio quinquenal otorgado por la Real Academia Española de la lengua. Se desempeñó, además, como diputado nacional, interventor federal en la provincia de Catamarca y ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Fue condecorado por el papa Pío XI y nombrado comendador pontificio de la Orden de San Gregorio Magno. Recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.*

De este modo, llegamos al siglo XIX, que en España habría de ser preparado durante el XVIII con la llegada al poder de una nueva dinastía. Allí los cambios antes descriptos no fueron tan bruscos ni tan dramáticos. Puede decirse que este país fue el último baluarte del modo de concebir el mundo propio de la cristiandad. La modernización no implicó inmediata, ni necesariamente, una subversión de las costumbres y las ideas morales vigentes hasta entonces.

El siglo XVIII fue para España el del comienzo de la dinastía de los Borbones, con el reinado de Felipe V, quien gobernó durante un medio siglo de historia española en el que se procuró crear una sociedad nueva, diferente, de cara al futuro. El proceso de renovación y de relanzamiento de España como potencia mundial prosiguió con Carlos III, que dirigió España en un renacer político, económico y cultural.

Muchos cambios vieron la luz en ese proceso de renovación dinástica, y algunos paradigmas existentes hasta entonces comenzaron a transformarse, pues ya no se consideraba que la riqueza se debía únicamente al oro y a la plata, sino que empezó a darse importancia a la actividad económica, por lo que el Río de la Plata, hasta entonces algo marginado, se valorizó.

De todos modos, y pese a ese incipiente proceso de modernización, España siguió siendo, de una manera distinta, una sociedad que fundamentaba su unión y su funcionamiento en valores heredados, en una tradición. La defensa mutua de aquellos con quienes uno está ligado continúa siendo aún la razón que explica el normal desenvolvimiento del conjunto.

Si no hubo entonces una verdadera revolución fue, en gran parte, porque el absolutismo, el liberalismo creciente y las corporaciones tradicionales hicieron gala de su moderación y porque la nobleza, aun sin resignarse jamás al rol que le reservaron los Borbones, respetó siempre la voluntad real. Esa era la España que sería testigo de las luchas por la independencia que hubieron de desatarse apenas comenzado el siglo XIX en sus territorios de ultramar; una España que se modernizaba; una España en la que convivían, en relativa armonía, valores y tradiciones heredados con la inquietud propia de las modernas tendencias que provenían de los nacientes liberalismos.

En ese marco se produjo el surgimiento de la República Argentina, país en el que han de pervivir, de un modo aparentemente contradictorio, esas mismas tensiones. La Argentina, luego de su independencia, ya no sería española, pero sin lugar a dudas siguió siendo hispana.

A finales del siglo XVIII, en el año 1776, por decisión del rey Carlos III, se creó el Virreinato del Río de la Plata, que incluía el actual territorio argentino, más lo que hoy conforman Uruguay, Paraguay, Bolivia, parte de Brasil y el nor-

te de Chile. Ese fue el marco político y geográfico en el que poco más de treinta años después se iniciaría el proceso emancipatorio americano y argentino. El virreinato tenía la magnitud de un país de las dimensiones de Estados Unidos, con salida a ambos océanos y con acceso a riquezas inconmensurables... Sin embargo, como sostiene Félix Luna (1997), quizás hubiera necesitado más tiempo para «fragar», pues sus elementos eran heterogéneos y diversos. Esto llevó a que, cuando se cortó la dependencia de España a partir de 1810, aparecieran, además de la Argentina, otros países... En sentido similar, se expresan autores como Lynch et al. (2001) o Floria y García Belsunce (1992) al analizar el surgir de las naciones hispanoamericanas.

Podemos decir que el siglo XIX comienza casi junto con el reinado de Napoleón, quien, en el año 1807, con el objeto de intentar la conquista de Portugal, solicitó permiso al rey Carlos IV para atravesar con sus tropas el territorio hispano. Sin embargo, ante el éxito conseguido en tierras lusitanas, se negó a retirar sus tropas de España, dando posteriormente origen a la llamada farsa de Bayona y a la entronización de José Bonaparte como rey de España. La indignación ante ese atropello condujo a la guerra de independencia española, que duró seis años y durante la cual se formaron numerosas juntas provinciales que gobernaban en nombre de Fernando VII, prisionero de Napoleón. En esos mismos años, en todo el continente americano hubo de librarse una guerra con muchos frentes de la que nacieron casi todas las repúblicas americanas actuales.

La creciente autonomía material que habían logrado las colonias durante el siglo XVIII fue contrarrestada a través de una reestructuración burocrática encarada por Carlos III durante los años de su reinado. Se crearon nuevos virreinos, se nombraron nuevos funcionarios y se intentaron nuevos métodos de gobierno con el fin de supervisar más de cerca la lealtad de los súbditos americanos, pero ese tipo de control no solo no logró su objetivo, sino que contribuyó grandemente al nacimiento de los movimientos independentistas americanos.

Sin embargo, a pesar de lo que afirma Ricardo Levene (1941) en su obra magna y la historiografía clásica argentina en general, no fue la lectura de Rousseau, Montesquieu, Voltaire, ni la de ninguno de los escritores de la revolución lo que inspiró a los partidarios de la emancipación, pues, precisamente, contra cierta ideología afín que empezó a filtrarse desde España fueron inicialmente las revueltas.

Lynch (1989) y Wast (1960) sostienen que, antes que la Revolución francesa, fue la Revolución norteamericana la que orientó en alguna medida el accio-

nar de los patriotas, y, analizando los hechos y las consecuencias posteriores, adoptamos esa misma posición y concepción. De todos modos, cabe mencionar que Mariano Fazio (2013) ha introducido algunos matices a esa afirmación, pues sostiene que los revolucionarios españoles estuvieron inspirados en la tradición política de la escolástica española y no en los procesos revolucionarios norteamericano y francés.

La invasión napoleónica y la coronación de José Bonaparte como rey de España fue determinante al ocasionar un serio problema de representación política en Hispanoamérica: no podían tener a los Borbones, desconfiaban de los revolucionarios franceses y no querían a Napoleón. La pregunta acerca de a quién había que obedecer condujo rápidamente a las ideas de libertad. En esta coyuntura se encuentra quizás resumido el porqué de todo el proceso emancipatorio en América.

Las revoluciones emprendidas en territorio americano por la emancipación del dominio español no tuvieron la carga de odio y resentimiento antieuropeo que tanto gusta a las modernas izquierdas políticas. Por el contrario, si bien existían numerosos factores, sobre todo económicos y comerciales, que los habían conducido a desarrollar estas ideas de libertad, los patriotas argentinos que llevaron a cabo la tarea emancipadora se sentían tanto españoles como americanos. Hugo Wast (1960) —novelista al fin, más que historiador— utiliza una metáfora para describir el ánimo reinante y sostiene que la independencia americana puede compararse con la emancipación de una hija que ha llegado a su mayoría de edad. En el caso de los hombres que tuvieron en sus manos el nacimiento de la nación argentina, la fuerza emancipatoria se manifestó firme, pero suavemente, porque la Revolución de Mayo fue una revolución incruenta.

En el cabildo abierto del 25 de mayo de 1810, se decidió el cese en el cargo del virrey Cisneros y se puso en su lugar a la Primera Junta de Gobierno Patrio. Ese hecho fue el comienzo del proceso de independencia que culminaría con su declaración formal en Tucumán el 9 de julio de 1816.

Si la Ilustración hubiera inspirado los anhelos de libertad e igualdad absoluta en las provincias argentinas, nada explicaría que el modelo que prosiguió haya sido casi «feudal». Si bien hubo intentos modernizadores en los primeros años luego de la declaración de la Independencia, la organización social en el país no se plasmó en una burguesía dominante y grandes masas de asalariados, sino en una especie de aristocracia terrateniente con peones a su servicio.

La figura del gran patrón de enormes estancias pronto amplió el alcance de su poder y se transformó en caudillo. Hacia 1820, luego de una década de enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias del interior del país, las

Provincias Unidas del Río de la Plata se encontraban menos unidas que nunca. Las luchas entre unitarios y federales habían impedido una verdadera unión. Si bien en cada provincia subsistía internamente un régimen que conservaba su cohesión, las relaciones entre ellas y las de ellas con Buenos Aires estaban signadas por la perpetua sospecha y la contraposición de intereses. Esta situación dificultó enormemente la constitución del país en cuanto tal. Pocos años antes se habían perdido las provincias del Paraguay, del Alto Perú —hoy Bolivia— y de la Banda Oriental —hoy Uruguay—, y el presente mostraba una realidad en la que todas las provincias tenían aspiraciones de unidad, pero múltiples conflictos entre ellas lo impedían.

A partir de Rosas, que asumió la gobernación de Buenos Aires en 1829, la élite comerciante y funcionarial que había ostentado el poder formal luego de la Revolución de mayo de 1810 cedió el paso a los caudillos y estancieros en el ejercicio del poder político. El sistema adoptado por Rosas, tradicional y autoritario, no varió demasiado a lo largo de las dos décadas que duró. Su hegemonía, sin embargo, solo fue efectiva en Buenos Aires, pues las demás provincias se gobernaban a sí mismas, de manera autónoma. Aunque agrupadas en la Confederación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, regían sus vínculos entre ellas por tratados y no por medio de una constitución escrita.

Rosas se resistía a preparar una constitución para la Argentina, pues consideraba que, antes de ello, era menester que las provincias se organizaran a sí mismas y se derrotara al enemigo común: los unitarios. De todos modos, desde su rol de gobernador de Buenos Aires, consiguió algo que desde los años previos a la Independencia nadie había conseguido: que las provincias delegaran en él la representación exterior del conjunto del país.

La Argentina, sin embargo, seguía sin tener una verdadera unión. Las coaliciones temporales no alcanzaban a disimular la dispersión general. La conciencia de ser partes de un todo no menguaba, pero hasta la caída de Rosas en 1852, luego de la batalla de Caseros, el país continuó estando fragmentado, como escenario de permanentes guerras entre caudillos locales.

Hasta ese entonces la economía había sido eminentemente ganadera. La exportación de cueros y de carne salada vacuna, inicialmente, y la exportación de lana, a partir de la década de 1840, eran la base de una economía que poco tenía de industrial. El empresario era el estanciero, el hacendado, y, como se ha dicho, su relación con el poder político era casi simbiótica o fungible. El estanciero devenía en caudillo, y de ahí al poder político había solamente un paso.

Poco a poco fue naciendo una nueva Argentina. Los inmigrantes que venían a trabajar como pastores, los extranjeros que compraban tierras para es-

tablecerse en ellas y las nuevas tendencias de consumo fueron un signo de ello. Las ciudades poco a poco fueron mejorando su infraestructura, y la llegada del ferrocarril a mediados de la década de 1850 acortó las distancias y aceleró el progreso.

A partir de esa época, comenzó un proceso de modernización en el país, de la mano de la organización judicial nacional y de un Ejército que dotaba de poder real al Estado nacional. La economía y el modo de relacionarse jurídica y políticamente entre el Estado y los emprendedores cambiaron profundamente.

La extensión de miles de kilómetros de vías férreas y la mejora en las comunicaciones marítimas por el progresivo reemplazo de los barcos a vela por los vapores fueron factores muy importantes también en este proceso. Poco a poco la Argentina fue consiguiendo su integración y los miles de familias de inmigrantes que arribaron al país a partir de la década de 1850 se integraron con sus valores, ideas y trabajo hasta transformar a la Argentina en el «granero del mundo».

Ese momento quizás haya sido el único en toda la historia argentina en que el Estado y lo que hoy llamamos empresa mantuvieron una relación fecunda y racional. Los capitales extranjeros fluyeron constantemente y sin interrupciones, seguros de que era posible hacer buenos negocios contribuyendo al desarrollo de la nueva nación, y el Estado supo hacerse digno de esa confianza, manteniendo las reglas de juego y viendo a los empresarios como importantes actores sociales, y no como rivales ni como una clase para someter.

Llach y Gerchunoff (2005) destacan el rol que tuvo el Estado en la construcción del marco que luego posibilitaría el ingreso y permanencia de los capitales en el país. Como es evidente, esta posición, si bien distaba de ser intervencionista, lejos estaba también del liberalismo a ultranza que se achaca a la Generación del 80. Más bien es propia de un pragmatismo que sabe leer las circunstancias históricas y la idiosincrasia de un país en ciernes.

Este período de bonanza duraría, casi sin interrupciones, hasta la segunda década del siglo XX. En la obra *Historia económica de la Argentina* (2018), Domingo Cavallo y su hija, Sonia Cavallo Runde, afirman que en esa primera oleada de «globalización» la Argentina se ubicó como una de las economías emergentes más exitosas, al crecer más rápidamente que Estados Unidos, Canadá, Australia y Brasil.

Al explicar las causas que permitieron que esto ocurriera, coinciden también todos estos autores en mencionar no solamente algunas medidas de naturaleza técnica, sino un marco institucional adecuado y una clase dirigente

preparada para enfrentar los desafíos que fueron presentándose.

## **B. La historia argentina del siglo XX**

Anteriormente, hemos realizado un breve esbozo de los factores que contribuyeron a crear el caldo de cultivo del que surgió la Argentina, y hemos mostrado también cómo factores económicos, políticos y sociales determinaron el nacimiento de los nuevos países de Hispanoamérica y cómo el comercio y la empresa tuvieron un rol preponderante en la gestación y desarrollo de esa nueva realidad que fue la Argentina. Por último, hemos procurado presentar de qué manera la construcción de un sistema económico-político estable y duradero generó durante un lapso prolongado las condiciones necesarias para el progreso económico y social del país.

En las siguientes páginas, a través de la mirada que distintos autores tienen en relación con los diferentes procesos políticos llevados adelante en la Argentina a lo largo del siglo XX, intentaremos mostrar la importancia y trascendencia de que los gobernantes cuenten con criterios correctos y pautas de comportamiento adecuadas en el ejercicio del poder y la autoridad.

Este análisis se centrará en lo político, en procura de corregir lo que ha afirmado con certeza don Julio Irazusta (1977), maestro de historiadores, cuando expresa que la política es la «cenicienta» de las actividades espirituales, y por eso es más frecuente encontrar inspirados artistas, abnegados filántropos y juiciosos pensadores que verdaderos políticos.

### **B.1. El régimen conservador liberal (1880-1916)**

A lo largo de las décadas comprendidas entre 1880 y 1910, aproximadamente, tanto la Argentina como el resto del mundo atravesaron un período de paz, que en Europa se conoció como la *belle époque*. Durante este tiempo habían sido puestas en práctica muchas de las ideas desarrolladas por Juan Bautista Alberdi en sus Bases (1852): una sociedad que garantice a los habitantes amplios derechos para prosperar y educar a los hijos, pero sin conceder derechos políticos a las masas. Todos los integrantes de la llamada Generación del 80 habían sido formados en las mismas instituciones y hablaban un mismo lenguaje... podían discutir de manera feroz sobre ideas concretas, pero pensaban lo mismo sobre el rumbo que debía adoptarse para la Argentina. Todos ellos creían que era posible arribar al progreso universal indefinido y a una estabilidad perpetua que permitiera la paz.

Más allá de algunos intentos aislados posteriores, resulta difícil encontrar a lo largo de la historia argentina otra etapa que responda a un proyecto global

de país. Gerchunoff y Fajgelbaum (2006) llegan a la misma conclusión en su obra comparativa sobre las historias argentina y australiana, y sitúan el comienzo de la decadencia (inicio de la divergencia con Australia, en su esquema conceptual) hacia 1930.

A lo largo de ese período de esplendor, la Argentina se había convertido en el país más desarrollado de América Latina y se encontraba razonablemente insertado en el concierto de las naciones en cuanto a inversión, producción, consumo y comercio internacional. Tenía una de las redes ferroviarias más extensas del mundo, un sistema educativo que había terminado en poco tiempo con el analfabetismo, una amplia clase media y un sistema político estable. Las condiciones parecían estar dadas para el desarrollo pleno del país. El crecimiento económico, la estabilidad político-institucional y el desarrollo social de sus habitantes. Sin embargo, si miramos lo que ocurrió posteriormente, vemos una situación completamente distinta.

El siglo XX comienza en la Argentina promediando la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, político y militar, uno de los representantes más importantes de la Generación del 80 y respetado por amplios sectores por haber sido quien comandó la denominada Campaña del Desierto, que incorporó de manera efectiva al territorio nacional los vastos territorios de la Patagonia.

La referencia a los clásicos era habitual en su correspondencia, y en muchas páginas de su *Soy Roca* Félix Luna (2006) pone en boca del protagonista referencias a Julio César, a Catón, a Plutarco, Maquiavelo o Napoleón... En efecto, leemos allí: «¿Vidas paralelas? No pretendo tanto. Es cierto que el Julio latino y el Julio Argentino fuimos dos trayectorias inmersas en la política, pero lo común entre nosotros dos es que ninguno se dejó dominar por ella» (Luna, 2006, p. 14).

En las siguientes páginas, intentaremos brindar una semblanza de su personalidad y acción de gobierno, de una manera más detallada que la de sus sucesores, por ser él quien encarnó de manera cabal la mentalidad de esa época y porque no hay dudas de que Roca fue la figura política más relevante de la Argentina a partir de la segunda mitad del siglo XIX, hasta la aparición de Perón.

Roca provenía de una generación educada y destinada a mandar. Los miembros de su generación asumieron desde muy jóvenes la misión que se les había asignado y que ellos habían tomado como propia: al inicio de su primer mandato tenía 37 años.

La Argentina, por entonces, era un país joven, gobernado por personas jóvenes, y eso fue posible porque todos ellos habían sido educados desde la in-



fancia y preparados de manera sistemática para asumir su rol de conductores. El Colegio de Monserrat, en Córdoba, el Colegio San Carlos, en Buenos Aires, y el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos, formaron durante décadas a las élites que condujeron el país por mucho tiempo. Esta realidad es denominada en la obra de Carlos Floria y César García Belsunce (1992) como «la alianza de los notables», que remplazaba a la clase «patricia» y al régimen de los caudillos, que había caracterizado al siglo XIX.

Roca estaba convencido de que el inicio de su presidencia (la primera abarcó el período de 1880 a 1886, y la segunda, el de 1898 a 1904) marcaba el fin de una era y el comienzo de una nueva en la que la misión del gobierno sería, sencillamente, administrar y mantener la paz.

El lema de su gobierno fue, precisamente, «Paz y Administración», y sus metas estuvieron ligadas a la consolidación del orden político, la llegada de la inmigración europea y la introducción de avances técnicos, pero su afán modernizador muchas veces se dio de bruces con el sentir de una sociedad tradicional y católica, por lo que algunas de sus medidas fueron resistidas.

Se ha aceptado ampliamente que el llamado *régimen conservador* de la Generación del 80 fue, en realidad, verdaderamente liberal, pero, aun cuando desde el punto de vista filosófico sí lo fue, e incluso cuando las medidas de apertura e integración económica mucho tuvieron de inspiración en los liberalismos decimonónicos, los hombres que encarnaron ese régimen también creían firmemente que el Estado tenía que existir y que debía ser fuerte y poderoso para servir de árbitro en el juego de intereses de la comunidad.

Roca —y quienes conformaron con él este grupo de hombres que sentía tener en sus manos la responsabilidad de llevar el país hacia el futuro— era, sin embargo, un hombre práctico, más que ideologizado. Tenía en su mente una idea del lugar al que quería llevar a la Argentina, y en su cometido utilizaría las herramientas que hicieran falta.

Aníbal Fosbery (2010), aun con críticas profundas a muchas de las consecuencias que siguieron al proyecto de la Generación del 80, reconoce numerosas virtudes a sus miembros: tolerancia, elocuencia y amor a la inteligencia.

El presidente Roca recibió el apelativo de Zorro<sup>3</sup> por su astucia negociadora y la capacidad de mantener inescrutables sus intenciones, que lo llevaron

3. Veremos en este trabajo la frecuencia con que los gobernantes de la Argentina son rebautizados por el pueblo con apelativos que suelen referirse a alguna característica de su personalidad o de su aspecto físico. Así, el astuto Roca será llamado Zorro; a Yrigoyen, que, como el *quirquincho* o *peludo* de las pampas argentinas, evitaba en lo posible aparecer en

a perfeccionar el sistema de comités, punteros y caudillos que garantizó su triunfo en épocas de voto cantado y violencia contra opositores. Su gobierno por el gobierno de las élites y su maquinaria electoral estaban bien establecidos.

En 1898, como se ha dicho, en el ocaso del siglo XIX, Roca fue elegido para un segundo mandato como presidente de la república. Para entonces, la Argentina había sufrido ya numerosos cambios. La agricultura ganaba terreno año tras año y los cereales ya habían convertido al país en el «granero del mundo». Los frigoríficos, que permitían la exportación de carnes a Europa, daban nuevo vigor a la ganadería y los ferrocarriles dotaban de comunicación a las distintas provincias, revitalizando las industrias locales. Todo esto aceleró la demanda de mano de obra y el proceso inmigratorio, lo que a su vez dio origen a los primeros movimientos sindicales y a «la cuestión social», también tratada, desde la *Rerum Novarum*, por el *Magisterio Pontificio*.

Ese fue el ambiente que ayudó a crecer y a desarrollarse a la recientemente nacida Unión Cívica Radical y, en menor medida, al Partido Socialista.

La habilidad política de Roca -su cintura política, su “mano izquierda”- era proverbial. Luego de su primera presidencia, colocó como sucesor a su concuñado, Miguel Juárez Celman, pues confiaba en él... y se consideraba capaz de manejarlo a conveniencia. Sin embargo, poco después comprendió que Juárez Celman tenía sus propios planes y ambiciones, por lo que, ante el fortalecimiento de la oposición y la crisis financiera en ciernes, Roca tomó distancia de su concuñado. Durante la denominada Revolución del Parque, que fue el bautismo de fuego político de la Unión Cívica, luego Unión Cívica Radical, Roca se reunió con su antiguo rival Bartolomé Mitre.

Aun cuando es claro que una extrapolación de conductas resulta desde todo punto de vista inconducente, vale aclarar que, incluso en el marco republicano en que la Argentina ya estaba inmersa en el siglo XIX, la idea de un

*público, le fue impuesto el apodo de Peludo. Por el contrario, a su correligionario Marcelo T. de Alvear, por su calvicie, le decían el Pelado. De la Plaza, por sus ojos rasgados, era el Chino; Pellegrini, hijo de extranjeros, era conocido como el Gringo; Figueroa Alcorta, de quien se decía que atraía la mala suerte, frecuentemente era llamado Jettatore; Frondizi era el Flaco; Illia, lento en sus decisiones, la Tortuga. Cámpora era conocido como el Tío, por ser como hermano de Perón (padre del pueblo). Menem, ya en tiempos contemporáneos, era conocido como el Turco, por su ascendencia árabe. Estos apodos suelen ser utilizados, incluso frente a ellos, tanto por partidarios como por adversarios, por sus amigos y por desconocidos que se encuentran en su presencia.*

único conductor, de un líder que tomara por sí mismo las decisiones fundamentales, seguía teniendo mucho de «monárquico», lo que, tradicionalmente, ha pervivido en la Argentina, en perjuicio —tantas veces— de la solidez de sus instituciones.

Durante el segundo mandato, también dio muestras de una excepcional capacidad para leer los contextos y decidir sobre la base de intuiciones muy certeras que acentuaron aún más su prestigio como hábil político. En la entrevista dada al autor de este libro por el Dr. Domingo Cavallo, el exministro resalta esta habilidad que hemos descripto en los párrafos precedentes como una de las virtudes más importantes que debe tener todo dirigente político.

Quizás las falencias del régimen estuvieron vinculadas a la exclusión de grandes sectores de la ciudadanía del foco de las decisiones y la participación electoral, lo que marcó el inicio del fin del *ancien régime*. Precisamente, Fosbery (2010) explica que este régimen impuso el gobierno de una minoría, sin reconocer los derechos ciudadanos a una legítima participación política. Para la gente del interior del país (las provincias), estas circunstancias fueron generando un malestar profundo que terminó por debilitar el régimen. Hugo Wast solía decir que los males del país entran por el puerto de Buenos Aires y que las soluciones a ellos vienen desde el interior, traídas por el pampero, el viento que sopla en las planicies de la Argentina.

Aunque es aceptado generalmente que Roca fue un verdadero estadista, que tuvo una visión de país y que luchó durante toda su vida para ver concretada esa idea, la mayoría de las obras que se han consultado sobre este período, escritas por autores de consenso y de distintas vertientes de pensamiento, coinciden en señalar que, en su vida privada, muchas veces no se vieron encarnadas algunas de las virtudes que hemos señalado. Son conocidos, por ejemplo, sus numerosos amoríos extramatrimoniales.

En 1904 fue elegido presidente de la nación, como sucesor de Julio Argentino Roca, el Dr. Manuel Quintana, con valiosos antecedentes como jurisperito, legislador y diplomático. Quintana fue considerado siempre un político honesto y trabajador, comprometido con sus ideales republicanos, y un orador destacado. Su figura consular despertaba, si no entusiasmo, como había sido durante la presidencia de Roca, la adhesión que se debe a un ejemplo por seguir, lo que viene en apoyo de la hipótesis que plantea esta investigación.

Luego de desempeñarse como ministro del Interior de Luis Sáenz Peña, entre 1892 y finales de 1894, sabemos que durante un largo período Quintana se dedicó a profundizar sus lecturas predilectas, los clásicos griegos y latinos, como un modo de equilibrarse en un mundo moderno, que abandonaba los

carruajes y elegía el ferrocarril... Su perfil dialoguista y moderado le permitió construir consensos con distintas fuerzas. Y, aunque para los opositores inicialmente su elección era una sencilla confirmación de los vicios del régimen, en su primer discurso frente a las cámaras, Quintana se esforzó por mostrar lo contrario. Algunas frases extraídas de allí ilustran estas circunstancias: «Tengo la certidumbre de que en adelante ha de ser una verdad el ejercicio del sufragio y me afirmo en el convencimiento de que el pueblo argentino tiene toda la capacidad necesaria para usar de sus derechos» (Deleis et al., 2000, p. 42); «Ansío para mi país los movimientos pacíficos de la democracia y ha de ser una de mis mayores ambiciones suscitar el debate de las doctrinas opuestas y presidir con imparcialidad... el choque de los grandes partidos orgánicos» (Deleis et al., 2000, p. 42).

Todas estas frases hablan de un espíritu conciliador y buscador de consensos, una característica esencial, pues le tocó gobernar en un período de numerosos levantamientos originados en cuestiones sociales, pero también durante un ciclo próspero de la economía argentina. Su prematura muerte en 1906, que le impidió completar el mandato para el que había sido elegido, privó al país de un hombre que fue descrito a su muerte de la siguiente manera:

Pocas veces el ideal de la República ha tenido un campeón más decidido que este demócrata, cuya fisonomía moral evoca por alguno de sus rasgos esenciales el perfil ciceroniano. ¿Qué ha sido el doctor Quintana, sino un orador sonoro y abundante, un jurisconsulto sabio y experto, un cónsul severo, desinteresado y diligente, un mandatario esclavo de las leyes y empeñoso por la paz interna? (Deleis et al., 2000, p. 41)

Podemos advertir que en esta época de la Argentina aún existían esos políticos que buscaban en el pasado clásico inspiración y modelos para su pensamiento, reflexión y acción pública, y ello les hacía rendir mejor en su servicio al bien común. No era algo solo propio de la vieja Europa —supuestamente más culta y amante del pasado—, pues los fautores de la independencia norteamericana, un siglo antes, habían buscado en las mismas fuentes, como podemos comprobar en los epistolarios de Thomas Jefferson, John Adams, James Madison, etcétera.

En la mayoría de las fuentes consultadas, se menciona esta característica general de los dirigentes del período de mayor esplendor de la República Argentina.

Al presidente Quintana le sucedió su vicepresidente, José Figueroa Alcorta, cordobés, egresado del Colegio de Monserrat —donde, aún universitario,

comenzó a dictar clases de Filosofía— y de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Figueroa Alcorta estuvo siempre enrolado en el ala más liberal del Partido Autonomista Nacional, al que habían pertenecido Roca y Quintana, y nunca ocultó sus simpatías por la enseñanza laica, la creación del Registro Civil y la secularización de los cementerios, por lo que tuvo numerosos enfrentamientos con los sectores católicos de su espacio político.

Antes de su presidencia, fue ministro de Gobierno, Justicia y Culto del gobernador Juárez, en Córdoba, diputado nacional y gobernador de su provincia natal, desde donde saneó las finanzas y emprendió obras destacadas en el ámbito educativo, edilicio y vial. Fue el único argentino en alcanzar la máxima jefatura de los tres poderes nacionales: del Legislativo —como vicepresidente de la república—, del Ejecutivo —como sucesor de Quintana— y del Judicial —como presidente de la Corte Suprema de Justicia—.

Su presidencia no puede ostentar demasiados logros políticos, pues tuvo que lidiar con una fuerte oposición y no pudo lograr un acuerdo con el ascendente Hipólito Yrigoyen, de la Unión Cívica Radical, a fin de sacarlo del abstencionismo y traerlo a la lucha política, pero los años de su gobierno pueden mostrar numerosos éxitos en el plano económico. Hacia 1910 la Argentina se había convertido en uno de los diez países con mayor renta per cápita del mundo.

Durante su mandato también se cumplió el Centenario de la Revolución de Mayo, cuyos festejos sirvieron para mostrar a todo el orbe el dinamismo y la fuerza de la joven Argentina.

Sin dudas, pese a la bonanza que se ha expresado y el notorio crecimiento del país, la falencia principal de este período consistió en la incapacidad o falta de voluntad política de Figueroa Alcorta para resolver la cuestión social, cada vez más presente. Durante los años de su gobierno, el país debió asimilar la llegada de más de 800 000 inmigrantes, numerosas manifestaciones, la huelga de inquilinos de 1907 y otros hechos de conflictividad social que debieron ser reprimidos, con costo de vidas humanas.

A Figueroa Alcorta lo sucedió Roque Sáenz Peña, que habría de pasar a la historia como el presidente del sufragio universal, obligatorio y secreto, el de la libertad de discusión y examen, el presidente que trabajó en dotar de limpieza a las hasta ese entonces amañadas elecciones. Logró el fin del abstencionismo de la Unión Cívica Radical gracias a su confiabilidad. Fue testigo del fin de la «Argentina de los notables» y vio el comienzo de la «Argentina de los partidos». Esa Argentina de la alianza de notables de la que hablaban Floria y García Belsunce (1992) dio al país los años más destacados de desarrollo

y crecimiento, que solo hubieron de prolongarse pocas décadas más, luego del advenimiento del régimen de partidos que comenzó a hacerse fuerte por entonces.

Una transformación, inicialmente casi imperceptible, había comenzado a operarse en esos años. El «líder» del que hablábamos en páginas anteriores empezaba a dar espacio a un juego institucional, más propio de un país maduro, aunque con serias limitaciones, como se verá por su irregular desenvolvimiento posterior.

Con una economía próspera, los tres años de gobierno de Sáenz Peña consolidaron los logros de la década anterior. Murió luego de una larga enfermedad el 9 de agosto de 1914.

Su sucesor, el vicepresidente Victorino de la Plaza, era salteño y de origen humilde. En su juventud fue becado para estudiar en el Colegio de Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos, donde se relacionó con Julio Argentino Roca. A partir de 1862, se instaló en Buenos Aires, donde trató con Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Cambaceres y Pedro Goyena.

De sus años en Entre Ríos, «trajo de la Plaza dos futuras palancas: su vinculación en las aulas de ese establecimiento con Roca, a quien tuteaba, y un excepcional dominio del latín... Aunque parezca mentira, más importante le sería esta última» (Levene, 1973, p. 195). Participó en la guerra contra el Paraguay y, al finalizar esta, fue tomado como auxiliar por el Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield, cordobés y autor del Código Civil que rigió hasta el año 2015.

Por su trabajo profesional como abogado, Victorino de la Plaza pronto logró una situación económica holgada y mucho prestigio, mostrando también la existencia de una movilidad social ascendente en la joven nación argentina:

Eduardo Lahitte lo contrató como profesor para su nieto, Roque Sáenz Peña, de quien, cuarenta años después, sería compañero de fórmula presidencial. Además, accede a una cátedra de filosofía en el Colegio Nacional, y el gobierno de Sarmiento le encarga la redacción de proyectos de leyes de procedimientos. Es de destacar que, entendiendo que con esos trabajos apenas devolvía lo que la Universidad le había brindado, los consideró un deber patriótico y se negó a cobrar un solo centavo por ellos. (Deleis et al., 2000, p. 76)

Su breve presidencia, para completar la del fallecido Sáenz Peña, cabalgó entre dos épocas. El comienzo de la Gran Guerra había generado un enorme desasosiego en la población argentina, pues uno de cada cuatro habitantes era nacido en el Viejo Mundo y otros dos eran descendientes directos de eu-

ropeos.

A partir de 1914, un marco internacional desfavorable condicionado por la Gran Guerra determinó el final de ese período de esplendor. Si bien las exportaciones argentinas crecieron mucho durante esos años y la participación de la industria también, el saldo económico fue negativo, pues durante los años que duró el conflicto bélico la economía atravesó un proceso de recesión importante, los salarios reales cayeron y la emigración fue mayor que la inmigración.

El compromiso de Victorino de la Plaza con la transparencia de los comicios, inquietud que había compartido con su predecesor, lo llevó a entregar el mando, por primera vez en décadas, a un presidente proveniente de la oposición: Hipólito Yrigoyen, el Peludo, de la Unión Cívica Radical. De la Plaza murió en 1919, a causa de una neumonía.

Sáenz Peña fue el presidente que marcó el fin del «monopolio» conservador-liberal<sup>4</sup> en el ejercicio del poder político y dio paso al llamado primer movimiento histórico argentino, que fue el radicalismo.

Pese a los notorios éxitos que habían encarnado los gobernantes del régimen saliente, quedaban puntos por reformar. El sistema político, basado en el convenio, en el acuerdo, permitía un sistema electoral totalmente ficticio e inmoral.

El agotamiento de esta era, afirma Fosbery (2010), tuvo sus orígenes en el materialismo de sus númenes y en el carácter centralista de este proyecto político, que había sido desarrollado en la pampa húmeda y recostado sobre el Puerto de Buenos Aires.

Para Abel Posse (2003), puede situarse aquí el inicio de lo que él ha bautizado como el «eclipse argentino», que conlleva resignación y frustración colectiva.

## **B.2. El período radical (1916-1922; 1928-1930)**

Los esfuerzos de Sáenz Peña por corregir los abusos electorales que habían ido minando la legitimidad de las presidencias conservadoras habían co-

*4. Esta aparente contradicción responde a la idiosincrasia argentina. Los llamados espacios políticos «de derechas» siempre se han mostrado como liberales en lo económico y conservadores en lo moral y lo social. En el caso de la Generación del 80, que en modo alguno puede ser considerada conservadora en lo moral, sí es posible afirmar que su liberalismo económico, aperturista y europeófilo estuvo acompañado por un marcado conservadurismo en lo social, perpetuando privilegios de clase, reservados para las élites, si no aristocráticas, sí intelectuales.*

menzado demasiado tarde, por lo que en 1916, luego de las elecciones del 2 de abril, fue sucedido por el candidato radical Juan Hipólito del Corazón de Jesús Yrigoyen, quien realizó sus estudios primarios en el Colegio de San José y, luego de un período en el que se planteó la vocación religiosa, sus estudios secundarios en el Colegio de la América del Sur.

En 1872 fue designado comisario de policía, desde cuyo cargo conoció de primera mano los graves problemas que traía aparejado el voto «cantado», la compra de papeletas electorales y la violencia política.

En 1880 fue elegido diputado nacional por solo dos años, luego de los cuales se dedicó a la docencia de la filosofía.

Yrigoyen hizo fortuna gracias a la actividad agropecuaria, lo que le permitió solventar su actividad política, y, al crearse la Unión Cívica Radical en 1890, se convirtió con rapidez en el líder de los jóvenes radicales, por su imagen austera y el tono inspirador y «profético» que adoptó su discurso. Más que un político, Yrigoyen se convirtió en ídolo, en figura mística, en iluminado. Fue el principal impulsor del abstencionismo electoral del radicalismo hasta que estuvieran dadas las condiciones, y supo esperar, pacientemente, su momento. El radicalismo pretendía, en principio, pureza en las elecciones, moralidad pública y respeto por el sistema federal de gobierno.

Sin embargo, esas ideas no constituyen más que prerrequisitos para un buen gobierno. El momento anhelado por la Unión Cívica Radical habría de llegar en 1916, cuando Yrigoyen asumió como presidente, apoyado por amplios sectores populares. Esto motivó la hegemonía de su partido, casi de manera absoluta. Pese a ello, en el radicalismo nacieron dos facciones antagónicas: la de los yrigoyenistas, que afirmaban que interpretaban mejor el carácter popular y acusaban a sus adversarios de ser conservadores encubiertos, y la de los antipersonalistas, que consideraban que Yrigoyen pretendía establecer una autocracia.

El fin de la Gran Guerra volvió a traer para el país un período de crecimiento de la mano del presidente Marcelo T. de Alvear. Hasta 1929 la Argentina creció a un ritmo incluso mayor que el de los Estados Unidos y, por ese entonces, el producto bruto interno (PBI) argentino había superado al de Australia y se acercaba rápidamente al de Canadá.

Luego de la baja provocada por la Primera Guerra Mundial, Estado y empresa, gobernantes y gobernados, volvieron a ingresar en un período de relativa armonía y de crecimiento apoyándose mutuamente. En ese esquema, evidentemente, el principal aliado del Estado fue el sector empresario, que gracias a las condiciones imperantes no dudaba en invertir, seguro del mante-



nimiento de las reglas de juego jurídicas y políticas, y en incorporar mano de obra, contribuyendo así también al bienestar de la sociedad.

Por otra parte, y a pesar del progreso relativo de los sectores industriales, el campo siguió conservando un lugar de privilegio, pues, para mediados de la década de 1920, las planicies pampeanas seguían siendo nuestro sello distintivo en el mundo.

El Estado argentino propiciaba la libre iniciativa privada, pero no dudó en utilizar las herramientas a su alcance para fomentarla. Su rol fue muy importante, aunque no puede calificarse de intervencionista. Por el contrario, en opinión de Llach y Gerchunoff (2005), un innecesario apego a las doctrinas del librecambio fue una de las causas de la vulnerabilidad posterior de una economía que no supo industrializarse a tiempo.

Simultáneamente, y como contrapartida, el Estado acentuó durante esos años la propensión, insinuada anteriormente, a gastar por encima de la recaudación por impuestos, financiando obra pública con empréstitos internacionales. Esa situación, que no presentó serios problemas, ni económicos ni de confianza en general, se vio agravada durante los años que siguieron a la Gran Depresión de 1929, hasta convertirse en la pesadilla de las administraciones que gobernaron durante los años 30. Incluso teniendo claras las particularidades propias que la administración estatal posee, lo que entonces ocurrió puede explicarse con un principio básico de economía familiar: no puede sustentarse en el tiempo la economía de quien gasta más de lo que gana.

Un modelo que había mostrado sus bondades durante algunas décadas había comenzado a hacer agua por la falta de responsabilidad de los conductores. Veremos que, apenas iniciado el siglo XXI, ocurrió algo similar, lo que dio origen a la llamada crisis financiera global de 2008, que nació con la explosión de la burbuja de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos.

En 1928 resultó elegido nuevamente Hipólito Yrigoyen, que venía a ejercer por segunda vez la presidencia. En esta oportunidad, sin embargo, no pudo concluir su mandato porque el primero de una larga serie de golpes de Estado cívico-militares se lo impidió. El general José Félix Uriburu asumió el poder, aunque por poco tiempo, porque no contó con el apoyo de los radicales (incluso las facciones disidentes de este partido se plegaron solidariamente a sus correligionarios derrocados) ni pudo conservar el que habían prestado originariamente los demócratas progresistas. Se convocó a elecciones para 1931 y surgió como vencedor el general Agustín P. Justo, que pretendió instaurar un régimen similar al de finales del siglo XIX, pero acentuando aún más ciertos abusos que habían sido cometidos en aquel momento, como el fraude

electoral en todos los niveles de elección. Si en aquella primera época ciertas prácticas fueron toleradas por una sociedad naciente, que veía palmariamente el progreso, en este momento ya podemos decir que el «fraude patriótico» fue considerado, cierta y sencillamente, corrupción. La falta de ética, unida a ciertas dificultades externas, había viciado de raíz el nuevo régimen.

La crisis norteamericana de 1929 tuvo repercusiones en todo el mundo, y la Argentina no fue la excepción a este fenómeno, pero en pocos años logró recuperarse, apostando incluso a su industrialización. Una serie de políticas de corte proteccionista contribuyeron a este proceso, pero la confianza internacional en el país se vio afectada de manera directa.

Antes de finalizar ese decenio, se desató la Segunda Guerra Mundial. Durante toda la contienda, los presidentes Ortiz y Castillo se encargaron de mantener la neutralidad del país en el conflicto, pero internamente, desde las filas militares, se estaba gestando un nuevo golpe de Estado que habría de llevar al general Pedro Ramírez a la presidencia de la nación en 1943.

Como había sucedido durante la guerra de 1914, esta Segunda Guerra Mundial sirvió para colocar a la Argentina como importante país exportador, incluso de manufacturas. Hasta Estados Unidos comenzó a importar productos argentinos. Por ese entonces, todavía, la confianza en la *performance* del país era general. Interna e internacionalmente, el país era en gran medida previsible. La empresa, agropecuaria o industrial, tenía un marco jurídico claro y los riesgos a los que estaba sometida eran simplemente los propios de cada negocio. Las políticas aplicadas por el Estado tenían rasgos de proteccionismo, pero ello era así en todos los países del mundo, y, además, cualquiera podía saber con certeza y precisión cuáles eran las industrias que «gozaban del favor oficial». Ese fue el panorama que en 1942 llevó a previsiones: que, de tan favorables, excedían a las del más optimista de los argentinos. Suponiendo un mercado de productos agropecuarios con demanda sostenida, Clark opinaba que para 1960 el producto per cápita de la Argentina sería de 754 unidades de medida, segundo en el mundo detrás de Estados Unidos, con 879, y muy por encima de los países europeos. (Llach y Gerchunoff, 2005, p. 161)

Por su parte, Paul Samuelson se expresaba así:

Si alguien hubiese preguntado en 1945 ¿qué parte del mundo espera usted que experimente el más dramático despegue económico en las próximas tres décadas?, probablemente yo habría dado una respuesta parecida a la siguiente: la Argentina es la ola del futuro. (En Llach y Gerchunoff, 2005, p. 161)

### **B.3. El justicialismo. Juan Domingo Perón (1945-1955; 1973-1974)**

Luego de los gobiernos de facto que se sucedieron a partir del golpe de 1930, llegó a la presidencia un joven coronel que se había destacado como vicepresidente, secretario de Trabajo y secretario del Ministerio de Guerra durante la presidencia del general Farrell: Juan Domingo Perón, que había cautivado a las masas durante su accionar luego del terremoto de San Juan en 1944.

La doctrina peronista pretendió ser una alternativa tanto al capitalismo como al comunismo, lo que se resumía en las frases: «ni capitalistas, ni comunistas: justicialistas» o «ni yanquis ni marxistas: peronistas». Por otro lado, e identificando su doctrina con la Doctrina Social de la Iglesia, rescataba la idea de la función social de la propiedad, como alternativa al colectivismo y al liberalismo ortodoxo.

Si bien es verdad que a partir de la década de 1940 la Argentina ya no volvió a conocer un verdadero esplendor, no hay que caer en el error, tan frecuente, de achacar al peronismo todos los males del país, pues lo anterior, aún con su saldo positivo de crecimiento sostenido, seguridad jurídica y desarrollo, no era un mundo perfecto.

Como acertadamente afirma Héctor Ghiretti:

Los peronistas no fueron unos demonios salidos del infierno o una banda de salteadores y bandoleros, del mismo modo que los políticos y demás dirigentes anteriores tampoco fueron modelo de estadistas. Lo cual de ninguna manera quiere decir —forzoso es aclararlo— que esta afirmación implique intercambiar los calificativos. (2002, p. 212)

Este autor realiza un análisis compatible con este que aquí ensayamos: una causa fundamental que ha hecho fracasar los distintos proyectos puestos en marcha a lo largo de ese tiempo fue la falta de dotes personales de gobierno y de formación filosófica y técnica en quienes los encarnaron.

No es posible cargar al peronismo con la responsabilidad exclusiva de la debacle del país, aunque, como se ha dicho, existe una coincidencia temporal. Las siguientes décadas nos muestran en el país una irregular alternancia en el poder de gobiernos militares que se suceden, con breves interregnos de gobiernos civiles electos popularmente. Los planes de gobierno desarrollistas se alternaron con los liberales, los populistas y los conservadores sin haberse logrado posteriormente otro período comparable con el de 1860-1945, por su casi ininterrumpido crecimiento y seguridad jurídica.

Por otra parte, comenzó a aparecer cierta conciencia de decadencia y la

perniciosa convicción de que el esplendor del país era cosa del pasado. Esa sensación, evidentemente, trajo aparejadas la desazón, la desconfianza radical que lleva a resignarse a un mal destino y la peligrosa sensación de que da lo mismo hacer las cosas bien que no hacerlo, que es exactamente igual que nos gobierne una u otra persona y que el único esfuerzo que vale la pena es el de intentar la salvación individual.

Sin embargo, aun cuando el análisis de este segundo movimiento histórico surgido en la Argentina —luego del radicalismo— merecería un libro completo (docenas, en realidad), preferimos no profundizar mucho más en este período, que, de manera expresa y esencial, quiso alejarse cuanto pudo de las vertientes intelectuales y clásicas del modo de ejercer el poder.

El peronismo levantó, como nunca antes, las banderas de lo popular, presentado como contrapuesto a lo aristocrático, a lo burgués, a lo elitista, a lo intelectual, y pretendió ser la encarnación de una tercera vía, equidistante del capitalismo y del socialismo. Esta tercera posición, en la concepción filosófica de Perón, era la Doctrina Social de la Iglesia hecha carne. Sin embargo, contrariando lo que expresamente se establece en las encíclicas y documentos que la conforman, Perón pretendió también que su partido era la única visión compatible con aquella doctrina.

Las clases altas y medias argentinas habían sido educadas en un humanismo a lo Rodó, y por ende resultó para ellos intolerable que desde el poder se favorecieran códigos de conducta hasta entonces poco valorados... e incluso prohibidos.

Perón constituyó un movimiento en torno a él como «jefe» y a su segunda esposa, Eva Duarte —universalmente conocida como Evita—, como «madre». La identificación de las masas con una serie de valores y virtudes míticas estructuró una liturgia y un «culto» que aún pervive en la Argentina, en los peronismos de todas las orientaciones.

#### **B.4. La etapa revolucionaria y los gobiernos militares (1930-1945; 1955-1983)**

Desde la década de 1930 y hasta 1983, la historia argentina estuvo plagada de golpes de Estado militares, con breves interregnos de gobiernos civiles. Ya hemos mencionado el golpe de 1930. Posteriormente, en 1955, el general Eduardo Lonardi encabezó la autodenominada Revolución Libertadora, que derrocó a Perón, para luego ceder el poder, en 1958, a Arturo Frondizi, que puso en marcha el último proyecto desarrollista en la Argentina. En 1962, luego de un pronunciamiento militar, asumió José María Guido, y en las elecciones siguientes, en 1963, salió electo el radical Illia, de reconocida honestidad y sen-

cillez, aunque sin dotes para el mando, fundamentales para la concreción de un proyecto político: por su lentitud al tomar decisiones fue apelado como la Tortuga.

Illia tampoco pudo terminar su mandato porque en 1966 la proclamada «Revolución Argentina» puso en el poder al general Juan Carlos Onganía, que había defendido en West Point la legitimidad de los golpes militares cuando los gobiernos electos democráticamente desvirtuaran en los hechos los valores occidentales y cristianos.

A fines de 1972, luego de las presidencias de Onganía, Levingston y Lanusse, que con distintas orientaciones comandaron la Revolución Argentina, llegó al poder Héctor Cámpora, delegado de Perón, quien después, antes de cumplir dos meses en el cargo, renunció convocando a elecciones para dar lugar a la tercera presidencia de Perón.

Este período, en el que el viejo general era ya un «león herbívoro», como él mismo se calificó, culminó con su muerte en 1974 y la asunción de su tercera esposa, María Estela Martínez, que lo había acompañado como vicepresidente. Ya por entonces el gobierno estaba absolutamente desgastado por la guerrilla urbana, los grupos paramilitares y el descalabro económico, lo que originó el golpe de Estado de 1976, denominado Proceso de Reorganización Nacional.

Aunque, como se ha dicho ya del peronismo, esta etapa podría ser objeto de un análisis profundo, preferimos evitarlo para concentrarnos en épocas de normalidad institucional que permitan un estudio razonable de los principios políticos puestos en vigor. El motivo de evitar el análisis de estos períodos anormales de la historia argentina se vincula a lo que expresa Nicolás Grimaldi, que menciona entre las condiciones de posibilidad de la confianza lo siguiente:

Que el estado de la sociedad no sea un estado de guerra. Si se supone —como Hobbes— que la relación más originaria entre los hombres es la lucha, cada uno intentará engañar siempre al otro para dominarlo. Si así fuera, cualquier acuerdo, cualquier alianza, cualquier contrato sólo serían tácticos, y la desconfianza sería la forma más sencilla y común de lucidez. (2000, p. 207)

Como tal condición básica no se da en el proceso mencionado en este acápite, terminaremos el capítulo indicando que hacia 1983 el Proceso de Reorganización Nacional estaba desprestigiado y agotado, por lo que, sin mucho margen de acción, luego de la derrota en la guerra de Malvinas, la Junta de Comandantes que ejercía el poder convocó a las elecciones que habrían de consagrar al Dr. Raúl Ricardo Alfonsín, de la Unión Cívica Radical, como nuevo

presidente de los argentinos.

### **B.5. El regreso a la democracia y el fin de siglo**

Las décadas de los 60 y los 70 son consideradas por muchos como décadas perdidas, de verdadera guerra civil: los movimientos guerrilleros de inspiración marxista, las políticas demagógicas puestas en práctica por el peronismo de la primera parte de la década de los 70 y numerosos aspectos de la actuación del gobierno militar que asumió el poder a partir de 1976 están entre las causas más importantes del fracaso argentino durante las décadas de 1960 y 1970.

En esta «tragedia» nacional, la falta de liderazgos ejemplares y de gobernantes virtuosos tuvo mucho que ver. Esa situación trajo consigo la búsqueda de la salvación individual, aunque el resto se hundiera. No se esperaba nada del Estado ni de los demás y, en consecuencia, ante esa desconfianza sustancial, cada uno solo había de procurarse su beneficio particular.

Desde hace décadas el problema de la corrupción política ha sido denunciado como uno de los grandes males nacionales. La sucesión de gobiernos democráticos desde 1983 hasta el día de hoy no solo no ha logrado cambiar la historia, sino que ha profundizado aún más un sistema en el que las prácticas corruptas son moneda corriente. Es significativo que los más ruidosos escándalos políticos se hayan dado en los últimos treinta años, a pesar de las permanentes apelaciones a la honestidad y a las exhortaciones a construir una «nueva política» que los gobernantes radicales y peronistas de todos los sectores han efectuado.

Quizás a comienzos de la década de 1990 renacieron después de mucho tiempo ciertas esperanzas para los argentinos. El discurso del recién elegido presidente Carlos S. Menem, peronista, pero a la vez muy independiente, apuntaba a olvidar las viejas antinomias entre argentinos, a dejar atrás los desencuentros que habían enlutado la década de los 70 y a volver a insertar a la Argentina en un mundo que ya no la tenía en cuenta desde hacía mucho tiempo. La puesta en marcha de un plan económico que en pocos meses acabó con la hiperinflación desatada en 1988, en la que se había llegado a tasas superiores al 100 % mensual, acrecentó la sensación de que había intenciones de dejar atrás décadas de incertidumbre y estancamiento.

El programa puesto en marcha desde ese momento había sido diseñado por Domingo Cavallo y su equipo, que desde la Fundación Mediterránea venía trabajando desde hacía muchos años en el análisis de la realidad argentina y en la preparación de proyectos necesarios para el desarrollo del país.

El rápido aniquilamiento de la inflación y la decisión de llevar adelante un

ambicioso programa de privatizaciones para acabar con largos años de ineficacia y corrupción estatal lograron que los índices de popularidad del entonces presidente ascendieran muy por encima del porcentaje de votantes que lo había llevado al poder. Sin embargo, una década más tarde, los numerosos escándalos de corrupción, la falta de ejemplaridad de muchos funcionarios y una cuidadosa campaña de demonización realizada por sectores progresistas llevó, una vez más, al colapso.

La década de los 90 puede ser caracterizada como un período en el que se desaprovechó una inmejorable oportunidad de rectificar un rumbo, y esa chance fue desperdiciada, en gran medida, por la repetición de comportamientos no virtuosos de los gobernantes, como lo destaca Domingo Cavallo en la entrevista que analizaremos más adelante en esta investigación. Hubo progreso, pero también un grave problema de pobreza que no pudo ser resuelto; hubo estabilidad económica y la Argentina fue el segundo país del mundo en crecimiento durante toda esa década, pero la brecha entre ricos y pobres no se redujo.

El plan de convertibilidad puesto en marcha por el ministro Domingo Cavallo terminó con la inflación y sentó las bases para el proceso de estabilidad más prolongado de la segunda mitad del siglo XX en la Argentina. Esta situación terminó a comienzos del año 2002, en que ese régimen fue abandonado por el gobierno justicialista de Eduardo Duhalde.

El breve gobierno del radical Fernando de la Rúa tampoco significó un cambio profundo. Al igual que Menem, llegó al poder con un discurso basado en la transparencia y en un supuesto modo de gestionar alejado de los excesos y la frivolidad que habían caracterizado a algunos representantes del llamado «menemismo». Sin embargo, la falta de resultados en lo económico, el escándalo denominado «coimas en el Senado» y el abandono del Fondo Monetario Internacional terminaron por dinamitar también la legitimidad de ese gobierno. En el capítulo posterior, explicaremos más en detalle algunas de las circunstancias mencionadas.

El siglo XXI comenzó del peor modo posible para la Argentina. Luego de tres años de recesión económica, en el 2001 se produjo el colapso del sistema financiero en la Argentina y poco después, Eduardo Duhalde, sucesor de Fernando de la Rúa en la presidencia de la nación, decidió terminar con la paridad del peso con el dólar. Durante el 2002 y el 2003, la Argentina volvió a ser presa del caos. Se descubrió que el hambre «estaba a la vuelta de la esquina» y la desocupación alcanzó más del 25 % de la población en edad de trabajar. Más del 50 % de los argentinos quedó sumido en la pobreza y para muchos había

llegado la hora de emigrar. Pocos creían que fuera posible la recuperación. Para millones de argentinos la Argentina había tocado fondo.

Poco tiempo después el panorama era claramente otro. El país creció durante algunos años a tasas «asiáticas», cercanas al 10 %. La desocupación cayó por debajo del 10 % y las tasas de pobreza e indigencia también sufrieron drásticas menguas. El presidente Kirchner y su sucesora —su cónyuge—, Cristina Fernández, presentaron como trofeos la cancelación de la totalidad de la deuda que el país tenía con el Fondo Monetario Internacional y la más grande reestructuración de deuda pública de la historia, luego de haberse declarado la cesación de pagos apenas desatada la crisis.

Durante los años comprendidos entre el 2003, en que se inició el gobierno de los Kirchner, y el 2007, la Argentina pareció volver a resurgir. Sin embargo, a partir de ese momento, la situación comenzó a cambiar. La inflación subió hasta niveles muy superiores a los del resto de los países de Hispanoamérica (incluso teniendo en cuenta las sospechadas estadísticas del Instituto Nacional de Estadística y Censos [INDEC]). La corrupción desembozada había regresado. El crecimiento se había detenido y el mundo volvía a preguntarse: ¿qué pasa con la Argentina?

Federico Sturzenegger (2013), uno de los economistas más lúcidos de la Argentina, expresidente del Banco Ciudad y del Banco Central de la República Argentina, realizó un análisis desapasionado de lo ocurrido durante la presidencia de Néstor Kirchner y mencionó que, a manera de error recurrente en la historia argentina, el período gobernado por el Frente para la Victoria podría haber sido aprovechado si hubiera existido voluntad política para combatir la corrupción y la suficiente humildad para reconocer que el cambio de escenario global indicaba la conveniencia de corregir el camino. De todos modos, en nuestra opinión, era impensable que el modelo desarrollado durante esos años trajera aparejada la recuperación definitiva.

A pesar de que el gobierno peronista que llevó adelante los destinos de la Argentina hasta diciembre de 2015 pretendió haber implementado un modelo «productivo» y «socialmente justo», no es posible que este se sustente en el tiempo sin reglas claras para todos. Un proyecto político basado en una seguridad jurídica acotada, como la que ha caracterizado a los gobiernos del presidente Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner y el del actual presidente Alberto Fernández (limitación de las exportaciones de carne, controles de precios, reestatización de empresas privatizadas en los años 90, control de divisas, «cepo» cambiario, aumento desmedido del gasto público, etc.), en permanentes confrontaciones con los sectores empresarios, militares



y eclesiásticos, no puede terminar bien.

Algunos autores han sostenido que lo peor que puede sucederle a la Argentina son situaciones de coyuntura económica favorable, que distraen de los verdaderos problemas del país y que en su euforia no permiten atacar las causas de fondo de la decadencia nacional: falta de conciencia social, políticos faltos de responsabilidad pública y formación en cualidades positivas, desaliento de las vocaciones de nuevos dirigentes políticos, escasas virtudes sociales y deformación sostenida y creciente de la conciencia moral de amplios sectores de la sociedad.

En el mes de diciembre del año 2015, la Argentina ingresó en un nuevo período. Las elecciones presidenciales favorecieron a la coalición de centro Cambiemos, que tuvo como candidato al Ing. Mauricio Macri, que llevó adelante en su gobierno una serie de reformas que pretendieron insertar al país nuevamente en el concierto de las naciones, con resultados apenas modestos.

Su modelo estuvo basado en lo que se llamó «gradualismo», procurando evitar los impactos sociales que un cambio rotundo en los programas económicos podría ocasionar. Sin embargo, al cabo de sus cuatro años de gobierno, la falta de resultados visibles en lo económico y cierta dificultad para generar confianza en el mediano plazo llevaron a que, a partir de 2019, asumiera un nuevo gobierno justicialista, que llevó como candidato a presidente a Alberto Fernández y como vicepresidente a Cristina Fernández. La apariencia de moderación que traía el electo presidente se esfumó en poco tiempo, con la aparición de la pandemia de COVID-19. Las medidas implementadas se radicalizaron rápidamente, lo que profundizó aún más la llamada «grieta» de los argentinos, que produce división y desencanto entre los jóvenes.

En la actualidad, estamos viendo el nacimiento de una nueva etapa que marcará el rumbo del país por los próximos años.

Como hemos visto, durante el lapso más extenso de desarrollo que ha tenido la historia argentina, aun reconociendo sus falencias y errores, la presencia de lo clásico ha sido expresa y constante, lo que viene en apoyo de la hipótesis planteada al comienzo.

En el próximo capítulo, a través del tratamiento de algunas fuentes que han analizado lo ocurrido durante las décadas que han pasado desde el retorno de la democracia a la Argentina en 1983, más los libros del Dr. Domingo Cavallo, intentaremos dar un marco adecuado que permita demostrar la importancia del ejercicio virtuoso del poder y la autoridad.



# *Capítulo IV*

PROTAGONISTA Y TESTIGO  
PRIVILEGIADO



En el presente capítulo, luego del somero análisis realizado en las páginas precedentes, intentaremos ubicar en el esquema que vincula al segundo y al tercer capítulo de este trabajo la labor realizada por quien ha sido un testigo privilegiado y un protagonista de primer orden en las últimas décadas de la historia político-económica de la República Argentina: Domingo Felipe Cavallo.

Además de la bibliografía específica, consistente en libros escritos por él, semblanzas escritas por terceros sobre su actuación y algunos artículos sobre su labor de gobierno, las siguientes páginas contienen parte de los resultados de una serie de entrevistas personales realizadas con el Dr. Cavallo; el Dr. Carlos Kesman, uno de sus más cercanos colaboradores durante esos años; y con el Dr. Gustavo Béliz, quien también fue ministro de la nación en gobiernos distintos y ha compartido años de gestión con el actor que intentamos analizar.

A manera de introducción a su figura, vale la pena resumir sus antecedentes: este autor nació en 1946 en la provincia de Córdoba, República Argentina. Se graduó con honores de contador público y de licenciado en Economía en la Universidad Nacional de Córdoba, donde se doctoró también, a los 21 años, en Ciencias Económicas. Fue distinguido con Medalla de Oro y Diploma de Honor al mejor egresado de la promoción. En el año 1977 terminó un segundo doctorado en Economía (*PhD in Economics*) de la Universidad de Harvard y, a su regreso de los Estados Unidos, fundó y dirigió el Instituto de Estudios sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana (IERAL), de la Fundación Mediterránea. Durante ese tiempo Domingo Cavallo fue profesor universitario, escribió algunos de sus libros y publicó numerosos artículos técnicos en revistas especializadas y en periódicos. En 1982 fue presidente del Banco Central de la República Argentina por un breve período y en 1987 fue electo diputado nacional en la provincia de Córdoba.

Entre 1989 y 1991, fue ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación, y en 1991 fue nombrado ministro de Economía. Renunció en el año 1996, luego de haber denunciado la corrupción, la manipulación de la justicia y la existencia de mafias enquistadas en el Estado. Luego de ello, ha asesorado a diversos gobiernos extranjeros en temas vinculados a gestión de crisis.

Este economista, académico y político argentino ha sido el fundador del partido Acción por la República, a través del cual fue electo como diputado nacional por la Ciudad de Buenos Aires en 1997. En 1999 obtuvo el tercer lugar en las elecciones presidenciales. Poco después, en el 2001 fue convocado por el presidente de la nación Fernando de la Rúa para conformar un gobierno de «unión nacional» con el fin de sacar al país de la recesión. El 20 de marzo de

2001, asumió nuevamente como ministro de Economía y lanzó una serie de reformas para evitar las consecuencias de una devaluación y el *default*. Permaneció en el cargo hasta la renuncia del presidente De la Rúa.

Desde entonces Domingo Cavallo se ha desempeñado como profesor visitante de Economía en la Escuela de Negocios Stern de la Universidad de Nueva York (2002-2003) y ha disertado en numerosas universidades e instituciones, como la Universidad de Michigan, la Universidad de Columbia, la Universidad de Princeton, la Universidad de Georgetown, la Universidad de Stanford, la Universidad de Colorado, la Universidad de Boston, Boston College, Amherst College, Clark College, NYU College y Harvard. Asimismo, por su labor, ha recibido numerosas distinciones: en 1981 fue elegido como uno de los Diez Jóvenes Sobresalientes del Año por la Cámara Junior de Buenos Aires; en 1992 la revista *Latin Finance* lo nombró Hombre del Año y la publicación *Euromoney* lo nominó Ministro de Finanzas del Año. Como exministro de Economía, recibió condecoraciones de gobiernos de más de 20 países. También, entre sus reconocimientos académicos más relevantes, se destacan los de doctor *honoris causa* en Jurisprudencia de la Universidad de Génova (Italia, en 1994); doctor *honoris causa* en Filosofía de la Universidad Ben Gurión de Neguev (Israel, en 1995); doctor *honoris causa* en Economía de la Universidad de Turín (Italia, en 1995); doctor *honoris causa* en Economía de la Universidad de París 1, Pantheon Sorbonne (Francia, en 1999), y el de doctor *honoris causa* en Ciencias Políticas de la Universidad de Bologna (Italia, en el año 2000).

Es miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas del Reino de España y miembro del Grupo de los Treinta. Es autor de los libros *Volver a crecer* (1984), *El Desafío Federal* (1986), *Economía en Tiempos de Crisis* (1989), *La Argentina que Pudo Ser* (1989), *El Peso de la Verdad* (1997), *Pasión por Crear* (2001), *Estanflación* (2008), *Camino a la Estabilidad* (2009) y *Argentina's Economic Reforms of the 1990's in Contemporary and Historical Perspective* (2017), en colaboración con su hija, Sonia Cavallo Runde, publicado en español como *Historia Económica de la Argentina* (2018).

Su actuación profesional y política, que lo convierten en uno de los máximos protagonistas de la historia argentina de los últimos cuarenta años, justifica por sí sola este abordaje. Ha dicho sobre él, en la entrevista que se adjunta a este trabajo, el profesor Kesman:

Lo que yo percibí luego de trabajar con él varios años es que él tenía una inteligencia técnica y natural excepcional. Pienso que por eso él tiene el coraje de asumir luego de la tremenda crisis del 89/90, y asume nuevamente el riesgo en el 2000, cuando había muchos indicios de que podía suceder

lo que finalmente ocurrió a finales del 2001. (Comunicación personal, enero de 2017)

A modo de anécdota, quisiéramos transcribir algunos párrafos de la entrevista realizada con Cavallo que agregan algo a lo afirmado precedentemente por Kesman e introducen el factor «circunstancias» en esta investigación. En cierta ocasión, luego de una disertación realizada en la universidad de Harvard, alguien del público preguntó a Domingo Cavallo qué lo había llevado a aceptar el Ministerio de Economía durante la presidencia de De la Rúa, teniendo en cuenta las adversas circunstancias —para algunos, terminales— en que se encontraba. Antes de que el disertante pudiera responder, Sonia Abrasian —esposa de Cavallo—, que también estaba presente, dijo: «Porque Cavallo siempre cree que puede con todo». Cuando le preguntamos a nuestro entrevistado sobre la veracidad de esa historia, nos respondió entre risas: «¡Así fue! ¡Eso dijo Sonia!... ¡Dijo eso!... Y es cierto: yo creí que iba a poder resolver el problema. Sigo creyendo que se podría haber resuelto... pero bueno...» (Cavallo, comunicación personal, enero de 2017).

Luego de esa primera afirmación, Cavallo vuelve repetidamente sobre la trascendencia que los hechos históricos, sobre todo en esta etapa globalizada, tienen al momento de lograr éxitos o fracasos políticos.

A lo largo de toda la obra del profesor Cavallo, se trasunta su preocupación por acotar el margen de discrecionalidad de los funcionarios públicos y por tornar más eficaces los controles, como medidas clave para reducir la corrupción y lograr un buen gobierno.

En el año 1989, con una Argentina inmersa en una de las peores crisis de su historia y con una espiral inflacionaria como no se ha visto en ningún otro lugar del mundo fuera de épocas de guerra, escribió el libro *Economía en tiempos de crisis*, en el que plasma una serie de ideas que resultan de utilidad en este trabajo:

Se necesita un shock de confianza. Pero el shock de confianza se va a lograr fundamentalmente con una alta dosis de transparencia, y de entendimiento de la gente, del lenguaje que hablen sus dirigentes y de la información que se les provea. Que la gente advierta que es información veraz y que comience a ver claro lo que antes veía oscuro. (Cavallo, 1989, p. 197)

Para Cavallo resulta claro que la confianza solo puede ser inspirada por un comportamiento ético adecuado, transparente, veraz, y no solamente a través de algunas medidas de naturaleza técnica.

Gustavo Béliz, que era ministro del Interior en el tiempo en que Cavallo conducía la economía de la República Argentina, se expresa de manera directa en este mismo sentido, en la entrevista que se encuentra en el próximo capítulo, al sostener que la formación de los dirigentes debe ser multidimensional y vincular, necesariamente, lo axiológico y lo tecnológico. Además, en su obra escrita resalta e insiste en la importancia de preparar y premiar al mérito, también en la función pública (Béliz, 1993).

El análisis de Cavallo se orienta, entonces, en un sentido similar al nuestro, aunque no profundiza en la necesidad de formar a los dirigentes en etapas previas al ejercicio del poder. Él, de alguna manera, en sus escritos —ya que no en la entrevista— parece dar por supuesta la capacitación ética del gobernante, aunque la realidad parece mostrar de manera clara que existe una falencia esencial en esta materia.

El exministro Béliz afirma que, «si la política es la construcción del bien común, el dirigente tiene que cultivar virtudes... Nadie puede dar lo que no tiene: si hay vicios enraizados en lo personal, estos se trasladan inevitablemente a la labor de gobernar» (comunicación personal, octubre de 2017).

Además de la necesidad genérica de formación, Kesman va aún más lejos y afirma:

El político tiene que mejorar su formación en las ciencias duras y el economista tiene que mejorar su formación política: política, histórica, sociológica y filosófica... En esa línea, el área más débil sería la filosofía. ¿Cómo se podría formar a los políticos en esta área de un modo sencillo? Presentándoles la Doctrina Social de la Iglesia, que tiene un gran contenido filosófico. (Comunicación personal, febrero de 2017)

Todas estas ideas se vinculan de manera muy directa con las de Jenofonte (1476/2007), que en su *Ciropedia* sostenía que, si Ciro había llegado a ser Ciro el Grande, era en virtud de la formación que había recibido durante su juventud, de la misma manera que Isócrates defendía el valor redentor y pedagógico de la formación y educación dada a los jóvenes.

Cavallo también comprende que no basta —aunque es necesario hacerlo— con elegir bien las ideas que se pondrán en práctica para sortear una crisis o gobernar un país, sino que se debe elegir bien a las personas que habrán de hacerlo. El problema no es únicamente, entonces, si tal o cual idea es la adecuada, sino que, además de buscar ideas que *per se* contribuyan al desarrollo, habrá que lograr un cambio de paradigma en el sistema y en las personas que lo encarnan.

Cuando se leen estas afirmaciones, incluso cuando quienes las han realiza-



do no mencionan de manera directa su origen, no podemos menos que pensar en la aristotélica relación entre *areté* y *téchné*, como elementos necesariamente interrelacionados en la construcción de una praxis virtuosa en el ejercicio del gobierno.

La visión de Cavallo propugna, entonces, una reorganización integral del marco, no puramente la aplicación de las ideas liberales, contrapuestas a las desarrollistas o a las ideas propias de la socialdemocracia. Para él la solución, más que por una batalla entre «el Estado y el mercado», reside en que tanto Estado como mercado sean bien gestionados y cumplan acabadamente su misión, sin salirse de ella. Y esto es así porque detrás del Estado, y también del mercado, existen personas. El sistema económico-político debe tomar cabal conciencia de esa realidad; mientras no lo haga, se seguirán cometiendo los graves errores que periódicamente dan inicio a las crisis.

Gustavo Béliz, por su parte, en su libro *Vale la pena: adiós a la vieja política* (1993), nos llama a construir una «ética estructural», como antítesis de la corrupción estructural que trae aparejada la burocracia excesiva, las instituciones anquilosadas y las reglas poco claras. De hecho, en la entrevista concedida por el Dr. Cavallo, este menciona los déficits intelectuales y éticos de muchos dirigentes como una de las causas principales de la no continuidad del modelo iniciado en los años noventa durante su gestión. El Prof. Carlos Kesman (Conversación personal, febrero de 2017), por último, sostiene lo mismo cuando dice que entre los múltiples factores que explican la realidad argentina están las faltas de formación ética y técnica.

Este cúmulo de razones es lo que explica ese aparente pragmatismo de Cavallo, que tiene mucho que ver con saber leer las circunstancias del momento no para aplicar recetas de manual, sino usar la más indicada en el momento concreto. Cavallo cree que muchos malos resultados son producto de una dirigencia que no llegó a advertir la gravedad de las circunstancias a las que se estaban enfrentando... la dirigencia no estuvo ni intelectual ni éticamente a la altura de lo que exigía el manejo de la crisis en la Argentina. (Comunicación personal, enero de 2017)

Esta es una idea de honda raigambre ciceroniana, puesto que el Arpinate consideraba que una de las cualidades centrales que debía tener un dirigente era la de saber observar la realidad del tiempo y las circunstancias. También fue encarnada, como hemos visto en el capítulo anterior, por Julio Argentino Roca, durante sus presidencias.

Todo esto parece encontrar inspiración en el antiutopismo de Aristóteles, para quien la política es eminentemente acción o, mejor aún, experiencia su-

mada a formación. El Cavallo que gobierna no es un teórico, un académico, aunque por su formación sí lo sea. Es un político.

Para Cavallo una de las llaves maestras para obtener resultados es trabajar en la simplicidad normativa. En muchas partes de su libro *El peso de la verdad* (1997), que lleva como subtítulo *Un impulso a la transparencia en la Argentina de los 90*, se menciona este tema. Ahora nos viene aquí el recuerdo de Isócrates, cuando dice en su *Discurso Aeropagítico* (147d) que la abundancia de leyes y reglamentos es directamente proporcional a la decadencia de una sociedad. Ya los clásicos propiciaban esta misma idea. «Leyes, ipocas y claras!», se escuchaba decir entonces a Cavallo en sus discursos.

Esta simplicidad normativa que defiende el autor apunta no solo a reducir la cantidad de hechos de corrupción, sino que pretende permitir que los que aún existan puedan salir fácilmente a la luz para su castigo. Sin embargo, el castigo que debe aplicarse a quienes infringen la confianza social, para no desalentar a nivel general el cumplimiento de la norma, debe ser aplicado necesariamente por un Poder Judicial independiente, lo que exige, por supuesto, la no venalidad de sus miembros. La tesis central de este autor, que permea todo su trabajo, es que cuando el sistema no es simple, claro y transparente empieza a ser lo mismo para los actores sociales ser eficaces que no serlo, ser honestos o no.

En su libro *Volverse a crecer*, publicado por primera vez en 1984 y reeditado en 1991, Cavallo (1991) caracterizó el sistema económico existente por entonces como socialismo sin plan y capitalismo sin mercado, concepto que reitera también en *Camino a la estabilidad*, publicado en el año 2009<sup>5</sup>.

La función ministerial y docente del Dr. Cavallo no está exenta de polémicas y de críticas, pero la labor de sus funcionarios y la acción de quienes tuvieron la tarea de recaudar impuestos durante su gestión es reconocida como eficaz e incorruptible. Incluso autores insospechados de simpatizar con su accionar, como Daniel Santoro (1994), reconocen su tarea en favor de la sencillez normativa como herramienta para lograr más transparencia en la gestión de la cosa pública.

Aunque su formación no está vinculada a lo clásico y su área de experiencia lo ha llevado a tratar principalmente sobre las medidas técnicas que pueden contribuir a salir adelante luego de una crisis importante, de su obra también

5. Cavallo explica que esa expresión fue acuñada por Adolfo Sturzenegger.

podemos colegir que para él la formación de un dirigente es fundamental. Pese a que en alguna parte de su obra esta necesidad parece haber sido soslayada o presupuesta, en ciertos párrafos de naturaleza autobiográfica que encontramos en su libro *El peso de la verdad* (Cavallo, 1997), comprendemos que su llegada al ejercicio del gobierno no fue improvisada, sino el fruto de una preparación de largos años, algo que también podemos hallar en *Camino a la estabilidad*:

El día en que el presidente Menem me designó ministro de Economía sentí que había llegado la oportunidad para la que me había preparado durante años. Tanto yo como el equipo de economistas que había dirigido en la Fundación Mediterránea teníamos claro que, más allá de cualquier medida coyuntural, teníamos una responsabilidad superior. (Cavallo, 2009, p. 60)

Y, por el contrario, lamenta la improvisación que suele existir entre los dirigentes actuales. Al preguntársele si los políticos actuales no se han preparado y si conciben la política como una mera lucha de facciones por el poder, respondió:

Así es. No suelen tener un plan. Ni siquiera leen, ni escuchan la experiencia de otro; de los que estuvieron antes... Le dedican tanto tiempo a «negociar», a ver qué espacio ocupa cada uno, a ver cómo consiguen apoyo de la gente para que los voten, a conseguir fondos para sus campañas, que no leen, ni se informan, ni escuchan conferencias... Mucho menos leen libros que los ayuden a entender la historia. (Cavallo, comunicación personal, enero de 2017)

Béliz, también protagonista de la historia política argentina durante los años noventa, y luego como político y como analista en las décadas siguientes, se manifiesta en similares términos, que recuerdan tantos consejos del pedagogo social que fue Plutarco de Queronea:

Necesitamos consolidar gobiernos «de precisión», capaces de manejar, por ejemplo, grandes bases de datos, y de hacerlo mejor para optimizar el desarrollo de políticas públicas. La formación no puede estar aislada de la carrera profesional, que es el principal incentivo para que los gestores públicos adviertan que el proceso educativo está atado a la mejora profesional. (Comunicación personal, octubre de 2017)

Por supuesto, el pensamiento de Cavallo pone un énfasis especial en la tierra que lo vio nacer, en sus problemas y en sus oportunidades, y muchas

de las reflexiones que inserta en sus libros están referidas a su visión sobre la Argentina. En su libro *Pasión por crear*, leemos algunas ideas que sirven en esta investigación: «La Argentina encuentra en su propia historia evidencias claras de que las naciones pueden cambiar, progresar y llegar a ubicarse en los primeros lugares del mundo, ofreciendo mejores condiciones de vida para sus familias» (Cavallo, 2001, p. 237).

Domingo Cavallo, por haber sido formado en Córdoba, tiene una visión más cercana al humanismo que otros técnicos reconocidos egresados de otros sitios y conoce bien a los clásicos, aunque reconoce en la entrevista del próximo capítulo que su formación podría haber sido más profunda en ese sentido. Parte de esa posible falencia se ve remediada en el análisis histórico de su último libro, en el que hace un paralelismo entre las reformas realizadas en la década de los 90 del siglo XX y las efectuadas hacia finales del siglo XIX por los representantes de la llamada Generación del 80 (Cavallo y Cavallo Runde, 2017).

Las ideas expresadas allí permiten tomar el ejemplo de las experiencias pasadas. Conocer para aprender, afirmaba el de Queronea. El ejercicio del gobierno, conforme las ideas que hemos mencionado en el capítulo respectivo, eran para Plutarco, y también para Cavallo, un permanente ejercicio de teoría y de práctica. El análisis y los aspectos intelectuales fueron estudiados por él en sus *Moralía*, y la praxis política fue abordada en sus *Vidas Paralelas*.

Puede afirmarse que Plutarco ha sido, entre los pensadores clásicos, el que con mayor énfasis ha tratado la importancia de formar a quienes habrán de dirigir los destinos de la sociedad. Béliz (Conversación personal, octubre de 2017) también reconoce de manera expresa el rol y la importancia de esta formación, al sostener que los clásicos aportan una mirada antropológica fundamental porque lo nuevo es, muchas veces, recordar lo olvidado.

Para Cavallo, y también para Béliz, se presenta como necesaria una profundización en el modo de entender la política que incluya un sustrato ético, intelectual y antropológico que excede la simple elección correcta de las normas y las medidas técnicas. Simple seguridad jurídica es absoluto voluntarismo estatal. Para la obtención de resultados en el largo plazo, en la puesta en marcha de un programa de gobierno, es menester insuflar confianza a través de comportamientos éticos en todos los niveles de la sociedad.

Volviendo algo hacia atrás, nos encontramos con que estas dificultades no son nuevas... pues ya en el siglo XV la cristiandad como unidad ya estaba en crisis, aunque todavía no había desaparecido. La llamada «razón de Estado» todavía no había sido introducida como instancia última y definitiva, justificadora de toda decisión estatal. Solo a partir de *El Príncipe*, de Maquiavelo

(2011), ese concepto comenzará a formar parte del «manual de instrucciones» de todos los gobernantes, desde entonces y hasta el día de hoy, con las discutibles consecuencias éticas y sociales que eso ha traído consigo.

Sobre este punto también haremos una consideración que se vincula de manera directa con el foco de este análisis: ¿es posible exigir «algo más» que idoneidad técnica a quien tiene la misión de gobernar?, ¿se le puede pedir que, además, sea una buena persona? Desde la Antigüedad clásica —con los filósofos que hemos mencionado anteriormente— y pasando por la Edad Media —cuya cumbre intelectual fue Santo Tomás de Aquino—, hasta la Revolución francesa, la pregunta planteada ha tenido respuesta unánimemente afirmativa. Solo quien es capaz de autogobernarse, solo quien aspira a la perfección, solo quien busca mejorarse a sí mismo, está en condiciones de conducir adecuadamente a la sociedad.

Haciendo un rápido recuento, parecería más bien que en la actualidad sucede todo lo contrario. En muchos sitios, la ostentación, el hacer gala de una vida licenciosa o el aparente triunfo de quienes muestran su éxito económico ha sido visto en el pasado reciente con simpatía o con un guiño de ojos. Tanto en la Argentina, donde muchos miraban con cierta complicidad e incluso «admiración» la ostentación de algunos funcionarios, como en la Italia de Berlusconi o en Estados Unidos con los escándalos sexuales del presidente Clinton, o en organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional durante la presidencia de Dominique Strauss Kahn, es posible dar ejemplos muy concretos de esta realidad.

Muchos niegan que se le pueda exigir al gobernante una conducta ejemplar, ya que para ellos resulta perfectamente posible que alguien sea un buen presidente y un mal padre, o un mal cónyuge, o un mal amigo. Mercedes Rovira Reich, en su *Ortega desde el humanismo clásico* (2002), nos recuerda al Mirabeau de Ortega y Gasset. La autora uruguaya desmenuza el pensamiento del filósofo madrileño, que defiende la idea de que el político no necesariamente ha de ser una persona virtuosa y buena, sino que alcanza con que sea «hábil». Quizás la objeción que puede hacerse a esta concepción es que Ortega y Gasset parece confundir cualidades propias del gobernante, como la astucia —la llamada «mano izquierda», «cintura política» o «gramática parda»— o la capacidad de mostrarse atractivo y no comprometerse demasiado en su discurso —aunque sí lo haga en la práctica—, con los defectos pese a los cuales un gobernante podrá tener éxito en el corto plazo. En efecto, dice Gustavo Béliz en la entrevista realizada por quien esto escribe:

La visión maquiavélica de la política le ha hecho un gran daño a la vida pú-

blica... el dirigente, en definitiva, es un medio para la obtención de un fin. Si no está bien nutrido interiormente, se convierte en analfabeto emocional y en un «desinteligente» espiritual... Si la política es una de las más altas formas del amor, para elevarse en esa tarea no se puede contar con dirigentes que tienen una doble ética o una doble moral. La unidad de vida resulta esencial. (Comunicación personal, octubre de 2017)

Y Kesman insiste en el punto: «Hay que llevar adelante una tarea interdisciplinaria; sobre todo, política y económica, aunque también sociológica, filosófica y doctrinaria» (Comunicación personal, febrero de 2017).

Para minimizar las posibilidades de corrupción, una buena herramienta — como se ha dicho con anterioridad— es la simplificación normativa y la claridad de las reglas en vigor. La realidad actual demuestra claramente que no es posible que una nación sana logre un desarrollo sostenido si no se establecen claramente los alcances de la actividad estatal y no se deja un amplio margen de libertad para el desarrollo de la iniciativa privada. La seguridad jurídica, que no es otra cosa que confianza en que las condiciones en que se ha realizado una contratación o una inversión han de mantenerse en el tiempo, es un presupuesto básico en un mundo que busca progresar. El intervencionismo estatal, el Estado omnipresente, con su casi inherente carga de inseguridad jurídica, no rinde los frutos esperados. De la misma manera, la tesis contraria, que propone la existencia de un Estado ausente —aunque parezca contradictorio—, ocasiona problemas similares e igualmente perniciosos.

Una concepción que podría llamarse moderna —no lo es en modo alguno, pues es la base de toda la llamada Doctrina Social de la Iglesia— lleva a preferir un poder público que no intervenga innecesariamente y que se rija por el principio de subsidiariedad, es decir, que no asuma como propias funciones que puedan ser llevadas a cabo por los particulares o por una instancia inferior. Sin embargo, y simultáneamente, este poder público deberá contar con los medios necesarios y la eficacia requerida para aplicar las sanciones que correspondan al que cometa abusos o se salga del marco mínimo establecido para lograr el bien común y para contribuir, por medio de la prudencia política, a la generación de condiciones adecuadas para el desarrollo de las personas y la sociedad. Estas ideas son desarrolladas con amplitud y en esta misma dirección por el Dr. Mario Albino Meneghini en su destacada obra *La política: obligación moral del cristiano* (2008), de lectura obligada para todos los interesados en esta temática. Ese parece ser también el punto central para el Dr. Kesman, que a lo largo de la reunión en que se realizó la entrevista volvió una

y otra vez a este concepto:

La Doctrina Social de la Iglesia... es el conjunto de ideas más potente y sistemático para ir a una sociedad solidaria. No hay en este momento un pensamiento liberal, ni socialista, ni comunista, ni nacionalista, ni nada más potente y sistemático que el que tiene la Iglesia hoy. (Comunicación personal, febrero de 2017)

Complementando estos conceptos, expresa García Díaz: «El principio de subsidiariedad exige del Estado no solo respeto, sino también una actitud activa, en el sentido de ayudar a los ciudadanos para que ellos puedan ayudarse y desarrollarse por sí mismos» (2005, p. 83).

Tanto la desconexión entre la actividad pública y la privada como la intrusión del Estado dentro de la empresa producen resultados negativos. La historia muestra que durante mucho tiempo en la Argentina se confundió un Estado fuerte —es decir, en condiciones de cumplir acabadamente con su misión— con un Estado grande —un Estado hipertrofiado, con legiones de «funcionarios sin funciones» que conformaban una burocracia casi absolutamente ineficaz—. Un Estado grande no necesariamente es uno fuerte o eficiente; y, por el contrario, tampoco habrá que confundir uno pequeño con uno ausente o débil: un Estado pequeño puede ser eficaz y puede también contar con la fuerza necesaria para llevar adelante sus funciones correctamente.

Puede parecer un reduccionismo o una visión excesivamente simplista pretender basar el éxito o el fracaso de un país en que exista o no confianza entre sus miembros, pero no es así, pues solamente este valor —que supone la existencia de una concepción de lo «común», de lo «nuestro»— puede hacer que un individuo se disponga a posponer, o incluso olvidar, el interés propio o egoísta en beneficio de alguien más.

Hasta aquí hemos mostrado cómo para estos líderes políticos argentinos, que pusieron en marcha, durante más de diez años, un proyecto que pudo haber tenido éxito, la formación técnica y el comportamiento virtuoso de los dirigentes son condiciones básicas para que un modelo, un plan de gobierno, tenga buenos resultados. Sin embargo, visto lo ocurrido con posterioridad, cabe preguntarse qué ocurrió para que en el año 2001 se produjera una nueva crisis terminal y, a partir de entonces, se instaurara un proyecto populista del que aún la Argentina no logra salir. Tanto Cavallo como Kesman se refieren a ello en los reportajes realizados y nos dan una pauta que puede servir de corolario a este capítulo, antes de formular las conclusiones de este trabajo.

Luego de haber sido preguntado sobre la historia protagonizada por su

esposa en Harvard, Cavallo afirma:

Hasta el 11 de septiembre de 2001, hasta el día en que los terroristas de Bin Laden atacaron las Torres Gemelas, el Fondo Monetario Internacional había apoyado nuestras políticas, cosa que era imprescindible para manejar una crisis como la que teníamos en ese momento...

Una parte de ese apoyo... se hizo efectivo el 10 de septiembre de 2001, un día antes del atentado...

En esos momentos se produce el atentado del 11 de septiembre. Y, a partir de ese día, el único que siguió en contacto con nosotros fue John Taylor...

Bush y Paul O'Neill estaban concentrados en el tema de Bin Laden, de la invasión a Afganistán. Nuestro tema, la Argentina, pasó a un absoluto segundo plano. (Comunicación personal, enero de 2017)

Las circunstancias existentes al momento de la asunción de Domingo Cavallo eran absolutamente diferentes a las que existían al producirse la eclosión de la crisis, y eso lleva a la idea final de la entrevista con el exministro: «Como ves, Luis María, nunca es suficiente con algunas buenas ideas técnicas, como tampoco es suficiente con tener buenas intenciones... incluso teniendo ambas fortalezas, si las circunstancias no acompañan, los buenos proyectos pueden fracasar» (comunicación personal, enero de 2017).



# *Capítulo V*

ENTREVISTAS

En las páginas que desarrollamos a continuación, presentamos tres entrevistas personales realizadas a algunos de los protagonistas políticos de las últimas décadas del siglo XX y las primeras de este siglo XXI que estamos transitando. Su elección no es aleatoria ni circunstancial. Los tres personajes entrevistados han tenido a su cargo tareas de gran responsabilidad como altos funcionarios del Gobierno nacional, en distintas épocas; han realizado tareas de investigación, docencia y de planeamiento de políticas públicas; y todos ellos han tratado en sus obras el tópico que se ha planteado a manera de hipótesis al comienzo de esta tesis.

Por último, y a modo de explicación de por qué — pese a la necesaria e inevitable subjetividad que todo testimonio personal trae aparejada— pensamos que la inclusión de estas entrevistas nos exime de incluir otras, cabe destacar que en todos los casos la labor de estos tres políticos y técnicos tuvo que enfrentar durante sus gestiones graves obstáculos vinculados no únicamente con las vicisitudes de las carteras a su cargo, sino con problemas ligados de manera directa a un modo de ejercer el gobierno (poder y autoridad) erróneo y mal formulado.

Las entrevistas que se transcriben en adelante no son simplemente una fuente más de este trabajo, sino que constituyen una parte sustancial de esta investigación, y por eso son incluidas como un capítulo autónomo.

## **A. ENTREVISTA A DOMINGO FELIPE CAVALLO**

En el mes de enero de 2017, el Dr. Cavallo aceptó recibirme en su casa para conversar sobre distintos temas vinculados a su actuación política en las últimas décadas del siglo XX. De esa conversación surgió esta entrevista, de tipo abierto, que transcribimos de manera textual a continuación:

**LMC:** Dr. Cavallo, en los últimos tiempos he tenido la oportunidad de estudiar y analizar su obra política y sus distintos libros, para procurar entender de alguna manera el devenir histórico-político-económico de nuestro país. Le agradezco su claridad y la profundidad de sus análisis, y la posibilidad de esta reunión.

**DFC:** Para mí es un gusto ayudar a pensar nuestro país, analizando su pasado para contribuir a su desarrollo futuro. Precisamente sobre eso versa el libro que estoy escribiendo con mi hija Sonia<sup>6</sup>. De allí pueden surgir algunas ideas

6. *El libro vio la luz en el mes de abril de 2018. Se titula Historia Económica de la Argentina y fue publicado por editorial El Ateneo, de la ciudad de Buenos Aires, Argentina.*

que aporten al trabajo que estás realizando.

**LMC:** En oportunidades anteriores hemos conversado acerca de que las medidas económicas no pueden explicarlo todo, porque la economía no es una ciencia exacta. Cuando yo leía en su trabajo que Sourrouille<sup>7</sup> es un profesional muy preparado en lo técnico, pero veo los pésimos resultados que se obtuvieron durante su gestión en el gobierno del Dr. Alfonsín, me pregunto: ¿qué explica que un técnico capaz se equivoque tanto o que salga tan mal lo que había planeado una persona muy capacitada?

**DFC:** Bueno, es importante dejar asentado que al principio el plan de Sourrouille no salió mal... pienso que el problema fue que en marzo de 1989 no debieron haber sacado a Sourrouille del Ministerio de Economía, ni a Machinea<sup>8</sup> del Banco Central. Fue un grave error. En una situación crítica como esa, se apartó a un equipo económico que entendía cómo funcionaba la economía y se la reemplazó con gente improvisada. Yo creo que el gobierno de Alfonsín podría haber evitado la hiperinflación si mantenía al equipo de Sourrouille en funciones. A Sourrouille, en un período más corto de tiempo, le pasó algo parecido a lo que sufrí en 2001. Quizás, a lo largo de esta entrevista, pueda explicar mejor esa experiencia.

A lo largo de los años noventa, con posterioridad a la caída de Alfonsín, el gobierno de Menem pretendió evitar muchos de los errores del pasado, y durante ocho años conseguimos erradicar la inflación y hacer crecer la economía. Pero, como es sabido, a fines de los 90 y principios de los 2000, la Argentina volvió a sufrir una profunda caída.

Pienso que la causa de esos fracasos, la hiperinflación de Alfonsín y la crisis del 2001-2002, tuvo mucho que ver con déficits intelectuales y éticos de la dirigencia argentina.

Hacia finales de los noventa, y aquí comienzo a contar los orígenes de la crisis que concluyó con el derrumbe de 2001, la competencia entre (el presidente Carlos) Menem y (el gobernador de Buenos Aires Eduardo) Duhalde por

*7. El economista Juan Vital Sourrouille (1940) fue el segundo ministro de Economía del presidente radical Raúl Ricardo Alfonsín. Sucedió en el cargo a Bernardo Grinspun y fue el encargado de poner en marcha el llamado Plan Austral, que tenía como objetivo sacar de la recesión a la economía argentina.*

*8. El economista y político José Luis Machinea ocupó la presidencia del Banco Central de la República Argentina durante la presidencia de Raúl Alfonsín.*

la candidatura presidencial del peronismo en 1999 llevó a que las provincias se endeudaran con el sistema bancario con unos créditos que teóricamente eran a largo plazo, pero que pagaban servicios trimestrales a tasa flotante. A pesar de que esos créditos estaban garantizados con recursos de la coparticipación de impuestos federales, desde el vamos las provincias se comprometieron a pagar tasas de interés muy elevadas.

Ocurrió que, en medio de una crisis originada en la reversión del flujo de capitales que habían llegado al país en los años anteriores, la tasa llegó al 20 %. Las provincias tenían una deuda que en capital no parecía demasiado elevada, USD 20 000 millones en total, pero que obligaba a pagar una tasa del 20 %; es decir que, anualizada, la factura de intereses ascendía a USD 4000 millones. Podemos darnos una idea de lo gravoso que resultó esa deuda —en cuya contratación original yo creo que hubo corrupción— si la comparamos con la de la nación. En el caso de la nación, aún con toda esa colocación de bonos que había hecho mi sucesor en el cargo, Roque Fernández, más todo lo que se había tomado del Banco Mundial, del Banco Interamericano de Desarrollo, del Fondo Monetario Internacional, la deuda ascendía a USD 120 000 millones y la factura de intereses, a USD 8000 millones, es decir, devengaba algo más de un 7 % de interés.

En conjunto, nación y provincias pagaron USD 12 000 millones de intereses en el año 2001. Por eso, la única posibilidad para alcanzar el equilibrio fiscal era encarar una reestructuración de la deuda que bajara a la mitad la factura de intereses. De esa manera era posible llegar a un déficit cero para el 2002, que era el plan que habíamos bosquejado junto a mi equipo y empezado a implementar, pero que se interrumpió con el cambio de gobierno.

El problema de la rivalidad entre Eduardo Duhalde y Carlos Menem dejó aristas que hubiera tenido que enfrentar Duhalde<sup>9</sup>, si es que ganaba la elección presidencial de 1999.

*9. Eduardo Duhalde es un dirigente político argentino perteneciente al Partido Justicialista que ha desempeñado numerosos cargos públicos desde el retorno de la democracia a la Argentina en el año 1983. En 1989 acompañó a Carlos Saúl Menem como candidato a vicepresidente, cargo al que renunció para presentarse, en elecciones que ganó, como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires. Posteriormente, en el año 1999, fue el candidato del peronismo en las elecciones presidenciales que ganó la Alianza (la coalición de centro izquierda formada por el radicalismo y el Frente País Solidario [FRE-PASO]), que llevó como candidato al Dr. Fernando de la Rúa. En el año 2002, luego de la caída de este último, asumió como presidente provisional de la Argentina hasta la asunción del presidente Néstor Kirchner.*

En todas las elecciones nacionales desde 1989 a 1995, había ganado el peronismo con Menem y Duhalde unidos. En el 97 Duhalde perdió la elección nacional por la renovación parcial de las cámaras de Diputados y de Senadores en la provincia de Buenos Aires. Fue la primera elección después de mi renuncia al gobierno, y en ella ganaron Carlos «Chacho» Álvarez y Graciela Fernández Meijide, junto al radicalismo. Ahí se comienza a gestar la Alianza que conquistaría el poder en la elección de 1999.

Las encuestas indicaban que el único candidato de la Alianza que podía ganar la elección presidencial era Fernando de la Rúa, y por eso lo postularon, a pesar de que en ese espacio convivían posturas bastante heterogéneas y De la Rúa solo representaba ideológicamente a una minoría de su partido...

Mientras ocurría todo esto en el espacio político opositor, el presidente Menem —que ya había sido reelegido una vez— intentó lograr una interpretación judicial de la Constitución reformada en 1994 para poder ser candidato nuevamente en 1999. Duhalde, desde la gobernación de la provincia de Buenos Aires, se opuso, y así comenzó una confrontación que dejó como saldo un fuerte endeudamiento de las provincias, mientras se revertían algunas de las principales reformas de los 90, en particular las vinculadas con las leyes laborales.

Del lado del peronismo, una parte de la gente que en el 95 había votado por Menem, apoyando las políticas que había aplicado conmigo, comenzó a apartarse. Esa gente es la que en el año 99 votó por mi candidatura a presidente.

**LMC: ¿Qué porcentaje de diferencia hubo entre Duhalde y De la Rúa en el 99?**

**DFC:** 10 %. De la Rúa llegó al 50 %. Fue una victoria clara que anticipaban las encuestas. A tal punto los peronistas lo anticipaban que Néstor Kirchner, que apoyaba mucho a Duhalde, y que en esa época tenía una buena relación conmigo, organizó una reunión en la que estuvimos Kirchner, Duhalde y yo. Kirchner inició la conversación diciendo: «Hay que bajarlo a Palito<sup>10</sup>, y vos, Mingo, tenés que entrar de segundo de Duhalde, para sumar los votos y poderle ganar a De la Rúa». Yo respondí que, con el discurso que estaba haciendo Eduardo Duhalde, nuestra unión haría que el 10 % de los electores que las encuestas decían que iba a votarme como candidato a presidente, si yo iba como

*10. Ramón Bautista «Palito» Ortega es un músico, cantante y actor popular argentino de las décadas de los 60 y 70 que, luego de la asunción de Menem, se presentó como candidato justicialista a la gobernación de la provincia de Tucumán, cargo que ostentó entre el año 1991 y 1995. En 1999 fue candidato a vicepresidente por el Partido Justicialista, acompañando a Eduardo Duhalde.*

candidato a vicepresidente de Duhalde, terminaría votando a De la Rúa.

Duhalde hizo luego una encuesta y, efectivamente, dio que, si nos hubiéramos unido, en vez del 40 %, él sacaba el 43 %, y De la Rúa, en lugar del 50 %, sacaba el 57 %. O sea, la gente que me apoyaba a mí no estaba dispuesta a apoyar una fórmula Duhalde-Cavallo.

Aunque Duhalde no había puesto en duda la vigencia de la convertibilidad<sup>11</sup>, hablaba de no cumplir con las obligaciones, y la gente intuía que repudiar o declarar una moratoria unilateral de la deuda pública provocaría también la caída de la convertibilidad. La gente valoraba mucho la convertibilidad. A punto tal que De la Rúa, recomendado por sus estrategias, hacía campaña diciendo: «Conmigo, un peso, un dólar». ¡Hizo la campaña basada en la convertibilidad! (Risas).

**LMC: Y De la Rúa ganó afirmando durante toda su campaña que no tocarían nada de lo que se había hecho bien.**

**DFC:** ¡Claro! La estrategia electoral de De la Rúa fue muy inteligente, y por eso ganó. Lamentablemente, después no pudo gobernar.

**LMC: Hay una leyenda... o una anécdota real, usted me dirá. Se vincula a una charla que dio en Harvard en la que le hicieron una pregunta a usted, pero que respondió Sonia, su esposa, sobre por qué agarró esa «papa caliente», y asumió como ministro en un gobierno en crisis...**

**DFC:** (Risas).

**LMC: ... en un momento en el que eran muchos los que decían: «¡No tiene cómo salir bien de esta! ¡No tiene cómo salir adelante!».**

**Según lo que se cuenta —usted me dirá si fue así—, Sonia, antes de que usted pudiera responder, dijo: «Porque Cavallo siempre cree que puede con todo».**

**DFC:** ¡Así fue! ¡Eso dijo Sonia! (Risas estentóreas). ¡Dijo eso! Eso fue en la

*11. La Ley 23.928, de Convertibilidad del Austral, fue sancionada en marzo del año 1991, durante el gobierno de Carlos Saúl Menem, por iniciativa e impulso del entonces ministro de Economía Domingo Cavallo y estuvo vigente durante casi once años. Esta norma, además de permitir el uso del dólar como moneda de curso legal en competencia con la moneda nacional, establecía una relación cambiaria fija entre la moneda nacional y la estadounidense, a razón de 1 dólar por cada 10 000 australes, inicialmente, y posteriormente, un peso. Exigía la existencia de respaldo en divisas de toda la moneda circulante, por lo que se impedía la emisión monetaria destinada a financiar al Tesoro Nacional. El período en que duró la Ley de Convertibilidad del Austral se llamó popularmente «el uno a uno», en referencia a la igualdad del peso frente al dólar estadounidense.*

Harvard Business School, en una reunión en la que había mayoría de argentinos, aunque había españoles y otros latinoamericanos. Ellos me preguntaron eso... Es cierto: yo creí que iba a poder resolver el problema. Sigo creyendo que se podría haber resuelto... pero bueno... eso ya es historia antigua...

Vuelvo un poco atrás. Me preguntaste hace un rato por qué fracasaron las reformas de los 90... Los sobresaltos del gobierno de De la Rúa, la renuncia de «Chacho» Álvarez<sup>12</sup> y las peleas y las intrigas dentro de la Alianza fueron fruto de una dirigencia que no llegó a advertir la gravedad de las dificultades a las que se estaba enfrentando.

**LMC: Me cuesta creerlo. Yo me siento político. Amo la política, y hace quince años que me preparo para trabajar en política, y me cuesta creer que no lo vean. Digo: o son malas personas, o saben mucho menos de lo que parece, o hay algo que les nubla la visión, porque, cuando uno desde afuera vislumbra algo, piensa que el que está dentro tiene que poder verlo con claridad... ¡pero parece que no! ¿Es porque son malos y no les importa?, ¿les falta formación? ¿Qué es lo que sucede?**

**DFC:** Existen muchas razones... El político es, en general, muy voluntarista. Piensa que la política tiene muchos más resortes de los que realmente tiene, sobre todo para enfrentar temas económicos... La pelea entre «Chacho» Álvarez y De la Rúa, por ejemplo, fue por un problema personal. Quizás a raíz de que «Chacho» Álvarez se había hecho abanderado de la denuncia por los sobornos en el Senado, y de que la persona que había estado involucrada en eso era alguien de su partido, Álvarez estaba muy molesto con todo lo que estaba pasando.

Fue un acto de irresponsabilidad que renunciara a la vicepresidencia de la república.

*12. Carlos Alberto «Chacho» Álvarez es un político argentino que se desempeñó como vicepresidente durante parte de la gestión del Dr. Fernando de la Rúa. Ha sido presidente de la Comisión de Representantes Permanentes del Mercosur y actualmente se desempeña como secretario general de la Asociación Latinoamericana para la Integración (ALADI). Nació en Buenos Aires en 1948 y egresó de la Universidad de Buenos Aires como licenciado en Historia. Se alejó del Partido Justicialista luego de los indultos de Menem a los jefes militares del Proceso de Reorganización Nacional y formó el Frente Grande. Luego de unirse a Política Abierta para la Integridad Social (PAIS), conducido por José Octavio Bordón, formó el FREPASO, que, en alianza con la Unión Cívica Radical, ganó las elecciones presidenciales de 1999. Renunció a su cargo en el año 2000, denunciando corrupción en la administración de De la Rúa y en el Senado Nacional.*

Volviendo al tema de las causas del fracaso del proyecto puesto en marcha en los noventa: la dirigencia política no estuvo ni intelectual ni éticamente a la altura de lo que exigía el manejo de crisis en la Argentina. Intelectualmente, en el sentido del conocimiento de los problemas de la realidad; y éticamente, por todo lo que pasó entre septiembre de 2001 y enero de 2002.

Hasta el 11 de septiembre de 2001, hasta el día en que los terroristas de Bin Laden atacaron las Torres Gemelas, el Fondo Monetario Internacional había apoyado nuestras políticas, cosa que era imprescindible para manejar una crisis como la que teníamos en ese momento. Cuando comienza la fuga de capitales, se necesita alguien que aparezca como prestamista de última instancia... pero no simplemente para financiar esa fuga, sino para poner en marcha reformas que permitan atraerlos de nuevo. Eso fue, precisamente, lo que habíamos hecho en el 95 cuando, por la crisis mejicana, en el primer trimestre se fueron una enorme cantidad de capitales. Con el apoyo de los bancos y el Fondo Monetario Internacional, preparamos un plan que incluía, junto a otras medidas, la privatización de los bancos provinciales y, de esa forma, paramos la salida de capitales y empezó la recuperación de la Argentina, sin que se desorganizara el sistema monetario.

Algunos años después, en el 2001 —y esto tiene que ver con la opinión de Sonia según la anécdota que recordaste—, yo creí que íbamos a poder hacer lo mismo... Y lo hicimos, pero solo hasta el 11 de septiembre. Yo creía que tendríamos éxito, a pesar de que el gerente general del FMI, Hurst Köhler, expresidente de Alemania, tenía una personalidad difícil. Por suerte, yo me podía mover con el subgerente ejecutivo, Stanley Fischer, que había sido mi profesor y del que era muy amigo. Él había apoyado mucho mi gestión anterior como ministro. Yo también tenía un diálogo fluido con John Taylor, subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos, otro gran economista. Fisher y Taylor convencieron a Paul O'Neill, el secretario del Tesoro, de que merecíamos apoyo para superar la crisis.

Como en el FMI estaba Stanley Fischer, que sabía moverse muy bien, aceptó de buen grado que Estados Unidos «presionara» a su jefe para que nos dieran apoyo adicional, manteniendo el compromiso de los desembolsos periódicos del «blindaje»<sup>13</sup> que habían negociado Machinea con Daniel Marx en

13. El «blindaje» fue un préstamo de USD 14 000 millones otorgado por el FMI a fines del 2000 que sería desembolsado en cuotas trimestrales de USD 1300 millones, condicionadas al cumplimiento de metas fiscales.



diciembre del año anterior, y que yo había logrado que se rehabilitaran cuando asumí como ministro, a pesar de que se habían incumplido las metas fiscales del primer trimestre.

Una parte de ese apoyo adicional, USD 5000 millones, se hizo efectivo el 10 de septiembre de 2001, un día antes del atentado a las Torres Gemelas. Además de eso, el FMI comprometió otros USD 3000 millones para apoyar la reestructuración de la deuda.

Ya para julio, agosto, como nos habían quedado sin refinanciar las letras del tesoro y la deuda de las provincias con los bancos, las tasas de interés seguían subiendo y los capitales se seguían fugando. No quedaba otra alternativa que hacer lo que se llama una reestructuración ordenada de la deuda, que es una especie de convocatoria de acreedores. En esa convocatoria de acreedores, el deudor dice: «Ahora necesito que me canjeen los bonos en circulación por estos otros con tasas de interés más bajas y plazos de vencimiento más largos...».

La cuestión es que, al momento de darnos el apoyo adicional en el mes de agosto, el FMI, a instancias del Tesoro de los Estados Unidos, nos puso como condición que lanzáramos un plan de reestructuración de la deuda. Tanto en la expectativa del Fondo como en la nuestra, estaba que los USD 3000 millones que aportaba el FMI iban a ser complementados con los USD 7000 millones a aportar por el gobierno de los Estados Unidos. Con USD 10 000 millones, nosotros íbamos a poder para garantizar en parte, por lo menos, los intereses futuros de la nueva deuda externa para asegurar el éxito de la reestructuración.

Horacio Liendo, que me asesoraba informalmente y había participado en las reuniones de negociación del último apoyo del FMI en Washington, me decía: «¡Tenemos que comenzar la reestructuración de la deuda de manera inmediata!». Pero yo estaba en duda.

En esos momentos se produce el atentado del 11 de septiembre. Y, a partir de ese día, el único que siguió en contacto con nosotros fue John Taylor, subsecretario de Relaciones Financieras Internacionales, que quería ayudarnos... pero él era un académico que no tenía llegada directa a Bush.

Bush y Paul O'Neill estaban concentrados en el tema de Bin Laden, de la invasión a Afganistán. Nuestro tema, la Argentina, pasó a un absoluto segundo plano. Se ocupaban de Turquía, que había entrado en crisis en abril, antes que nosotros, y que necesitaba también un gran apoyo del Fondo, pero no prestaban atención a nuestro problema. Bush pidió a los gobiernos de Europa que apoyaran a Turquía, porque necesitaba permiso para usar el espacio aéreo turco, y así llegar a Afganistán.

Köhler, que era muy esquematizado, estaba molesto con Bush y con O'Neill

porque sentía que ellos lo habían «obligado» a darle apoyo a la Argentina cuando él veía ese apoyo como riesgoso, y ahora se mostraban reacios a cumplir su parte para que Argentina pudiera capear la crisis.

Stanley Fischer se había ido del Fondo y lo reemplazó Anne Krueger. Ella también quería ayudarnos, pero, como ocurría con John Taylor, le faltaba operatividad. Ella vio que lo que hubiera sido necesario en ese momento para la Argentina (y también para Turquía, que se encontraba en crisis) era una «ley de concurso de acreedores de las naciones». Sin embargo, en lugar de ponerse a trabajar con Turquía y con nosotros para aprender haciendo, y eventualmente después lograr una legislación, ella se puso a trabajar en lo que sería un «régimen legal de reestructuración de deudas soberanas» (*sovereign debt restructuring mechanism*). Un sistema como el que ella proyectó necesitaba, para ser puesto en funcionamiento, que se modificara la *Carta Orgánica del Fondo*, algo que por lo menos iba a demorar dos o tres años. Mientras tanto, no prestó atención a las dos situaciones críticas que eran verdaderamente urgentes, y que le hubieran podido servir de experiencia para saber cómo diseñar el marco legal en el que estaba pensando.

La cuestión es que en estas circunstancias empezamos a tener dificultades... Nosotros demoramos el lanzamiento de la reestructuración de la deuda no solo por esta tensión que se creó entre el Fondo Monetario y el gobierno de los Estados Unidos, sino porque estaba por delante la elección del 14 de octubre, y en esa elección el candidato radical por la Capital Federal, Rodolfo Terragno, hacía campaña en contra de la política económica que yo dirigía.

En ese contexto yo pensé que era mejor que pasara la elección, mientras procurábamos que el gobierno de Estados Unidos nos diera ese complemento. Por eso, recién después del acto eleccionario lanzamos formalmente el proceso de reestructuración de la deuda. Fue el primero de noviembre del año 2001. A lo largo de ese mes, yo quería conseguir que el Fondo desembolsara no los USD 3000 millones, que recién iban a desembolsarse cuando anunciáramos la parte internacional de la reestructuración de la deuda, sino unos USD 1300 millones, que era la cuota del blindaje, por haber cumplido las metas del tercer trimestre.

Comencé una negociación compleja con Köhler. Él se hacía el distraído y se resistía, incluso, a enviar la misión que debía dictaminar si habíamos cumplido con las metas del tercer trimestre... Por ese motivo yo fui informando no solo a De la Rúa, sino también a Alfonsín, a Duhalde, a Ruckauf<sup>14</sup>, a Reutemann<sup>15</sup> y a De la Sota<sup>16</sup> que estábamos en una situación difícil. Les pedí que me ayudaran a convencer a Köhler. Ellos me garantizaron su apoyo, pero, directamente, ellos

no podían hacer nada; solo apoyarme en las gestiones que yo iba haciendo.

Finalmente, logré que viniera la misión del Fondo, que llegó a la Argentina más o menos el 15 de noviembre. Yo insistía en que hicieran el informe rápido y que acreditaran que habíamos cumplido con las metas fiscales del tercer trimestre, pero ellos dudaban. El jefe de la misión me confesó que Köhler le había dicho que se fijaran no solamente si se habían cumplido las metas del tercer trimestre, sino *isi* se iban a cumplir en el cuarto! En el cuarto trimestre, no se podían cumplir, salvo que se concretara la reestructuración de la deuda y bajara significativamente la factura de intereses. Esa era una trampa en la que nos estaban haciendo caer.

**LMC: ¿Y eso por qué era? ¿Era un escarmiento? Porque no creo que esos pedidos de Köhler respondieran a una especie de «odio» a la Argentina...**

**DFC:** No... simplemente que Köhler, ya desde antes, se sentía incómodo con la convertibilidad; le atribuía a la convertibilidad la responsabilidad de haber llegado a esa situación.

**LMC: ¿A la convertibilidad o al «uno a uno»?**

**DFC:** Bueno... al «uno a uno», pero ellos confundían convertibilidad y tipo de cambio fijo... nunca lo tuvieron muy claro. Se había instalado la idea de que estábamos simplemente ante un tipo de cambio fijo, no necesariamente un régimen de moneda convertible que admitía también el uso directo del dólar como moneda de curso legal y en la intermediación financiera.

La cuestión es que en ese «tira y afloja» ocurre algo que fue una imprudencia de parte de Anne Krueger, y una mala suerte nuestra. En la última semana de noviembre, no solo que no venía la plata que todos nuestros acreedores esperaban que viniera como señal de que realmente teníamos apoyo del Fondo para enfrentar esta situación, sino que ella por primera vez anuncia su proyecto de *sovereign debt restructuring mechanism*. Y comienza diciendo que cuando un país entra a reestructurar su deuda tiene que imponer controles de cambios. Para cualquiera que conociera el régimen monetario argentino, controlar los cambios significaba una restricción para sacar dólares del sistema bancario.

14. Carlos Ruckauf era, en ese entonces, gobernador de la provincia de Buenos Aires.

15. Carlos Alberto Reutemann, excorredor de Fórmula 1, era en ese entonces gobernador de la provincia de Santa Fe.

16. José Manuel de la Sota era, en ese entonces, gobernador de la provincia de Córdoba. Falleció en el mes de septiembre de 2018.

Esta declaración, que en la última semana de noviembre agravó la corrida contra los depósitos bancarios, nos obligó a imponer el denominado «corralito». Cuando decidimos poner restricciones al retiro en efectivo, en realidad interpreté que estábamos haciendo lo que Köhler pretendía y decía que teníamos que hacer. Paradójicamente, al día siguiente, viene el jefe de la misión y me dice: «Nos ha pedido Köhler que regresemos a Washington, sin hacer el informe, porque ustedes obviamente han violado la propia ley de convertibilidad poniendo esta restricción». Entonces se suspende el programa por el que no solamente nos tenían que hacer los desembolsos trimestrales, sino los USD 3000 millones prometidos.

Como dije, el primero de noviembre habíamos lanzado la primera fase de la reestructuración, que era invitar a que se presentaran con los bonos y las acreencias que tenían y aceptaran convertirlos en un préstamo al gobierno, porque de esa forma les podíamos ofrecer garantías de que les íbamos a pagar con los fondos del impuesto a las transacciones financieras.

Eso fue lo que se llamó la primera etapa del proceso de reestructuración, y que tuvo una muy buena respuesta. Se presentaron más de la mitad de las acreencias para transformarse en préstamos garantizados. Pero se presentaron el treinta de noviembre, y ese mismo día anunciamos la concreción exitosa de la mitad de la reestructuración de la deuda, pero anunciamos también el «corralito».

**LMC: ¿«Corralito» fue un nombre que pusieron ustedes o lo puso la prensa?**

**DFC:** Lo puso la prensa. Nosotros lo llamamos «restricción a los retiros en efectivo». Lo nuestro era un «corralito» o restricción a los retiros en efectivo, pero la gente podía continuar usando libremente su dinero bancario mediante cheques, tarjetas de débito o transferencias y pagos electrónicos.

Creo que el Fondo Monetario cometió un gran error, porque con motivo del «corralito», que en realidad nos habían obligado a poner ellos, deciden suspender el programa con el que iban a apoyar la reestructuración ordenada de la deuda.

Entonces yo viajé a Washington, me senté con Köhler y con Anne Krueger y les dije: «¡Miren, ahora nos suspenden el programa por una medida que ustedes nos obligaron a implementar!». Krueger lo entendió y se dio cuenta enseguida. Köhler no lo aceptó.

**LMC: Aunque parezca un detalle menor, ¿el idioma es un obstáculo en esas reuniones y negociaciones?**

**DFC:** No, nos manejamos en inglés. Yo me manejo perfectamente cuando

hablo en inglés técnico. Donde yo fallo es en el lenguaje coloquial o cuando tengo que dar una conferencia y me toca hablar de temas que no son específicamente económicos. Ahí cometo errores, me faltan las palabras... pero en general, en los temas técnicos me manejo muy bien en inglés. Nos entendíamos perfectamente.

Como dije, en temas de economía nos entendíamos mejor con Anne Krueger que con Köhler. Ella, en esa reunión, saca un papelito y dice: «Estas son las condiciones para rehabilitar el programa». Ella se dio cuenta de que el FMI tenía que dar marcha atrás, pero nos puso como condición que tuviéramos aprobado el presupuesto para el año 2002 y que, además, se hubiera presentado al Congreso un proyecto de relaciones fiscales nación-provincias y que ese proyecto fuera aprobado antes de septiembre de 2002.

Yo volví con esa propuesta y me dije: «Esto lo podemos hacer». Si lo lográbamos, nos iban a dar los famosos USD 1300 millones, más los USD 3000 millones, y además nos iban a dar el apoyo para la segunda etapa de la reestructuración de la deuda. A la primera etapa la habíamos cerrado exitosamente. Para la segunda había que presentarse ante la Security and Exchange Commission de los Estados Unidos y decir que íbamos a proponer un canje de bonos... teníamos toda una estructura legal, muy bien pensada, que iba a convencer a los tenedores de bonos en el exterior de que les convenía aceptar bonos a plazos más largos y tasas de interés más bajas, so pena de quedarse con bonos desvalorizados.

El 15 de enero de 2002, íbamos a abrir el canje, que esperábamos cerrar el 15 de febrero. Y para el 15 de febrero, una vez que hubiéramos terminado la reestructuración de la deuda, íbamos a poder abrir el «corralito», pero supuestamente ya con esos USD 3000 millones y explicando que ya no teníamos deuda a la vuelta de la esquina, ni siquiera pago de intereses, porque se habían diferido por tres años o habían bajado mucho. Por otro lado, el déficit cero implicaría que no necesitábamos más financiamiento nuevo. Además, mi idea era, en ese momento, dejar flotar el peso entre el precio del euro y el del dólar; y después ya íbamos a sacar los límites: íbamos a dejar flotar el peso libremente.

Se hubiera producido una devaluación, pero no una devaluación mayor al 20 %. No era fácil, pero era una salida factible. Ahí, yo expliqué todo esto y los riesgos que significaba que no pudiéramos hacer la reestructuración de la deuda. Se lo expliqué a Alfonsín, se lo expliqué, por supuesto, a De la Rúa, y también a Duhalde. ¿Cuál fue la reacción de Alfonsín y Duhalde? Me decían: «Sí, sí, sí...», pero en realidad ellos dos querían obligarme a renunciar. Esto era

así porque, si todo salía bien, me veían a mí como el principal beneficiario político.

Alfonsín siempre había tenido algún resentimiento conmigo y con la década de los 90 porque la veía como creando un gran contraste con el final de su período de gobierno. Psicológicamente, creo, él necesitaba que yo cayera.

**LMC: Pero al principio del gobierno de Alfonsín usted tuvo algunas reuniones con él que lo dejaron muy bien impresionado, aunque luego, quizás por presiones de La Coordinadora, eso quedó en la nada...**

**DFC:** Al principio, sí. Yo en el primer año de Alfonsín escribí el libro *Volver a crecer* y le había llevado el manuscrito a una reunión a la que me invitó. Alfonsín tenía algunos rasgos no muy diferentes a los de Menem —en el plano personal, conversando con él, era muy agradable, y escuchaba—. Yo creo que en ese momento él se entusiasmó conmigo, pero los muchachos de La Coordinadora se opusieron.

**LMC: Me imagino que al final del gobierno de Alfonsín, con el país saltando por los aires, Alfonsín se debe haber arrepentido...**

**DFC:** No... de hecho, ellos me echaron la culpa de la explosión de 1989...

Ese fue un error de Víctor Martínez, que era el vicepresidente, quien salió a endosarme esa responsabilidad, porque yo estaba apoyando a Menem y me veían como un peronista que boicoteaba las políticas económicas del gobierno.

Bueno. Volvamos a los aspectos éticos de esta historia...

Ahí se puso de manifiesto la falta de patriotismo y los egoísmos, y las competencias políticas... Ahí ellos, en lugar de darnos apoyo a De la Rúa y a mí, que estábamos peleando, llegaron a la conclusión de que era el momento de que todo explotara, y se hicieron del poder.

**LMC: Pero no entiendo... fijese que es más fácil, y más «barato» para sacar a alguien del medio, «poner droga en el auto de Cavallo y acabar con él» que tumbar el país. A veces cuesta entender cómo piensan algunos políticos. Es razonable pensar que cometen errores, que alguno se queda con un «vuelto» en el bolsillo, pero ¿generar una explosión social!!**

**DFC:** Bueno, la explosión social ya había empezado a generarse, ¿no? Yo creo que a ellos les faltó capacidad para entender la gravedad de la situación. Estoy convencido de que la inconducta ética se sumó a una falta de capacidad para entender la situación.

Ahí jugó también la influencia de la Unión Industrial. No la de los buenos industriales, sino la de los que siempre habían conseguido prebendas de parte de los gobiernos, y decidieron que la licuación de pasivos, la transformación

de sus deudas de dólares a pesos, era la solución de sus problemas.

**LMC: ¿Y los cordobeses?**

**DFC:** No, los cordobeses no estaban endeudados en dólares bajo ley argentina. Arcor y Aceitera General Deheza estaban endeudados, pero bajo ley extranjera, por lo que la licuación no los beneficiaría. Además, nunca fueron empresarios prebendarios. De Córdoba no creo que haya habido nadie impulsando esa salida...

Los que lo hicieron eran los mismos que habían estado en contra de la apertura económica. Era la parte proteccionista de la Unión Industrial, que estaba endeudada en dólares con el sistema bancario argentino. La deuda en dólares con el exterior la iban a tener que pagar, pasara lo que pasara...

Los diarios tenían la mitad de la deuda en dólares con el sistema bancario y la otra mitad con el exterior, y, por lo tanto, con la pesificación y la devaluación resolvían solo la mitad del problema y agravaban la otra mitad, porque, como los diarios se venden en pesos, la publicidad también...

El problema de *Clarín* y de *La Nación* no se resolvía con la pesificación solamente. Ellos necesitaban la Ley de Bienes Culturales, que era una ley por la cual se suspendía el *cramdown*, porque, si no, los acreedores del exterior podían transformar en acciones sus acreencias y pasar a controlar el capital de esos diarios...

Los diarios necesitaban que Duhalde, además de la pesificación, les diera la Ley de Bienes Culturales. ¿Y qué le dieron a Duhalde a cambio? Un gran apoyo mediático. Y, para darle ese gran apoyo mediático en una situación tan crítica como la del año 2002, había que buscar un chivo expiatorio para echarle la culpa de todas las barbaridades que ellos estaban haciendo. Y ahí decidieron que yo sería el chivo expiatorio, junto a la década de los noventa, a Menem y a De la Rúa... yo sería una especie de símbolo del neoliberalismo, lo que les venía muy bien a todos los antineoliberales del mundo... Sin embargo, cuando yo comencé, los liberales me criticaban porque decían que yo era desarrollista, demasiado intervencionista...

¿Por qué yo digo que ahí hubo déficit ético e intelectual de la dirigencia? Es cierto que en parte puede haber pasado que no entendían bien y quizás yo no supe explicar con claridad los riesgos de hacer lo que ellos hicieron, pero tampoco los frenó ninguna cuestión de naturaleza moral.

Creo, en definitiva, que ahí hubo muchísima corrupción. Una gran especulación con que, por más que al país le fuera muy mal, a ellos, política y económicamente, les iba a ir muy bien...

**LMC: Le hago una pregunta-hipótesis. Usted dice, en *Pasión por crear*:**

**«Cuando Menem me pide pasar de la Cancillería al Ministerio de Economía me di cuenta de que había llegado el momento para el cual nos veníamos preparando desde hace veinte años». En la Fundación Mediterránea, usted tenía un equipo con el que venían trabajando, analizando problemas, preparando proyectos, etcétera. Usted estaba preparado para asumir las responsabilidades que le tocaron. Usted sabía que a su alrededor había gente buena y técnicamente preparada, y cuando llega el momento histórico adecuado lo aprovecha, y lo aprovecha bien.**

**Toda esta gente de la que venimos conversando, ¿no se ha preparado?, ¿concibe la política como una mera lucha de facciones por el poder?**

**DFC:** Así es. No suelen tener un plan. Ni siquiera leen, ni escuchan la experiencia de otros; de los que estuvieron antes... Dedican tanto tiempo a «negociar», a ver qué espacio ocupa cada uno, a ver cómo consiguen apoyo de la gente para que los voten, a conseguir fondos para sus campañas, que no leen, ni se informan, ni escuchan conferencias... Mucho menos leen libros que los ayuden a entender la historia... El nivel de preparación intelectual que en general tiene el político argentino es muy pobre...

**LMC: Usted dice en uno de sus trabajos que las escuelas de gobierno serán una herramienta poderosa para formar a los dirigentes... ¿Hoy sirven para eso? ¿Actualmente existen políticos que vean la necesidad de formarse? ¿Hay gente joven que dice: «Tengo vocación política y quiero formarme»?**

**DFC:** A ver... si uno mira el mundo de hoy, hay muchos jóvenes a los que les interesa estudiar en escuelas de gobierno, estudiar políticas públicas... pero tomemos el caso de un joven que hace un doctorado en políticas públicas o en ciencia política... Si no tiene recursos, si no viene de una familia rica... ¿en qué trabaja después? Le queda la docencia o la función pública. Sin embargo, el gobierno y la función pública, tal como son en la Argentina, producen muchos sinsabores, porque hay ingratitud... Además de que, desde el punto de vista económico, no puede compararse a puestos de responsabilidad en una empresa privada...

Al no haber institutos de investigación, es muy difícil para alguien que se ha formado en estas áreas insertarse en la actividad privada... Salvo en CIPPEC (Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento), que está calificado como un *think tank* muy bueno en toda América Latina. En su momento la Fundación Mediterránea estaba catalogada de la misma manera... IDESA (Instituto para el Desarrollo Social Argentino), aunque es más pequeño, es un excelente equipo de trabajo. También está este otro grupo que trabaja sobre temas fiscales, que es el IARAF (Instituto Argentino



de Análisis Fiscal), donde trabaja Nadim Argañarás.

Pero ¿qué es lo que ha pasado?... Todo eso son esquilas, «secuelas» de la Fundación Mediterránea (FM). Es una lástima que la FM no retuviera a todos estos investigadores. Quizás en eso jugó el hecho de que estaba demasiado identificada conmigo, y, por lo tanto, cuando yo «me quemé» en política, la fundación sufrió y a su vez no encontró cómo mantener la cohesión.

**LMC: A nosotros —a otra escala, por supuesto— nos pasó algo parecido en Civilitas, que nace a finales de los ochenta, aunque luego tiene una segunda fundación de la mano de nuestro amigo en común, don Ricardo Rovira, pues durante muchos años trabajó muy bien, con publicaciones, estudios, convenciones, seminarios, conferencias... pero ese trabajo fructífero casi que se vio aniquilado cuando algunos de nosotros dimos el paso hacia la política partidaria al fundar Primero la Gente. A partir de ese momento, los empresarios que hasta ese entonces estaban dispuestos a darnos apoyo, datos, colaboración económica, etcétera, se empezaron a alejar. Nuestra asociación sufrió muchísimo nuestro paso a la política.**

**DFC:** ¡Claro, claro! Pero el tema es que, a diferencia de Alemania y otros países, incluso en Estados Unidos, en la Argentina no hay fuentes de financiamiento «fáciles» para los grupos de pensamiento, los *think tanks*, o para ese tipo de instituciones... Ese es un claro problema. En Alemania, tanto las fundaciones como las iglesias tienen un financiamiento que viene del impuesto a las ganancias, a la renta. Yo intenté, durante los años que tuve participación, hacer algo similar aquí, pero me boicotearon desde dentro del mismo gobierno. Me parecía más sano eso que ver cómo las fundaciones y otras instituciones tenían que ir a pedir, para sus proyectos, plata a funcionarios que los condicionaban políticamente.

Otro esquema que puede servir es el que rige en los Estados Unidos, donde uno puede deducir del impuesto a la renta un porcentaje, con topes, de las donaciones que realiza... una especie de ley de mecenazgo...

Aquí no hay plata para los *think tanks* o, si la hay, se espera que el *think tank* «apoye» a su benefactor.

En la Argentina hay muchos pensadores lúcidos e importantes que brindan su opinión, pero no hay tantos grupos trabajando de manera orgánica sobre estos temas... Hay que fomentar estos núcleos de pensamiento para formar una masa crítica que tenga incidencia sobre estos problemas.

**LMC: Qué importante esto que dice. Nosotros nos sentimos muy reflejados con esto que usted dice, porque usted fue el hombre fuerte de la Argentina durante muchos años...**

**DFC:** Fueron las circunstancias. Aunque ayudó el hecho de que viniéramos preparándonos desde hacía muchos años... Aun así, debo decir que con los años vemos que no estábamos suficientemente preparados. Yo hago un examen de mi propia experiencia y me doy cuenta de que hubiera debido estudiar más historia, por ejemplo... Acá nos la enseñaba un profesor que era marxista, pero muy buen historiador, que era don Ceferino Garzón Maceda, que había sido protagonista de la Reforma Universitaria de 1918...

**LMC:** En su último libro, usted hace muchos paralelismos entre las reformas de la década de los noventa y la experiencia histórica Argentina de finales del siglo XIX...

**DFC:** A muchos de los episodios que yo relato en mi último libro los conocí después; cuando tuve que actuar, no los conocía... Yo tendría que haber estudiado más historia que la que había estudiado hasta ese momento. Y en la Fundación Mediterránea, además de estudiar los problemas actuales, deberíamos siempre haber buscado paralelismos con la experiencia de nuestra propia historia. Por esa razón decidí ahora escribir el libro de historia con mi hija. Espero que ayude a quienes en el futuro tengan que asumir responsabilidades en la conducción económica del país.

**LMC:** Este libro que le dejo acaba de ser publicado por don Ricardo Rovira, editado por Civilitas...

**DFC:** *Plutarco y Jenofonte: formadores para gobernantes de hoy.* ¡Qué bueno! Lo leeré con mucho gusto.

**LMC:** Le dejo también este libro mío, que menciona tangencialmente algunos de los hechos de los noventa, para que lo lea cuando pueda.

**DFC:** Muchas gracias. Lo leeré también... magnífico.

**LMC:** Volvamos a nuestro tema... ¿Usted se arrepiente de haberle dicho que sí a De la Rúa?

**DFC:** No... no... no me arrepiento. Yo creo que, aunque terminó mal... podría haber terminado bien... si hubiéramos conseguido más apoyo externo... De la Rúa, en aquel momento crítico, aflojó, porque podría no haber renunciado. A él el poder le pesaba...

Aunque yo me fuera del gobierno, si él no renunciaba, yo lo podría haber ayudado. Pero él se abrazó a mí como a un salvavidas. En realidad, terminó siendo un salvavidas de plomo ¡¡¡para los dos!!! De la Rúa era menos fuerte que Menem, que también tuvo momentos de enorme presión.

La diferencia radicaba, creo yo, en que De la Rúa no gozaba con el poder. Menem sí. De la Rúa sufría con el poder.

**LMC:** Pero es raro, ¿no? Porque la vocación del político, que sueña con

**llevar adelante transformaciones, requiere del poder... De la Rúa no llegó a ser presidente de casualidad. Desde la época de Balbín venía trabajando, construyendo espacios de poder... como joven candidato a vicepresidente, luego como senador...**

**DFC:** Claro, claro... pero una cosa es tener poder en situaciones más o menos normales y otra cosa es tenerlo en situaciones muy, muy críticas, y sobre todo en momentos de grave incertidumbre o crisis institucional. De todos modos, hay que tener en cuenta que De la Rúa tiene una personalidad muy especial. Es un poco desconfiado, aunque no de mí, pues siempre me dio un apoyo total. En general, él tenía una cierta desconfianza de casi todos los que lo rodeaban.

**LMC:** ¿Y eso es porque su equipo no era de «su riñón», como se decía antes?

**DFC:** Claro, él no tenía equipo propio, salvo Gallo<sup>17</sup>, De Santibáñez<sup>18</sup>, su hermano Jorge<sup>19</sup> y algunos otros pocos muy cercanos a él. Las dos personas que yo le había recomendado para que lo asesoraran en materia económica eran dos profesionales muy buenos: Adolfo Sturzenegger<sup>20</sup> y Ricardo López Murphy<sup>21</sup>. Él también era amigo de Juan Llach<sup>22</sup>, otro gran profesional que fue su

*17. El ingeniero Nicolás Gallo se desempeñó inicialmente como ministro de Infraestructura y Vivienda y luego como secretario general de la Presidencia durante la presidencia de Fernando de la Rúa.*

*18. Fernando de Santibáñez es un economista de larga trayectoria en el sector bancario privado, que fue designado al frente de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) durante la gestión del presidente Fernando de la Rúa.*

*19. Jorge de la Rúa es un abogado y académico cordobés, hermano de Fernando, que se desempeñó como secretario general de la Presidencia y luego como ministro de Justicia y Derechos Humanos.*

*20. Adolfo Sturzenegger es un economista y académico argentino, miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, que se desempeñó como asesor económico de diversos gobiernos del último cuarto del siglo XX. Su hijo, Federico, fue presidente del Banco Central durante la primera etapa de la presidencia de Mauricio Macri.*

*21. Ricardo López Murphy es un economista y político argentino que cumplió tareas sucesivamente como ministro de Defensa, de Economía y de Infraestructura durante la presidencia de Fernando de la Rúa. Posteriormente, fundó el partido Recrear para el Crecimiento, desde donde se postuló como candidato a presidente de la nación en 2003, en cuya elección llegó a ocupar el tercer puesto. Actualmente, es presidente de la Fundación Cívico Republicana y la Red Liberal de América Latina.*

*22. Juan José Llach es un economista y sociólogo argentino de larga trayectoria docente en la Universidad Austral, que se desempeñó como ministro de Educación durante la presidencia de Fernando de la Rúa. Es miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales.*

primer ministro de Educación.

En general, como he dicho, él no era un hombre que confiara mucho. Sin embargo, conmigo tuvo una actitud de absoluta confianza.

**LMC: ¿Se conocían de antes?**

**DFC:** Sí, nos conocíamos desde el año 1973, cuando gobernaban Gelbard<sup>23</sup>, Cámpora<sup>24</sup>, Lastiri<sup>25</sup> y luego Perón<sup>26</sup>. En ese período, Gelbard, que era el ministro de Economía, mandó un proyecto de ley de promoción industrial con el que hizo algo que continuaba una práctica iniciada por Lanusse<sup>27</sup>, consistente en otorgar un diferimiento fiscal sin indexación a grandes proyectos de inversión, que había que gestionar ante el Gobierno nacional. Había que pedir una habilitación, y, una vez que esta era concedida, todo lo que tendrías que pagar en impuestos lo usabas en la inversión, y las cargas tributarias las pagabas diez años después, sin ajustes.

Sin embargo, las pequeñas y medianas empresas no accedían para nada a esos beneficios, porque el trámite mismo, que se hacía solamente en Buenos Aires, ya era de por sí muy costoso... Y, además, había favoritismo para los grandes empresarios y los grandes proyectos de los grupos con capacidad de lobby.

Nosotros, inspirados por la idea de fijar reglas de juego de aplicación auto-

*23. José Ber Gelbard fue un empresario argentino, cercano al Partido Comunista, que fue designado ministro de Economía por Héctor Cámpora. Mantuvo el cargo durante la presidencia provisoria de Raúl Lastiri, la tercera presidencia de Juan Domingo Perón y, posteriormente, durante la de su esposa María Estela Martínez de Perón, que asumió luego de su fallecimiento.*

*24. Héctor Cámpora, delegado de Perón en la Argentina, fue elegido presidente de la República Argentina en las elecciones de 1973, pero poco después de asumir convocó nuevamente a elecciones para permitir que Juan Domingo Perón asumiera por tercera vez la presidencia.*

*25. Raúl Lastiri asumió interinamente, por renuncia de Héctor Cámpora y su vicepresidente, Vicente Solano Lima, la presidencia de la nación argentina hasta la elección de Juan Domingo Perón en 1973.*

*26. Juan Domingo Perón fue un militar y político argentino que ejerció la presidencia de la nación a lo largo de tres períodos. Falleció durante su tercera gestión, en 1974. Fue el creador del Partido Justicialista (peronista), que ha protagonizado gran parte de la historia argentina desde la segunda mitad del siglo XX.*

*27. Alejandro Agustín Lanusse fue un militar argentino que, luego de la caída de Juan Carlos Onganía, fue elegido por la Junta de Comandantes como presidente de la nación. Pretendió dar continuidad civil a su proyecto de gobierno a través de la creación del GAN (Gran Acuerdo Nacional), sin éxito.*

mática, sin dar lugar a la discrecionalidad del funcionario, junto a los empresarios de la Unión Industrial de Córdoba presentamos un proyecto de ley que se llamaba de Geografía Impositiva, que establecía un coeficiente de disminución de impuestos según el lugar donde estuviera radicado el proyecto, de cuánta gente ocupaba, etcétera.

Era de aplicación automática y, por supuesto, en todo el país. Las pequeñas y medianas empresas estaban muy entusiasmadas con ese proyecto, pero no era un proyecto atractivo para los políticos que tenían el Poder Ejecutivo, porque los que lo tienen prefieren gozar de la discrecionalidad... Este proyecto, del que formaron parte los que luego participarían de la creación de la Fundación Mediterránea<sup>28</sup>, Pagani<sup>29</sup> y Astori<sup>30</sup>... fue publicitado en el resto de las provincias por el «Negro» Castro Garayzábal<sup>31</sup> —que también estaba en la Unión Industrial Argentina— y consiguió el apoyo de otras uniones industriales provinciales...

Con el proyecto listo y las adhesiones que se habían conseguido, se presen-

*28. La Fundación Mediterránea es una asociación civil sin fines de lucro nacida en la ciudad de Córdoba en el año 1977 por iniciativa del Sr. Piero Astori y la adhesión de treinta y cuatro empresas locales, con el objeto de promover la investigación de los problemas económicos nacionales, contribuir al mejor conocimiento y solución de los problemas económicos latinoamericanos, crear un foro apartidista donde se discutan los grandes problemas nacionales y latinoamericanos; donde hombres estudiosos aporten su inteligencia para diseñar soluciones económicas con el solo condicionamiento impuesto por la adhesión irrenunciable al respeto de la libertad y dignidad de la persona humana.*

*29. Fulvio Pagani fue un empresario nacido en Italia y radicado en la localidad de Arroyito, provincia de Córdoba, que en 1951 fundó la empresa Arcor, que con el tiempo habría de convertirse en el principal productor mundial de caramelos duros y el principal exportador sudamericano de golosinas. Actualmente, continúa manteniendo su perfil de empresa familiar, pese a ser una empresa transnacional, y su presidente es Luis Pagani, hijo del fundador, que asumió luego de la muerte de su padre.*

*30. Piero Astori fue un empresario que llegó a la Argentina desde su tierra natal, Italia, y se afincó en la ciudad de Córdoba. En 1966 fundó la firma Astori Estructuras, que fue desarrollándose hasta convertirse en referente en la industria de la construcción. Piero Astori fue una persona de reconocido liderazgo, e impulsó la creación de la Fundación Mediterránea, porque consideraba que el país necesitaba «ser pensado» para poder desarrollarse.*

*31. José Castro Garayzábal fue un dirigente cordobés que se desempeñó inicialmente en IKA (Industrias Kaiser Argentina) y luego en Renault, además de haber conducido la Unión Industria Argentina. Se pueden consultar las palabras un colega y amigo suyo, Gregorio Díaz Lucero, que prestó servicios como director de Relaciones Institucionales en la misma empresa, en el siguiente enlace: <https://infonegocios.info/que-dice-la-gente/una-despedida-al-negro-castro-garayzabal-defensor-de-cordoba-y-amigo-fiel>*

tó en la Cámara de Senadores, cuando ya el proyecto de Gelbard había obtenido media sanción en Diputados. En la práctica era una crítica al proyecto de Gelbard, para ver si los senadores lo incorporaban... o remplazaban el proyecto original.

Para que tuviera posibilidades de avanzar, fuimos a ver a cada uno de los senadores del interior, y lo fuimos a ver también a De la Rúa, que lo apoyó.

Aunque los senadores dieron vuelta el proyecto de Gelbard con nuestro proyecto, cuando volvió a la Cámara de Diputados, Gelbard consiguió que insistieran en su proyecto y el nuestro quedó en el camino.

En esa primera incursión nuestra en la política, a través de una iniciativa legislativa, conocí a De la Rúa.

Él comenzó su trabajo en el radicalismo y se mantuvo siempre allí, en la línea nacional del partido, en el sector más alvearista, por decirlo de alguna manera... Muy joven por entonces, había llegado a ser senador por la minoría, al ganarle a Sánchez Sorondo<sup>32</sup>, el padre de Mons. Marcelo Sánchez Sorondo<sup>33</sup>, que era un dirigente conservador que había competido con el apoyo del peronismo, cuando aún se mantenía la relación de Perón con Solano Lima<sup>34</sup> y los conservadores populares.

Así lo conocí a De la Rúa. Y luego, cuando él, con Juan Carlos Palmero<sup>35</sup> —hijo de quien fuera ministro del presidente Illia<sup>36</sup>—, fue asesor de Pagani y Astori en algunos temas, retomamos el contacto. Fue por el 77, año en que yo regresé de los Estados Unidos. En ese momento, con el apoyo de los empresarios Pagani, Astori, Urquía<sup>37</sup> —don Adrián— y otros, formamos la Fundación Mediterránea, y el primer político que empezó a ir a las reuniones fue Fernando de la Rúa.

Después, cuando yo fui como diputado a Buenos Aires, aunque él estaba en el Radicalismo y yo había ido como extrapartidario en una coalición que encabezaba el peronismo, nos reunimos varias veces a conversar. Teníamos buen diálogo. Incluso salíamos a caminar juntos por Palermo; o sea, como dos

32. *Matías Sánchez Sorondo fue un abogado y político argentino conservador que se desempeñó, sucesivamente, como ministro del Interior, diputado nacional y senador nacional.*

33. *Marcelo Sánchez Sorondo, hijo del mencionado anteriormente, es un obispo, filósofo y teólogo argentino que preside la Pontificia Academia de las Ciencias.*

34. *Vicente Solano Lima fue un político conservador argentino que aceptó ser candidato a vicepresidente por el peronismo, acompañando a Héctor Cámpora. Se desempeñó en el cargo hasta la renuncia del presidente, que permitió de esa manera las nuevas elecciones que habrían de llevar a Juan Domingo Perón a su tercera presidencia.*

amigos, siempre hablando de temas del país. Así que teníamos una buena relación que continuó después, cuando yo fui ministro de Economía y él los tenía como asesores a Adolfo Sturzenegger y a Ricardo López Murphy... En una oportunidad, cuando yo hablé por cadena nacional explicando todos los rubros del presupuesto, De la Rúa me llamó y me dijo: «Qué bien, así hay que hacer... explicarle a la gente». Él veía como un éxito lo que nosotros estábamos haciendo. Lo mismo que hacía sufrir a Alfonsín, a él, que además había estado en competencia con Alfonsín, lo hacía sentir bien. Así que él y yo teníamos una gran relación y, me cuentan sus amigos, cada vez que hablaba con alguien de temas económicos o le traían alguna idea, preguntaba: «¿Qué opina Cavallo de esto?».

**LMC: Eso es un fenómeno que en España no logran comprender: cómo alguien puede ser ministro del gobierno justicialista de Menem y del gobierno radical de De la Rúa... ellos extrapolan y dicen: «Un ministro del PP no puede luego ser ministro del PSOE», pero eso habla claramente del nivel de consenso al que habían llegado las medidas que ustedes pusieron...**

**DFC:** En realidad, los a priori, tanto de peronistas como de radicales, eran contrarios a lo que hicimos en los noventa. Si vos le preguntabas a cualquier dirigente radical o a cualquier dirigente peronista, te hubieran dicho eso... Yo me acuerdo de las discusiones en el Congreso en esos dos últimos años de Alfonsín... En realidad, los peronistas en principio pedían más intervencionismo, más gasto público y más déficit a Alfonsín; y Di Tella<sup>38</sup> y yo decíamos: «No, esto va a terminar muy mal». Y, fijate vos, Cafiero<sup>39</sup>, que se paraba en la misma posición que el resto de los peronistas tradicionales, era amigo de Di Tella, pero le molestaba su posición. A mí no me quería porque veía que yo tenía posiciones demasiado ortodoxas en economía para lo que eran, a priori, tanto las de los radicales como las de los peronistas. Entonces Menem, que era un

38. Guido Di Tella fue un ingeniero, economista y político argentino que durante el gobierno de Carlos Menem se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores y Culto.

39. Antonio Cafiero fue un economista y político argentino, perteneciente al Partido Justicialista, que se desempeñó en varias oportunidades como ministro de la nación. Además, fue diputado y senador nacional y alcanzó la primera magistratura de la provincia de Buenos Aires.

40. Eduardo Bauzá fue un político argentino nacido en Mendoza y perteneciente al Partido Justicialista que, durante el gobierno de Carlos Menem, cumplió funciones como ministro del Interior, ministro de Salud y Acción Social, secretario general de la Presidencia y jefe de Gabinete.

tipo más «pícaro», escuchaba y, sobre todo, lo tenía a Bauza<sup>40</sup> y a su hermano, Eduardo Menem<sup>41</sup>, que era más reflexivo. Ellos fueron los que detectaron que tanto Di Tella como yo podíamos ayudar a Menem. Di Tella apoyaba a Cafiero, pero, apenas terminó la interna que ganó Menem, Menem nos llamó a Di Tella y a mí. Me llamó por sugerencia de Eduardo Menem y de Bauza. Menem también había venido a reuniones de la Fundación Mediterránea porque Astori era muy intuitivo respecto de quiénes podían tener futuro político y de quiénes no. Del radicalismo lo miraba a De la Rúa y del peronismo lo miraba a Menem.

Alberto Kohan<sup>42</sup>, cordobés, que había sido ministro de Menem en La Rioja, solía venir a las reuniones de la Fundación Mediterránea. Apenas pusieron en libertad a Menem en el año 82<sup>43</sup> (había sido detenido por el Gobierno militar), Kohan me lo presentó en Buenos Aires... Yo aproveché para invitarlo a Menem y le dije: «Mire, existe esta fundación e intuyo que usted tiene un gran futuro político, ¿por qué no viene alguna vez a nuestras reuniones?». Kohan lo trajo varias veces, pero, en ese momento, al único que cautivaba Menem era a Astori, al que no le molestaban las patillas y la forma de ser de Menem.

Pienso que lo que más influyó en Menem para que me convocara definitivamente fue un viaje a Europa al que me invitó. Tuvo reuniones con muchos líderes europeos. En ese viaje me empezó a apreciar. Él prestaba mucha atención a lo que decían los líderes europeos, porque era un hombre que sabía escuchar e incorporaba ideas. Por eso se le ocurrió que yo fuera ministro de Relaciones Exteriores.

En fin, todo esto es ya historia antigua. Lo que queda claro es que los dirigentes deben poseer en grado eminente la inteligencia y la capacidad de percibir la realidad y una gran visión para saber detectar quién los puede ayudar a resolver los problemas del futuro. Esa es una virtud muy importante que deben tener los dirigentes. Algunos la tienen, y otros no.

Por ejemplo, pienso que ni Alfonsín ni Duhalde tuvieron la capacidad de advertir lo que podían significar las medidas que algunos les sugerían que tomaran. Les faltó la capacidad de observación de los pensadores que han

*41. Eduardo Menem es un histórico dirigente político del peronismo, hermano del expresidente Carlos Saúl Menem, que se desempeñó como senador nacional.*

*42. Alberto Kohan es un geólogo y político argentino que durante las presidencias de Carlos Saúl Menem se desempeñó como ministro de Salud y Acción Social y como secretario general de la Presidencia, sucesivamente.*

*43. Había sido encarcelado por el gobierno militar y fue confinado en una cárcel de la provincia de Formosa.*



tenido gran impacto en la historia. A partir de su capacidad de observación, incluso cambiaron sus ideas originales.

Fijate, no sé si has leído *La década saqueada*, el libro de Fernando Iglesias... Trae un buen ejemplo de un pensador con capacidad de observación de la realidad, que además cambió varias veces sus ideas, motivado por sus motivaciones políticas. Fernando Iglesias es un tipo de buena formación intelectual.

Te voy a leer un párrafo a ver si descubris quién lo puede haber escrito: «Un gobierno fuerte e impuestos elevados son cosas idénticas. Provocan en todos lados la injerencia directa del poder estatal y crean una población desocupada que no encuentra cabida en el campo ni en las ciudades y hecha a mano de los cargos del estado como los de una limosna. La idea de una enorme burocracia taloneada y bien cebada es la que más agrada a este Bonaparte y ¿cómo no habría de agradarle si se ve obligado a crear junto a las clases reales de la sociedad una caja artificial por la cual el mantenimiento del régimen es un problema de cuchillo y tenedor? Por eso, una de sus primeras operaciones consistió en elevar los sueldos de los funcionarios y crear nuevos cargos que ocasionen poco o ningún trabajo. Se comprende así que en un país como Francia, donde el ejecutivo dispone de un ejército de más de medio millón de funcionarios y tiene bajo su dependencia incondicional a una masa inmensa de intereses, una Francia donde el estado mantiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil desde sus manifestaciones más amplias hasta sus vibraciones más insignificantes, de sus modalidades generales a la existencia privada de los individuos, este cuerpo parasitario adquiera por su extraordinaria centralización, una ubicuidad, una omnisciencia y una capacidad enorme»... «Una caja artificial por la cual el mantenimiento del régimen es un problema de cuchillo y tenedor... Elevar los sueldos de los funcionarios y crear nuevos cargos que ocasionen poco o ningún trabajo...». ¿Quién escribió esto?

**LMC: Habla de las legiones de funcionarios sin funciones... déjeme pensar...**

**DFC:** Esto, que parece escrito por Ayn Rand, fue escrito por Carlos Marx, en un libro que se llama *El 18 brumario*, que es una crítica al gobierno de Luis Felipe Bonaparte, Napoleón III. Este libro de Iglesias vale la pena ser leído. Es un hombre culto, que ha leído mucho y viene de la izquierda, pero de una izquierda muy razonada...

**LMC: Bueno, a veces yo leo algunas declaraciones de políticos de la izquierda europea, exceptuando lo que ocurre en España, que por momentos es trágico, y digo: «Qué razonable, qué moderado, qué lúcido en su análisis».**

**Acá eso no se ve...**

**DFC:** Sí, pero es difícil, al mismo tiempo.

**LMC:** Bueno, si usted me deja, voy a procesar esto que hemos charlado, que es buenísimo y abre muchas líneas de análisis. Podría estar mucho más tiempo conversando con usted porque ha vivido muchos eventos históricos. En este análisis uno debe tener en cuenta que es cierto que influye la formación técnica, académica, las virtudes personales, pero además hacen falta circunstancias históricas que acompañen. Eso lo veo como claro. ¡Usted me cuenta que por la caída de las Torres Gemelas a nosotros no nos llega el apoyo que Estados Unidos había prometido y, como consecuencia de ello, se produce una de las crisis socioeconómicas más importantes de nuestra historia! Es impresionante.

**DFC:** Sí, hay circunstancias que condicionan rumbos históricos...

**LMC:** Como a un «loco» de Medio Oriente se le ocurrió tirar estas dos torres, se generó un lío tremendo en Estados Unidos, nadie más atendió el teléfono porque estaban ocupados en otra cosa, y acá pasaron cosas muy graves.

**DFC:** Como ves, Luis María, nunca es suficiente con algunas buenas ideas técnicas, como tampoco es suficiente con tener buenas intenciones... incluso teniendo ambas fortalezas, si las circunstancias no acompañan, los buenos proyectos pueden fracasar.

## **B. ENTREVISTA A CARLOS VIDO KESMAN**

El profesor Carlos Kesman nació en la ciudad de Santiago del Estero en el año 1941. Se recibió de contador público nacional (1964) y de licenciado en Ciencias Económicas (1967) en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba.

En 1970 defendió con éxito su tesis doctoral, en la misma casa de altos estudios. Como becario de la Organización de los Estados Americanos (OEA), realizó estudios de posgrado en Chile, en el Centro Interamericano de Enseñanza de Estadística. Ha sido condecorado por el presidente de la República Federativa del Brasil con la Orden de Rio Branco, en grado de comendador. También recibió el premio al Mérito Federal, otorgado por el Instituto de Federalismo de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales. Ha sido catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Córdoba y docente ordinario en carreras de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Córdoba, la Universidad Católica de Córdoba, la Universidad de Santa Fe y la Universidad de Mendoza, entre otras.

Ha sido investigador jefe en el Instituto de Estudios Económicos sobre la

Realidad Argentina y Latinoamericana de la Fundación Mediterránea (IEERAL) entre 1977 y 1986. Se desempeñó como asesor económico de la Subsecretaría de Planeamiento de la provincia de Córdoba, como asesor en comercio exterior del Ministerio de Economía de la provincia de Santa Fe y como asesor en comercio exterior en la Subsecretaría de Comercio Exterior de la provincia de Entre Ríos. Fue el encargado de la negociación del Tratado de Asunción en representación del Estado argentino, por lo que es considerado uno de los padres del Mercosur. En 1991 fue designado como subsecretario de Comercio Exterior de la nación, y posteriormente, como secretario de Planeamiento de la Jefatura de Gabinete de la nación.

Fue también vicerrector de desarrollo de la Universidad Católica de Córdoba. Tuvo el cargo de presidente del directorio de la Agencia ProCórdoba. Se desempeñó como director del Instituto Provincial de la Administración Pública de la provincia de Córdoba y como presidente de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), hasta su fallecimiento a comienzos del año 2021.

Carlos fue un destacado hombre de la academia, profesor universitario y un verdadero maestro para quienes tuvimos la dicha de conocerlo y tratarlo. Su amor a Dios lo llevaba a querer a los hombres y a trabajar con una mirada profunda desde el humanismo cristiano por el desarrollo de nuestro pueblo. Su cercanía y sencillez hacían que su conversación fuera amena y pedagógica, y su generosidad a la hora de brindar su tiempo era proverbial. Siempre sabía hacerse un momento para tomar un café con quien quisiera consultarlo o intercambiar ideas con él.

Personalmente, tengo con él un deber de gratitud eterno por la gran ayuda que me brindó con numerosas y extensas entrevistas que me permitieron concluir mi tesis doctoral. En esas reuniones mencionaba con frecuencia la naturaleza «controvertida» de nuestro país y me alentaba a trabajar siempre para lograr presentar la *verdad* con cariño, con claridad y con cercanía.

Se desempeñó con enorme compromiso y hombría de bien tanto en la función pública como en la actividad privada, y será recordado como un experto en Doctrina Social de la Iglesia que empeñó su vida en difundirla y encarnarla, por el bien de su país.

Era consciente de la enorme riqueza de lo que el cardenal Renato Martino dijo que era «el secreto mejor guardado de la Iglesia católica» (Cahtolic.net, 17 de diciembre de 2006, párr. 3) y procuró por todos los medios a su alcance que fuera cada vez más conocida. Sin temor a decir la verdad y con gran solidez técnica, explicaba sus principios a quien quisiera oírlo, convencido de

que ese tenía que ser su aporte y legado para la reconstrucción de la Argentina, alejándose de las divisiones que hieren a nuestra patria. Con su acción, demostró que es posible aportar ideas e influir en la solución de los problemas concretos, con el bagaje de los principios que nos ofrece la Doctrina Social de la Iglesia.

Tito, como lo llamaban sus amigos, era un hombre de consensos y de diálogo, pero firme en sus ideas y convicciones. Su perfil bajo y su humildad eran característicos de su naturaleza, pero su legado lo trasciende. Deja como hijos dilectos dos libros muy valiosos que merecen difusión: *Justicia Distributiva para América Latina. Una propuesta desde la Doctrina Social de la Iglesia y El escándalo de la pobreza y el desafío del desarrollo. De Pablo VI a Benedicto XVI y el papa Francisco*.

A continuación, transcribimos de manera textual una de las entrevistas que tuvimos en su estudio durante el mes de febrero del año 2017:

**LMC: Buenas tardes, Carlos, ¿cómo está usted? Me gustaría que me cuente algunas cosas de su experiencia de trabajo y amistad con el Dr. Domingo Cavallo. ¿Cómo podría caracterizarlo brevemente?**

**CVK:** Podríamos decir que lo que percibí luego de trabajar con él varios años es que él tenía una inteligencia técnica y natural excepcional. Pienso que por eso él tiene el coraje de asumir luego de la tremenda crisis del 89/90 y asume nuevamente el riesgo en el 2000, cuando había muchos indicios de que podía suceder lo que finalmente ocurrió a finales del 2001.

**LMC: O sea, esos son los desafíos que a él lo atraen y motivan.**

**CVK:** Además, pienso que, claramente, el plan de Cavallo era superior a lo que hicieron después Duhalde, Kirchner y todos los que vinieron...

**LMC: Él explica que su plan no llega a buen puerto, pese a haber sido pensado y reflexionado en profundidad, como consecuencia de la situación mundial desencadenada luego del atentado de Al Qaeda con las Torres Gemelas. A partir de ese momento, cuenta Cavallo, la situación argentina pasó a un absoluto segundo plano... ¿Usted cree que tanto dependemos de las «circunstancias»?**

**CVK:** Yo diría que sí. Es decir, toda la segunda posguerra con la Guerra Fría tuvo al mundo en vilo, porque había un precario equilibrio que podía terminar en una hecatombe atómica... Toda la etapa de la posguerra hasta la caída del muro de Berlín era como «fija»; es decir, lo que ocurría en el mundo ocurría «lentamente», pero luego, entre los 70 y los 80, con la llegada de la globalización y la caída del muro de Berlín, «los signos de los tiempos» se acortan.

Antes los procesos históricos se medían por décadas, y ahora, en períodos mucho más cortos... entre cinco y diez años. Entonces, ese tema de las circunstancias tiene ahora una importancia muy grande. Por eso dicen: Néstor Kirchner tuvo viento de cola. Mi mujer a veces dice: «¡Uy! ¡Por pocos meses Cavallo y De la Rúa no engancharon el boom de la soja!». O yo te doy otro ejemplo, porque eso no es trivial: (Ricardo) Alfonsín hijo creía que él iba a heredar los votos que había tenido su padre... pero el mundo había cambiado. Yo creo que eso puede abonar la idea de la importancia de que te acompañen «los signos de los tiempos» y la importancia también de saber leerlos e interpretarlos.

**LMC: Bien, y eso es parte de las habilidades políticas... ¿o es una técnica?**

**CVK:** Las dos cosas. Por eso, así como Kirchner pretendió someter la economía a la política, Macri pretende ser una especie de «gerente» o de «gestor». Yo te voy a dar mi opinión sistemática de esto. Alfonsín hijo dice: «Si nosotros hubiéramos tenido ese viento de cola, hoy tendríamos presidentes radicales». Y yo dije en varias oportunidades que Alfonsín está totalmente fuera de punto: si el padre de él le hubiera hecho caso a Sourrouille, todavía habría presidentes radicales.

**LMC: Lo mismo me dijo Cavallo. Me dijo: «El gran error fue sacarlo a Sourrouille del Ministerio de Economía y a Machinea del Banco Central. Estaban bien donde estaban».**

**CVK:** Totalmente de acuerdo.

**LMC: ¿Qué los lleva a tomar esas decisiones? A mí me cuesta creer que sea pura ingenuidad. Lo planteo de un modo algo burdo: ¿son malos tipos, son brutos, son simplemente ingenuos, creen que sí saben? Para concretar, la pregunta que yo le hacía a Cavallo es: si Sourrouille era tan preparado desde lo técnico, ¿por qué fracasó su plan? Y él me dice: «Lo que pasa es que Alfonsín se equivoca al sacarlo». Más allá de los errores que pueda haber cometido Sourrouille, que sin lugar a dudas existieron, ¿no?**

**CVK:** Sí, por supuesto. Alfonsín no quería hacer los ajustes que requería el sector público...

**LMC: ¿Y ellos no son capaces de ver que eso va a explotar? ¿Por qué no lo hacen? Porque yo entiendo que ellos digan: «Bueno, lo que pasa es que es difícil...».**

**CVK:** Creo que son muchos los factores que lo explican: lealtades partidarias, faltas de formación ética y técnica, etcétera...

**LMC: Usted fue secretario de Planeamiento, secretario de Comercio Exterior...**

**CVK:** Sí. En la nación desempeñé esas posiciones en el Ministerio de Eco-

nomía. Y acá, en la provincia de Córdoba, también tuve bastantes responsabilidades. Yo soy muy amigo del gobernador Schiaretti, pero pensamos distinto en muchas cosas...

**LMC: Claro...**

**CVK:** Volvamos al eje. Vino Kirchner y dijo: «Acá la política “manda” a la economía». Y yo podría agregar: ¡así le fue! Yo creo que eso es una concepción errada; desde el punto de vista sistemático, tiene que haber un equipo interdisciplinario para actuar en política. Eso yo lo pienso desde que era chico, desde que hice mi posgrado, cuando estudié Planificación. Hay que llevar adelante una tarea interdisciplinaria, sobre todo, política y económica, aunque también sociológica, filosófica y doctrinaria; una tarea política y económica donde los equipos tienen que cambiar la forma de elaborar los proyectos. Es necesario ir explicando que, para cada alternativa que hay de solución, los efectos individuales y sociales son diferentes. Y, ahí sí, es la política la que tiene que decidir las alternativas según la concepción estratégica que se tenga. ¡Ahí se ve la prudencia! Vos no podés decir: «Hay una sola solución»; «La única salida es esta». No. Los economistas que trabajan para la política tienen que llevar adelante una tarea donde se analicen diversas alternativas de solución... Primero, tiene que haber más de una. Y, a su vez, hay que explicitar los efectos privados y sociales de cada estrategia, de cada alternativa, de cada medida, de cada política económica, de cada política social. El economista tiene que ser muy sensible. Creo que muchos de los actuales funcionarios del presidente Macri no saben nada de política. Es decir, la conclusión mía es: el político tiene que mejorar su formación en las ciencias duras y el economista tiene que mejorar su formación política, histórica, sociológica y filosófica... En esa línea, el área más débil sería la filosofía. ¿Cómo se podría formar a los políticos en esta área de un modo sencillo? Presentándoles la Doctrina Social de la Iglesia, que tiene un gran contenido filosófico.

**LMC: Ahora estoy releyendo su libro sobre justicia distributiva, una propuesta a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia.**

**CVK:** Pienso que viene al caso. Esto que estamos hablando podría ser la médula de lo que vos planteás...

**LMC: De hecho, tengo dos ideas que por ahí podemos profundizar. Usted habló de la formación de equipos y habló de la necesidad de formarse como economista y como político. Lo del concepto de equipo es una de las cosas que siempre hemos pensado. Hace falta masa crítica porque, supóngase que usted llega al poder... ¿Qué decimos? Kesman es un tipo sólido en lo técnico, es un tipo que tiene habilidades políticas, es un tipo decente y llega porque lo**

convoca un presidente a ser ministro de algo. Pero, si es usted solo, es posible que esos cambios sean muy pequeñitos o muy acotados. La primera pregunta es: ¿cómo se hace para formar equipo?, ¿cómo hace uno para planear lo que hizo Cavallo con la Mediterránea? Creo que es en Pasión por crear que Cavallo dice: «Cuando me llama Menem dije: “Ha llegado el momento para el que nos venimos preparando hace veinte años”». Y el segundo punto que quisiera que me ayude a analizar es el de la formación. Esa responsabilidad de formarse puede asumirla uno a título personal, como lo ha hecho usted, pero a veces pienso que podría ser un objetivo más social. Es decir, ¿cómo formamos a nuestros dirigentes? Jenofonte plantea que Ciro fue lo que fue gracias a la formación que recibió desde su primera juventud. Se le empiezan a enseñar las virtudes, retórica y muchas otras cosas, para que estuviera preparado cuando le tocara ser gobernante. Ahora no sabemos cuál de los niños va a ser gobernante, pero sí es cierto que las vocaciones de liderazgo no son alentadas. Por el contrario, cuando un chico dice que quiere ser presidente se le suele decir: «¡No, la política es sucia!». Se lo desalienta. ¿Cómo podríamos encarar desde una etapa temprana la formación de quienes manifiesten interés, vocación?

**CVK:** Para mí, la idea del equipo está vinculada a la interdisciplinariedad, una simbiosis donde los políticos exponen sus ideas y luego los economistas dicen: «¿Cuál es el plan económico compatible con esa concepción política?». En ocasiones seguramente dirían: «Bueno, esta línea política que quiere desarrollar no tiene solución económica». Dada la realidad circundante, por ejemplo, algunos analistas del tema Trump dicen: «Trump llegó tarde. El mundo es otro. No es el de la época de Detroit».

**LMC:** Claro, es como si llegara un Frondizi hoy. Diríamos: «No, no es la industria pesada la que va a promover el desarrollo».

**CVK:** Así es. Entonces diríamos: «Pero eso requiere mucho trabajo, muchas horas». Eso que vos decís de Cavallo... ¿por qué la Fundación Mediterránea se destaca? Porque la Fundación Mediterránea, todas las semanas y todos los meses, llevaba adelante una reunión académica donde cada uno exponía su *paper* y se discutía en forma abierta. ¿Entendés? Todas las áreas. O sea que lo que finalmente resultaba era fruto de mucho trabajo, mucha discusión sistemática. Entonces yo te digo: ¿te vas a referir a la Argentina? Yo te doy un diagnóstico muy importante a esta altura de mi vida. La Argentina tiene un problema grave en su degradación: es una sociedad donde se ha llegado... a la controversia total. Es una sociedad controvertida, imuy controvertida! ¿Por qué digo esto? Porque cualquiera dice cualquier cosa sobre cualquier tema sin

el debido fundamento. Entonces, eso que vos estás queriendo resolver de los dirigentes se torna clave. Las sociedades más destacadas del mundo ya han hecho el trabajo este que estamos discutiendo. En cambio, la Argentina, en lugar de tener diez temas críticos sobre los cuales la política y el electorado deben decidir, tiene mil. Escuchá bien el caso: tiene mil. Te digo mil, y pueden ser diez mil, un millón, mil quinientos temas sin la debida ponderación. Y eso es un concepto estadístico riguroso, quiere decir que hay mil quinientas cosas, y en ese maremágnum cualquiera habla de cualquier cosa sobre los mil quinientos temas. No hay una idea clara de la importancia relativa, de las prioridades, y eso únicamente se consigue con inteligencia estratégica... Los países del mundo que progresaron no tienen mil quinientos temas a resolver. Ellos, ya hace mucho tiempo, discutieron, trabajaron y dijeron: «Bueno, los seis grandes temas son estos, todo lo otro ya está resuelto, ya se llegó a una conclusión». Te puede gustar o no, pero yo suelo decir en mi discurso de apertura en la universidad: ¿por qué un argentino pareciera que es menos preparado o inteligente que un coreano, o un japonés, o un norteamericano, o un alemán, o un francés? ¿Por qué? Porque esos países no tienen mil quinientos temas sin ponderación. La sociedad allá está concentrada en algunos temas críticos que son los que se deberían discutir en las elecciones. Lo demás, la política monetaria, fiscal, cambiaria, de crédito, la tasa de interés, ya están dadas. Es lo que se llama el orden macroeconómico. Puede gustarles o no, pero ya está. Entonces, ahí viene el efecto del desorden versus haber logrado ese orden estratégico. ¿Cuál es la ventaja que tienen los que han logrado esto? Si vos vivís allá, vos te levantás a la mañana y vos ni pensás en la parte monetaria cambiante, en la tasa de interés. Vos tenés crédito o no. Sabés cuánto. Vos te levantás a la mañana y ¿qué hacés? Te dedicás a lo que hacés. A estudiar, a dirigir, a tener tu empresa. Entonces imagináte el ahorro mental, la potencia mental que vos lograrás sabiendo que vos únicamente te dedicás a lo que vos hacés. Ahora, en cada elección se discutirá de grandes temas... aunque la última elección norteamericana también fue pobre en eso.

**LMC: ¿Cómo lo lograron? Porque yo recuerdo que hace un tiempo le mencioné a usted algo de Chile, de la estabilidad de Chile, y usted me dijo: «Bueno, pero Chile lleva treinta años así, y Brasil va cincuenta». Entonces yo me pregunto: ¿cómo lo lograron?, ¿qué es lo que generó que la sociedad fuera capaz de aceptarlo o entenderlo? Porque la década de los noventa podría haber sido nuestro inicio. Podríamos haber dicho: «Tenemos lo macroeconómico bajo control y ordenado. Estamos en condiciones de olvidarnos de la inflación, que tanto daño nos ha hecho. Quizá, de aquí a un tiempo, podamos**



discutir una flotación más flexible de nuestra moneda, pero hemos construido una base sobre la que es posible construir». Sin embargo, en el 2000 la gente dijo: «¡No! ¡La rigidez, la pobreza, la desocupación!». Y rompimos todo, para empezar de cero, otra vez. Y otra vez mal. ¿Qué hubo de distinto en la Argentina de los noventa que no hubo en el Chile de los setenta o en el Brasil de los sesenta? Que ellos sí lo aceptaron y dijeron: «Bueno, sobre esto no discutamos más».

**CVK:** Para mí, con respecto a Brasil, al margen de la crisis actual, y con respecto a Chile, puedo hablar de diferencias en su clase dirigente y en su maduración político-social, incluido el periodismo. O sea que inclusive aceptaron la transición militar. Acá, por el contrario, cada cambio es una ruptura. Además, en Chile y en Brasil, los militares actuaron una vez. Acá actuaron múltiples veces con apoyo civil de todo tipo. Pero para mí acá nunca fue posible concebir un enfoque superador que permitiera ensamblar entre etapas. En cambio, en Brasil fue posible, y en Chile, por y a pesar de Pinochet, ellos mantienen ciertas líneas. Por supuesto que yo puedo dar mi opinión más detallada de lo que allí ocurrió, pero no es el momento...

**LMC:** ¿Eso es lo que quería hacer Lanusse y, diez años después, Massera cuando planeaban un hijo civil de los procesos que ellos encarnaban?

**CVK:** Claro, pero para mí Argentina tiene una complicación que hay que analizar cuidadosamente al momento de las comparaciones. Para mí, la Argentina no puede compararse con ningún otro país latinoamericano o del mundo. ¿Por qué? Porque nuestro país, con Perón, hace en la década de los cuarenta lo que Brasil hace en los sesenta y lo que Chile hace en los setenta. Nosotros tenemos una crisis diferente a la de Brasil. Nosotros tenemos una crisis de crecimiento y una concepción compleja de a dónde tenemos que ir. En estas otras sociedades es como que fue más primario, por el cambio de época, con los civiles y militares. Para mí, como vas a ver en los libros que yo escribo, hay un orden macroeconómico sin el cual no es posible ninguna política, y menos una política social, que es el orden monetario fiscal cambiario y que, para mí, lo que yo digo que es clave para que vos veas bien... jamás debió destruirse ese orden que Cavallo logró en los noventa; que eso es lo que Chile logra, lo que Brasil logra.

**LMC:** Modificar sin voltear todo.

**CVK:** Claro. O sea, ahí tenés la teoría funcionalista del cambio social, la teoría estructuralista... o sea, o modificás solamente lo que hay que cambiar, o cambiás todo y pasás a otra cosa.

**LMC:** Claro, como propugna el deconstructivismo de Derridá, que dice

**que hay que destruir el orden social para hacer uno nuevo y no construir sobre el anterior.**

**CVK:** Exactamente. Lo que habría que lograr es hacer cambios funcionales, recuperando partes. Va un ejemplo... Yo pienso que en la época de Menem sucedieron cosas muy graves. Mi mujer sostiene que parte del problema es que Menem quería perdurar y Cavallo quería ser presidente... y ambas cosas se excluían mutuamente. Para mí, yendo al pensamiento sistemático, terminado Cavallo en el 96, viene el libro de Juan Llach *Otro siglo, otra Argentina*, que yo leí detenidamente. Ahí Llach explica todo lo que hizo Cavallo y dice: «Esto es un megaordenamiento, una primera etapa, ¿hacia dónde deberían seguir los cambios?». Y explica todo lo que debería haber hecho Menem en la era pos-Cavallo, después del 96. Obviamente, después Menem no hace nada de eso y destruye todo. Bueno, empieza a destruir; empieza a endeudarse y a romper las condiciones de la convertibilidad.

**LMC:** Una cosa que me llamó la atención de ese cambio es que Roque Fernández, sucesor de Cavallo al frente del ministerio, fue presidente del Banco Central de Cavallo. Su formación económica es sólida y su formación en ideas es similar; sin embargo, después, sin haber quebrado de raíz el modelo, evidentemente se nota un relajamiento de lo disciplinario. ¿Por qué pasa eso?, ¿por presión del poder político?, ¿o él dice: «Tengo margen y me ahorro tener que ajustar lo que haya que ajustar»? ¿Por qué una persona hace eso? Esas cosas son las que me llaman la atención cuando leo la historia...

**CVK:** Yo creo que es por la presión del poder político, que quería gastar más, emitir más, hacer populismo, planes sociales. Para mí la Argentina es una sociedad muy compleja, la más compleja de América Latina. Una segunda idea, muy importante, que puede llevar a un análisis como el que a vos te preocupa, es que este tema de esta sociedad muy controvertida, ante tanto conflicto, se defiende «corporativizándose». Por ejemplo, los sindicatos. Los sindicatos tratan de defenderse como pueden, y últimamente los sindicatos, las obras sociales sindicales, las obras sociales comunes, las grandes empresas, los grandes grupos empresarios, todos tratan de corporativizarse para defenderse del desorden, pero eso lleva a su vez a un gran desorden social porque esta es una sociedad en la que se hace muy difícil sentarse a hablar en serio de cualquier tema. Ese es un tema que los economistas tienen que enseñar bien a los políticos. Los recursos son limitados. Y en la Argentina se trabaja desde hace décadas, sobre todo los políticos, como si los recursos fueran ilimitados. Todos quieren seguir gastando, y un rol muy importante del gobernante es hacer entender a la próxima generación que esta sociedad, así, no tiene destino.

No sabe a dónde va. Hasta ahora, cada uno discute, discute y discute, pero para mí hay un punto crítico: la pobreza. Acá todo el mundo se hace el pícaro, pero los pobres son el 32 % o el 33 %<sup>44</sup>. *En Otro siglo, otra Argentina*, en 1996, Llach explicaba cómo deberíamos llegar al 2000. Y ahí él explica todo lo que se debería haber hecho luego del ordenamiento inicial de Cavallo.

**LMC: ¿Llach fue secretario del ministerio de Cavallo en los 90?**

**CVK:** Sí, él era secretario de Planeamiento del ministerio cuando yo era secretario de Planeamiento de la Jefatura de Gabinete. Volviendo al tema, y analizando lo que ocurre hoy con el gobierno de Mauricio Macri, yo te diría que tenés que tener en cuenta que, si el peronismo no se reconvierte en un partido moderno, de cambio, sustentable... esto no tiene solución.

**LMC: Por la matriz cultural de nuestro país, que se identifica con sus banderas.**

**CVK:** Claro. Anoche se difundieron encuestas que dicen que Cristina, en el estrato social bajo, sigue teniendo un núcleo de votantes duros de un 20 %. Entre un 20 % y 30 %. Yo pienso que Cristina está en el ocaso. Yo creo que los periodistas nos ayudaron a escapar del otro gobierno... Lanata, Majul, Rossi, Nelson Castro, Leuco, un grupo chico. Yo diría: una demostración de lo difícil de lo que vos estás queriendo hacer. Vos, Luis María, sos un nuevo líder y, en realidad, no vas a hacer todo lo que enseñan los filósofos griegos... itenés que tenerlos en cuenta, pero luego concretar con la complejidad de nuestra realidad!

**LMC: Stefano Zamagni nos hablaba el año pasado en OSDE, en el auditorio, de la economía del bien común; de esta economía con rostro humano de la que nos hablan los papas desde hace mucho, y yo pensaba: «Bueno, yo no soy técnico en economía, ni mucho menos, pero eso que dice Zamagni es más político que económico». Desde el punto técnico de la economía, ¿cómo se construye una economía con rostro humano o una economía del bien común? Yo creo que eso puede reemplazar el populismo en el modo de hacer política. Si en lugar de populismo —porque la gente necesita esos mimos de algún modo— lo hacemos con una economía basada en la Doctrina Social de la Iglesia, puede ser mucho más sustentable.**

**CVK:** Bueno, la opinión mía a esta altura es que la Doctrina Social de la Iglesia en este momento es el conjunto de ideas más potente y sistemático para ir a una sociedad solidaria. No hay en este momento un pensamiento ni liberal,

44. En el año 2022, esa cifra ha llegado al 50 %.

ni socialista, ni comunista, ni nacionalista, ni nada más potente y sistemático que el que tiene la Iglesia hoy. Yo me muevo con los documentos de los papas. Después, a todo lo otro, subgrupos, submundos, lo podemos analizar. A mí me parece que ahora la Doctrina Social de la Iglesia, sobre todo con Benedicto después de la crisis del 2008, da una visión para el siglo XXI de lo que deberían ser los valores en una sociedad global, solidaria. Lo ocurrido con la crisis de 2008 y lo que hemos vivido en nuestro país te da la gran posibilidad de hacer una tesis muy realista. ¿Por qué? Porque la crisis de 2008 demostró que el esquema del fundamentalismo de mercado, sobre todo de Estados Unidos, llevó a casi una hecatombe del mundo. Eso todavía no está resuelto, todavía tiene sus efectos. Por eso yo también traté de sacar mi último libro lo antes posible. Y, mientras duran los efectos desastrosos de la crisis de 2008, los católicos tenemos una gran posibilidad de decir: «Lo nuevo debería ser de tal forma». Benedicto tiene la ventaja de que no reniega de todo. Él establece tres estratos, tres etapas...

Primero. Muchos creen que ahora estamos en un lío porque el papa Francisco no es liberal. ¡La Iglesia nunca fue liberal, desde la *Rerum Novarum* para acá! Juan Pablo II a esto lo explica claramente. Cuando él saca en el 1991 la *Centesimus annus*, dice: «Bueno, dicen que ahora todos van a ser capitalistas, pero esperen un momento, depende de qué entendemos por capitalismo». Y ese es un tema clave: ¿cómo definirías esto?, ¿qué es esto?

Segundo. En *Caritas Veritatis* Benedicto no critica de una manera explícita a la responsabilidad social empresaria, pero la encíclica tiene unos tres renglones donde él manifiesta que no le gusta mucho. Cree que ese ámbito debería ampliarse. Y, entonces, todo lo existente en el 2008 debería pasar a una responsabilidad social empresaria ampliada, que es lo que yo promuevo por vía de ACDE<sup>45</sup>. ¿En qué estamos? Benedicto dice que eso solo es posible si somos capaces de generar un suficiente número de empresas solidarias que no vayan solo detrás de la ganancia. Entonces, si vos no sos capaz de gestar una nueva generación de personas que sean pobres de espíritu, no hay solución. La encíclica, para los economistas y los contadores, tiene una aclaración clave: este no perseguir solo la ganancia no implica que no generen excedentes. Vos no podés concebir una empresa que no tenga excedentes porque no puede sostenerse a sí misma. Pero no persigue la utilidad como objetivo, sino que tiene

45. ACDE (*Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa*) es una asociación fundada por el siervo de Dios Enrique Shaw, que busca promover los valores cristianos en el mundo de la empresa. Carlos Kesman fue presidente de la filial Córdoba de esa institución.

fines solidarios.

Entonces yo ahí abro varias categorías de empresas en esa nueva concepción que tiene Benedicto XVI en la encíclica *La Caridad y la Verdad*. Él dice que solamente hallaremos la solución cuando en el mundo seamos capaces de generar una nueva clase dirigente, basada en la pobreza espiritual, como una concepción ante lo material. Bueno, eso es evangélico, no está discutido.

Tercero. ¿Cuál es la clave del papa Francisco? La que da en *Laudato Si*. ¿Qué dice Francisco en *Laudato Si*? El mundo ha sido creado por Dios. A partir de ahí, él recita en esa encíclica un principio muy importante, el primero no negociable de la Doctrina Social de la Iglesia, que es el principio del destino universal de los bienes de la tierra. Luego, dice él, la tierra es de todos los hombres, para todos los hombres sin discriminación. No puede ser que algunos se apropien y consuman superlativamente mientras los otros se mueren de hambre. La otra concepción, dice Francisco, es de los que creen, fijate que va hacia el ángulo de la discusión hoy, de los que creen que el mundo nace del caos. Son los que hacen esa máquina que trata de ver si el mundo nace del caos, que viene del desorden...

#### **LMC: La máquina de Dios.**

**CVK:** Eso. Y esos, dice él, son los que están destruyendo la humanidad, la naturaleza, los que generan la injusticia, los que no tienen valores. Eso es de lo que yo hablo en mis dos últimos libros. Es decir, como laico, yo digo: «Ya sabemos que la Iglesia no puede promover un modelo concreto». En el libro este que yo te voy a dar ahora, yo digo: «¿Hasta dónde llega la Iglesia?». La Iglesia llega a proponer hasta aquí, que no es poco. Yo te diría que define todo, pero no define en concreto la política económica de la Argentina. Vos agarrás el último capítulo del camino a recorrer y vos a eso lo pasás de manera transversal a cualquier sociedad latinoamericana y podés preguntarte: «¿Esto está lejos de un pensamiento social cristiano o está cerca?». Pero, con Trump a la cabeza, cuando yo te digo «social cristiano», estoy incurriendo en una imprecisión. Yo te estoy hablando del pensamiento social católico. Porque, en este campo donde vos te vas a introducir, la diferencia con el protestantismo y, sobre todo, con el calvinismo es importante. Yo ahí tengo un cuadrito de todo lo que hizo Bush hijo y es todo lo que los protestantes le indican, y parece que Trump va a volver a lo mismo. ¿Me entendés? Lo que indica el protestantismo. Cuando él hace la guerra contra Irak, hace la guerra santa que le indica el vademécum del protestante. Bueno, nosotros no tenemos nada que ver con esto. O sea, la ética protestante vigente en Estados Unidos no tiene nada que ver con nuestras preocupaciones.

**LMC:** Le hago una pregunta. Me vuelvo un poquito a la necesidad de formar más a nuestros dirigentes. Nuestra sociedad, por espíritu, por tradición, tiene una sensibilidad católica, pero muy escasa formación. Por ende, los gobernantes de nuestra sociedad también tienen una sensibilidad católica, pero una formación muy básica. Esto se ve reflejado también en cómo actúan, cómo trabajan, las medidas que ponen en marcha, en cómo creen solucionar los problemas sociales, etcétera. Un cardenal, ahora no recuerdo quién era, decía que la Doctrina Social de la Iglesia es el tesoro mejor guardado de la Iglesia. ¿Cómo podemos hacerla conocer? ¿Cómo hacemos para que nuestros dirigentes la conozcan? Yo tengo amigos de quienes me animo a decir que tenemos un origen intelectual similar, que afirman, pienso que por falta de formación: «Claramente, la solución está en el liberalismo porque es lo contrario del socialismo». El impulso, la reacción, la entiendo, pero quiere decir que no han pensado, no se han formado, no se han instruido porque una respuesta pura desde el liberalismo nos conduciría a otros problemas. Pienso yo.

**CVK:** Eso es importante. Yo, que viví los sesenta, creo que en ese entonces la militancia era abundante, incluso violenta, pero faltó la Doctrina. Ahora, volviendo a lo que decíamos hoy, para mí, la Doctrina, no digo que sobra, sino que está, pero falta la militancia. Yo estoy escribiendo, si Dios me da más vida, un tercer libro, que ya tengo muy avanzado sobre el trabajo en el nuevo siglo. Pero tengo que trabajar, instruirme más, como mínimo, durante dos años. Yo trato de escribir estos libros que bajan la Doctrina al mundo de la realidad para hacer ese trabajo. O sea, por ahí la gente no accede a la Doctrina Social de la Iglesia. Yo hablé de esto, hace muchos años, con Schickendantz, y él, cuando yo estaba haciendo mi primer libro, me dijo: «Kesman, ubíquese en el apostolado intelectual, ahí tenemos falencia, no en la divulgación común de lo que se piensa religiosamente». Para mí la Iglesia tiene una gran deficiencia en ese sentido. Vamos el domingo a misa y los curas ni remotamente hacen mención a las posiciones sociales de la Iglesia. Por ahí los curas se juntan y hacen comunicados, pero bastante inocuos, por cierto...

Mi opinión es que por eso la Iglesia carece de presencia. La idea mía es la de San Juan Pablo II, que dijo que la Doctrina Social de la Iglesia forma parte de la evangelización. Benedicto dice que nuestro diálogo con el mundo tiene que estar basado en las propuestas concretas que nosotros tenemos congruentes con la fe para resolver los problemas de la humanidad. Cristo murió en la cruz, ese es un tema religioso, sí, pero para nosotros esa creencia sustancial tiene que llevar a una propuesta sobre los problemas del hombre, congruente con la

fe. Ahí estoy muy preocupado porque, así como vos estás tratando de resolver esto con tu tesis, yo ahora tengo que ver, en mis últimos años de vida activa, yo quiero ver cómo penetrar en ese espectro, ¿no?

**LMC: Hay un instituto que se llama INAP (Instituto Nacional de Administración Pública), pero me parece que no hay nadie demasiado interesado en formar a los gobernantes...**

**CVK:** Yo lo acabo de discutir este fin de semana. Cavallo lo quiso hacer, y fijate dónde está. Béliz también, y se tuvo que ir...

**LMC: Ahora Béliz está en Buenos Aires de nuevo, por suerte, como funcionario del BID (Banco Interamericano de Desarrollo).**

**CVK:** Sí, sé que está ahí. En nuestro país está haciendo falta más formación ética, intelectual, moral, técnica...

**LMC: Bueno. Esto que usted me dice sirve para comparar, incluso *contrario sensu*. A nosotros nos pasó esto. ¿Y si hubieran escuchado a Jenofonte? Ese patrón de contraste sirve porque durante 2000 años, o 1900, porque en el siglo XX quizá se lo haya olvidado un poco, sí se consideró que era importante que el dirigente supiera qué pensaban los clásicos.**

**CVK:** Sería interesante, aunque sea, plantearse... Benedicto dice que el mundo va a escucharte si proponés cosas superadoras. Si vos sos capaz de ahí derivar soluciones concretas, inteligentes, realistas... y vos sabés que son congruentes con tu fe, vos no podés salir de este decálogo. En el *Documento de Aparecida* dice algo así como «manifestamos nuestra preocupación por la falta de líderes cristianos en América Latina como hubo en otras épocas. Pero —dice a continuación— debemos reconocer lo poco que hacemos para que así sea». Ahí viene lo que vos estás planteando. No quiero aburrirte...

**LMC: Lejos de aburrirme, su charla me abre muchas ideas que procesaré en estos meses. Usted ha vivido mucho de esta historia reciente como protagonista, además, no solo como ciudadano. Yo también la viví, pero era muy joven...**

**CVK:** Yo entré con mi hermano al Encuentro de Juventud Católica a los doce años y participé en la mejor etapa de la Iglesia activa en la sociedad hasta que se armó el gran lío de fines de los sesenta. Varios de los que participaban entonces ya murieron. Hoy, cincuenta o sesenta años después, tenemos que ver cómo seguimos, cómo hacemos para divulgar estas ideas. Yo creo que la Iglesia debería estar mucho más comprometida, pero por ahí la gente espera algo de otro tipo. Hay mucho por hacer. Yo te aliento a seguir estudiando. Desde lo filosófico y desde la praxis política.

### **C. ENTREVISTA A GUSTAVO BÉLIZ**

Gustavo Béлиз nació en la ciudad de Buenos Aires, República Argentina, en el año 1962. Abogado de profesión, ha ejercido como periodista y desempeñado importantes cargos públicos. Culminó sus estudios como abogado en la Universidad de Buenos Aires y cursó estudios de posgrado en la London School of Economics en el año 1994.

Hacia finales de la década de 1980, estuvo a cargo de la sección editorial del diario La Razón, de Buenos Aires, hasta que en 1989 fue designado al frente del Instituto Nacional de la Administración Pública, que tiene a su cargo la formación de los funcionarios a nivel nacional. En 1992 fue designado secretario de Estado de la Función Pública y luego ministro del Interior durante el gobierno de Carlos Saúl Menem. Renunció en 1995, denunciando la corrupción de muchos de los funcionarios del entorno del presidente y fundó un nuevo partido, llamado Nueva Dirigencia. Desde allí participó en las elecciones como candidato a jefe de Gobierno porteño, donde obtuvo cinco bancas de convencionales para la Asamblea Constituyente de la ciudad.

En 1997 resultó elegido diputado de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, junto con otros 10 miembros de su lista.

En el año 2000, su partido realizó una alianza electoral con Acción por la República, la agrupación fundada por Domingo Cavallo, y obtuvo el segundo lugar en las elecciones, lo que amplió su bloque de diputados hasta el número de veinte.

En 2001 encabezó una nueva coalición, a través de la cual fue elegido senador nacional por la Ciudad de Buenos Aires, cargo que no pudo asumir.

En el año 2003, su partido integró el naciente Frente para la Victoria, que llevó como candidato a presidente a Néstor Kirchner.

En la presidencia de este último, fue designado como ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, y desde allí impulsó una de sus ideas principales, persiguiendo la transparencia de la justicia federal y alentando la iniciación del juicio político de algunos miembros de la Corte Suprema de Justicia, sospechados de corrupción.

Renunció en el año 2004. A partir de entonces, y durante 10 años, fue funcionario del Banco Interamericano de Desarrollo, con sede en Washington, donde desde 2014 dirige el Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe. En el año 2019, fue convocado por el recientemente elegido presidente, Alberto Fernández, para conducir la Secretaría de Asuntos Estratégicos de la Nación, cargo que ocupó hasta su renuncia, en el año 2022.

Fue profesor titular en la Facultad de Ciencias de la Información de la Uni-



versidad Austral y profesor titular en el Máster de Gestión de la Comunicación de Organizaciones e investigador asociado en el Instituto de Altos Estudios Empresariales.

Fue elegido como uno de los 10 Jóvenes Sobresalientes de la República Argentina por la Cámara Junior de Buenos Aires (1992), y en 1999 fue distinguido por la revista *Time* y la cadena *CNN* como uno de los cincuenta Líderes Latinoamericanos del Tercer Milenio. Ha publicado los siguientes libros: *Argentina hacia el año 2000* (1986); *CGT, el otro poder* (1988); *La Argentina ausente* (1990); *Vale la pena: adiós a la vieja política* (1993); *Política social, la cuenta pendiente* (compilador, 1995); *Buenos Aires vale la pena* (1996); *No robarás. ¿Es posible ganarle a la corrupción?* (compilador, 1997); *Proyecto Ciudad* (1999); *La cultura profesional del periodismo argentino* (coautor con Enrique Zuleta Puceiro, 1999), y *El otro modelo* (2000).

El supuesto asesinato del fiscal Alberto Nisman —que al día siguiente iba a denunciar oficialmente a la presidenta del país, Cristina Kirchner, como responsable de encubrimiento en la matanza de la institución judía Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA)— y las graves sospechas que pesaron sobre un exdirector de la SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado) sobre el que Béliz había advertido en su momento del peligro que representaba volvieron a ponerlo en el tapete como un símbolo de incorruptibilidad y veracidad en la Argentina. Siempre fue considerado por tirios y troyanos como un ejemplo de político joven, honrado y valiente para denunciar la corrupción y, a la vez, renunciar a sus importantes cargos cuando detectaba que su entorno no era limpio.

Recientemente, ha sido designado por el papa Francisco como miembro de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales.

A continuación, transcribimos textualmente el resultado de una entrevista realizada en el mes de octubre de 2017.

**LMC:** Desde los comienzos de su actividad política, usted parece haber tenido en claro la importancia de formar a quienes deben llevar adelante cargos de gobierno. No solamente desde lo puramente técnico-profesional, sino también desde una perspectiva axiológica y ética. ¿Cómo puede evaluar su paso como director del Instituto Nacional de la Administración Pública y la Secretaría de Estado de la Función Pública?

**GB:** La formación de los dirigentes de Gobierno tiene que ser multidimensional, y en el mundo de hoy debe asociar la tecnología a los valores. Necesitamos consolidar gobiernos «de precisión», capaces de manejar, por ejemplo,

grandes bases de datos, y de hacerlo para mejor optimizar el desarrollo de políticas públicas. La formación no puede estar aislada de la carrera profesional, que es el principal incentivo para que los gestores públicos adviertan que el proceso educativo está atado a la mejora profesional. En aquel momento, identificamos los 1500 cargos críticos de la alta dirección y establecimos un proceso de formación intensiva, selección por concurso y sistema de mérito en la ponderación de las calificaciones. Fueron elegidos por primera vez en muchos años directores nacionales de los ministerios por concurso, en procesos abiertos, transparentes y competitivos. Lo denominamos Sistema Nacional de la Profesión Administrativa. Y lo hicimos con el acuerdo de las representaciones de los trabajadores y con el apoyo de los empresarios privados, que también cooperaron en este acuerdo como política de Estado. Como parte de estas iniciativas, instituímos un Premio Nacional a la Calidad en el Sector Público y se consagraron legislativamente las Convenciones Colectivas de Trabajo del sector público. Lamentablemente, luego de nuestro alejamiento se discontinuaron gran parte de estas reformas.

**LMC: ¿Usted cree que la aspiración a la vida virtuosa de los dirigentes tiene vinculación directa con los resultados de su labor de gobierno?**

**GB:** Si la política es la construcción del bien común, el dirigente tiene que cultivar virtudes, sin dudas. Nadie puede dar lo que no tiene: si hay vicios enraizados en lo personal, estos se trasladan inevitablemente a la labor de gobernar. El dirigente a menudo siente que es eterno y omnipotente y que nadie, nunca, le va a pedir cuentas de sus actos.

**LMC: Usted ha participado como ministro de dos gobiernos que, aunque pertenecientes al Partido Justicialista, se han presentado como antitéticos, el del Dr. Carlos Saúl Menem, con quien se desempeñó como ministro del Interior, y el del Dr. Néstor Carlos Kirchner, de quien fue ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos. En ambos casos renunció. ¿Qué lo llevó a aceptar esos cargos... y qué ocasionó su salida?**

**GB:** En ambas ocasiones tuve la oportunidad de impulsar reformas importantes y, en muchos casos, de comenzar a concretarlas. Cuando advertí que no se estaba cumpliendo con las expectativas que la ciudadanía depositaba y que no tenía respaldo en mi ámbito de influencia para encauzarlas positivamente, decidí apartarme. Aclaro que lamentablemente lo ético o antiético no ha sido monopolizado por partido alguno en la Argentina, sino que ha sido un denominador común que atravesó diferentes expresiones político-partidarias.

**LMC: Aunque la inquietud por formar una nueva dirigencia, ide hecho, así se llama el partido que usted fundó en 1996!, permea toda su obra escrita,**

hay dos libros suyos que hablan de manera más directa de la importancia de que el dirigente lleve adelante una vida ejemplar: Vale la pena: adiós a la vieja política y No robarás. *¿Es posible ganarle a la corrupción?* Me gustaría saber si cree que ha habido cambios, para mejor o para peor, desde que fueron escritos, en la década de los 90, hasta hoy.

**GB:** En muchos aspectos, conservan una actualidad dolorosa.

**LMC:** En la Antigüedad clásica, tanto con Sócrates, Platón y Aristóteles, como con Jenofonte y, principalmente, con Plutarco, se tenía el convencimiento de que era fundamental la formación desde pequeños de quienes habrían de regir los destinos de la sociedad. Esa tarea hoy parece haber quedado en el olvido, o ha sido reducida a una mera formación técnica, despojada de cualquier consideración ética y filosófica. ¿Piensa usted que el recurso a los clásicos podría ser una herramienta de utilidad en un renacer de la ciencia política y la filosofía política?

**GB:** Sin duda los clásicos aportan una mirada antropológica fundamental. Lo nuevo, muchas veces, es «recordar lo olvidado». Si hasta se está dando la gran paradoja de que existen en el mundo en la actualidad crecientes experiencias de entrenamiento ético de los robots, especialmente en aquellas máquinas que realizan tareas de aprendizaje profundo a través de *softwares* de inteligencia artificial. Lo peor que nos podría pasar es tener una inteligencia artificial que conviva con una ética artificial, *light*, meramente maquillada, pero sin raíces antropológicas verdaderas.

**LMC:** Una idea de fondo, que es frecuentemente mencionada por Ricardo Rovira Reich, es que las virtudes humanas generales no alcanzan para hacer de una buena persona un buen gobernante: un muy buen padre de familia puede, sin embargo, ser un pésimo dirigente de empresa o un pésimo gobernante. Por lo tanto, pensamos que es muy importante hacer ver que, aunque las virtudes humanas generales pueden ser consideradas «un prerrequisito» para llevar adelante un buen gobierno, además de las condiciones y la formación técnicas propias del cargo, hace falta tener también unas cualificaciones específicas.

**GB:** Naturalmente, la actividad pública es una ciencia que tiene sus propios requisitos. Los valores y las virtudes, en todo caso, iluminan la acción del gobernante, sin eximirlo de capacitarse en los aspectos específicos técnicos. Y, sobre todo, en la virtud de la prudencia y el amor. Sin amor, sin sentir al otro como un prójimo, la política se convierte en un disfraz. La construcción de puentes y la cultura del encuentro que tanto predica Francisco es otra condición indispensable para consolidar diálogos profundos.

**LMC:** La hipótesis es que hay una ética general de la persona y una ética específica del gobernante, y una ética específica del empresario, pues para ejercer dichas tareas, para llevar adelante esas vocaciones, hacen falta condiciones distintas. Rovira suele decir que en eso tenía razón Maquiavelo, que afirmaba que el ejercicio político tiene una especificidad que lo distingue de los actos morales generales. El político, como virtudes propias, debe tener «mano izquierda», la capacidad de negociación y de persuasión, «gramática parda», etcétera.

En el mundo actual, todo parece indicar que estas virtudes propias del político son cada vez más necesarias... ¿Usted ha analizado estas ideas?, ¿qué opinión le merecen?

**GB:** La gran diferencia es que un acto negativo del político no solo vulnera un principio moral abstracto, sino que daña a millones de personas. Los políticos son hombres ordinarios sometidos a tentaciones extraordinarias. De ahí la necesidad de formarlos especial y permanentemente. La mala praxis del político puede desencadenar tragedias sociales.

**LMC:** Respecto de estas consideraciones, podría servir también el ejemplo de Mirabeau, tan bien descrito por Ortega y Gasset. Para él, el político es como un artista y, por lo tanto, puede hacer bien su tarea, incluso siendo una malísima persona en el orden familiar, moral, etcétera.

Aunque nosotros creemos que, cuando uno es una mala persona en el orden moral, eso repercute en su actuación pública... Sin llegar a los extremos de Mirabeau, a lo mejor una persona que no es moralmente muy elevada, si vive las virtudes específicas del político, podría llegar a ser un buen político. ¿Qué reflexión le merecen estas consideraciones?

**GB:** No comparto esta aproximación. De nuevo, nadie puede dar lo que no tiene. La visión maquiavélica de la política le ha hecho un gran daño a la vida pública, porque la recubre de un supuesto pragmatismo. Esto nos conduce en cierto modo al tema de los medios y los fines. Los fines que se persiguen en la política solo pueden parecerse a los medios que se emplean en conseguirlos. Y el dirigente, en definitiva, es un medio para la obtención de un fin. Si no está bien nutrido interiormente, se convierte en un analfabeto emocional y en un «desinteligente» espiritual, que se agota en sí mismo a través de múltiples expresiones. Si la política es una de las más altas formas del amor, para elevarse en esa tarea no se puede contar con dirigentes que tienen una doble ética o una doble moral. La unidad de vida resulta esencial.

# | Conclusiones

A la hora de extraer algunas conclusiones del estudio precedente, nos sentimos impulsados a no ser reiterativos, ya que en el capítulo cuarto hemos ido intercalando —en diálogo con la opinión y actuación de algunos importantes protagonistas de la historia política reciente de la Argentina— los contrastes entre el estilo preponderante de nuestros gobernantes de las últimas décadas y lo que se aconsejaba para la educación política de los antiguos grecorromanos. El patrón de contraste —que pretendíamos en la Introducción— nos parece que ya está suficientemente establecido, y así nos sentimos eximidos de alargar excesivamente las conclusiones.

En la actualidad, como hemos dicho antes en este trabajo, existen múltiples situaciones, en todo el mundo, que llevan a plantearse si es válido y tiene sentido hablar de virtudes —cualidades morales— y confianza —como consecuencia de ese comportamiento virtuoso— en un estudio de esta naturaleza, vinculadas a los altos niveles de corrupción política que existen en todas partes del mundo. La corrupción política, además de su naturaleza *per se* contraria a la ética y la virtud, es una flagrante traición a la confianza pública y, al mismo tiempo, es también una poderosa generadora de desconfianza. Por eso quizás sería más lógico intentar descubrir cómo lograr que los individuos y las instituciones de una sociedad sobrevivan y progresen «pese» al Estado y sus gobernantes, y no «junto a ellos».

En casi todas las latitudes, parece hoy generalizado el desprestigio de la actividad política, que tiene como causa principal el defectuoso desempeño y la escasa preparación ética y técnica de los políticos y gobernantes. Artículos y libros en las últimas décadas continuamente reclaman una regeneración de esa actividad —tan importante para el bienestar de todos— y expresan el deseo de convocar a los mejores para la función de gobierno, como solía ocurrir antaño.

Creo que, precisamente, es esta realidad la que justifica más que nunca esta investigación. Es necesario romper el círculo vicioso. Alguien tiene que dar el primer paso. Al decir de Robert Spaemann (2005), la confianza obliga y motiva a quien se le otorga para justificarla a *posteriori*; es decir, estamos ante una «prestación anticipada». En el mismo sentido, en su famoso libro sobre la confianza, se expresa Francis Fukuyama (1998). Cada vez queda más clara, entonces, la íntima relación que existe entre ese factor de aglutinamiento social, que es la confianza, y el ejercicio virtuoso del poder por parte del gobernante.

El habitante de un país en el que este vínculo entre gobernantes y gobernados es inexistente o insuficiente, que sabe que nada se espera de él a la hora de contribuir al bien común, estando en su lugar de origen, si tiene oportunidad de saltarse las reglas de convivencia para obtener un beneficio personal sin un alto riesgo de ser sancionado, probablemente lo hará. La misma persona, en un país en el que sabe que se espera de él un determinado comportamiento, incluso si el riesgo de ser descubierto es asimismo bajo, posiblemente no cometa el acto antisocial.

Margaret MacMillan (2017), la rectora del St. Antony's College de Oxford y catedrática de Historia Internacional en la misma universidad, publicó un libro sobre las razones ambientales, históricas y coyunturales que propician o dificultan el éxito en el gobierno, así como las cualidades y características que han tenido quienes destacaron para bien o para mal en esa función. Estudia agudamente los casos de Otto von Bismark, del canadiense William Lyon Mackenzie King, de Franklin Delano Roosevelt, Margaret Thatcher, Woodrow Wilson, Josef Stalin, Adolf Hitler, Richard Nixon y Samuel de Champlain, entre otros. Sus conclusiones como historiadora recuerdan a algunas de Plutarco: quienes se impusieron e influyeron fueron aquellos que supieron descubrir lo que en ese momento su sociedad sentía que necesitaba y, más aún, las tendencias a largo plazo, hacia dónde se dirigía: la *longue durée* de Fernand Braudel. No siempre, pero sí en ciertos momentos, tiene importancia quién está al timón (piénsese en la Rusia soviética de Gorbachov...). Esta autora describe las consecuencias de la *hybris* —tan tratada por el pensador de Queronea—, la osadía, la curiosidad y la capacidad de observación, temas todos que deben consignarse también a la hora de evaluar capacidades de dirección y gobierno (MacMillan, 2017). Así, sostiene que Margaret Thatcher no fue una mujer puramente de ideas, sino una mujer de creencias que valen más que aquellas. Las creencias, por supuesto, a veces pueden volverse nefastas, como fue la influencia tan pocas veces comentada de la doctrina darwinista en la mente simplista de Hitler.

Plutarco dedicó un tratado entero al peligro de la *hybris* (soberbia/arro-

gancia) y MacMillan (2017) explica cómo los propios defectos personales de Wilson impidieron que se llevara a cabo su gran visión del mundo al proponer la creación de la Sociedad de Naciones a la que, por culpa de su mal carácter, no se incorporó su país. Una vez más, la falta de una virtud, la «masedumbre», en este caso, tiene consecuencias históricas.

Si queremos contribuir a la construcción de una sociedad civil sana, es absolutamente imprescindible comenzar a dar los pasos necesarios para generar un marco de unión entre los distintos actores que la componen. Quizás el modo más simple o más eficaz de dar ese primer paso sea hacerse uno confiable, que es la otra cara de la misma moneda; la que se vincula a la lealtad.

El gobernante, sin dudas, tiene una misión primordial en este proceso de generación y retroalimentación, a través del ejercicio de las virtudes que hemos descrito en este trabajo.

La concepción del Estado propia de la modernidad ha querido compatibilizar «libertad de mercado» con fuertes regulaciones correctivas del mercado, y en ese esquema ha suplantado a la familia en muchas de sus funciones, consideradas esenciales e indelegables hasta el siglo pasado. Todo ello ha sido hecho en nombre de una «razón razonable» que pretende hacer compatibles la razón y la libertad, bases de la democracia.

El Estado benefactor tiene un problema profundo y desaglutinante: no fomenta la iniciativa constructiva particular de los ciudadanos, pues cualquier iniciativa «no controlada» puede acabar con el frágil equilibrio alcanzado. A diferencia del Estado providencia, que ha de basarse en las directivas emanadas de ese Estado que se supone neutral y absolutamente racional, la sociedad civil depende de la construcción de hábitos, costumbres y una ética...

El Estado, para estar en condiciones de cumplir realmente su fin, que no es otro que promover el bien común, deberá fomentar por todos los medios a su alcance la iniciativa particular, la confianza en las instituciones y la seguridad jurídica, y esto no se logra si no es a través de un ejercicio ético del poder que permita la identificación con el gobernante. Evidentemente, esa interrelación será fructífera solo en la medida en que podamos razonablemente suponer que cada uno cumplirá con su parte del pacto. Es un diálogo complejo y permanente entre otorgar confianza y mostrarse leal.

Se presenta como absolutamente necesaria la clara conciencia de pertenencia a un proyecto común. Y un ejercicio correcto, ético y virtuoso del poder por parte de los gobernantes surge como condición de posibilidad del éxito de cualquier sociedad. Esto requiere, a su vez, un sentido de lo «nuestro» que permite al individuo trascender el «yo» y lo convierte en parte integrante del todo

social, que ya no es visto como mera agregación de individuos, sino como una entidad que los contiene y los supera al mismo tiempo.

A lo largo de los capítulos que componen este trabajo, hemos visto, entonces, lo que entendían por virtudes políticas los principales autores clásicos y qué cualidades eran consideradas necesarias para el buen gobierno de los Estados. Al vincular esos conceptos con la historia reciente de la Argentina, hemos podido plantear como plausible la posible interrelación entre comportamientos éticos y resultados favorables, pero para algunos puede subsistir el interrogante acerca de si la vida virtuosa del gobernante es un valor o un bien en la actualidad...

Es posible que, en épocas normales, sin sobresaltos, la masa, la plebe, el común de los mortales, no se pregunte en profundidad sobre cómo viven sus gobernantes; pero, ante las dificultades, ante la necesidad de contar con una mano firme en el timón, el pueblo necesita un líder que sirva de referencia, capaz de resistir la tentación (la virtud probada de la que nos hablaba Séneca!), de renunciar a su propio interés y de sacrificarse por el bien común.

A la vista de los resultados de lo ocurrido en los últimos tiempos, es posible decir que, a partir de la reciente crisis, ha vuelto a ponerse en el centro la necesidad de que los gobernantes den el ejemplo.

Actualmente, existen muchos líderes que no son reconocidos por la solidez de sus argumentos, sino por la capacidad de inspirar que se puede descubrir en sus vidas. Creemos que un ejemplo muy claro de ello es el papa Francisco, que ni es un gran filósofo, como lo fue san Juan Pablo II, ni es un teólogo reconocido, como lo fue el papa emérito Benedicto XVI, recientemente fallecido, sino que se caracteriza por ser un verdadero pastor. «El párroco del mundo» lo han llamado alguna vez, una referencia luminosa a la que puede referirse toda persona en los momentos difíciles o de oscuridad. Es suficientemente conocida la aseveración del papa san Pablo VI, que afirmaba que el mundo actual precisa más de testigos que de profetas (*Passim*) Sigue siendo actual, por tanto, la afirmación de Plutarco: *verba movent, exempla trahunt*. Se podrá objetar a este planteo que no es lo mismo la religión que la política, pero el ejemplo sirve por la trascendencia que la Iglesia católica tiene también en el plano civil.

El somero estudio realizado páginas arriba sobre Marco Aurelio nos puede retrotraer a la siguiente reflexión: era muy difícil tener mejor educación y formación que la que tuvo él, tanto en el orden espiritual, intelectual y filosófico como en el orden de la praxis política recibida directamente de su padre adoptivo, Antonino Pío. Tuvo todo el poder político un hombre que se había dedicado a fondo a trabajar sobre sí mismo en cuanto a virtudes, precedido,



además, por el prestigio de sus mayores y el propio. Y, sin embargo, su religión pagana le impidió ser justo con los cristianos: allí no se notó su magnanimidad de otras ocasiones. Podemos decir que le faltó visión de la realidad, de la grandeza y del futuro de aquella naciente religión que transformó su mundo, el mundo antiguo. Es obvio que un gobernante que no posea una buena formación religiosa puede llegar a ser un gran gobernante, pero poseerla parece ser también una ventaja, aunque no imprescindible, y más en países de raíces cristianas como los de Occidente, y en la Argentina en particular. Puede ser una condición y ventaja sobreañadida, también, para conocer mejor al pueblo que se ha de gobernar y para tener mayor sintonía con la verdad.

Puede resultar desesperanzador tener que remontarnos hasta la Antigüedad para encontrar gobernantes ejemplares, pero eso no es necesario. También en la época contemporánea podemos encontrar ejemplos de políticos que han puesto en práctica estas ideas, más que antiguas, eternas.

Además de algunas experiencias como las analizadas en el capítulo anterior, podemos mencionar lo realizado por los llamados padres fundadores de la Unión Europea (Schumann, Adenauer, Monnet y De Gasperi), que, incluso concediendo la posible existencia de errores en la conformación de este bloque continental, se caracterizaron por ser grandes estadistas y hombres virtuosos versados en el pensamiento clásico. De alguna manera, es posible decir de ellos que parieron el mundo actual. El reciente libro —que recoge cinco años de seria investigación sobre la vida privada y pública de esos pioneros de la unidad europea— de Victoria Martín de la Torre, *Europa, un salto a lo desconocido* (2015), es una demostración palmaria de la tesis sostenida en las anteriores páginas de nuestro estudio.

La experiencia argentina de las últimas décadas demuestra que la bonanza, el desarrollo, la estabilidad y el bien común no son elementos dados, sino que deben ser contruidos; y al vincular lo acontecido en ese país con la experiencia de otros sitios, que han padecido con mayor virulencia las consecuencias de las últimas crisis, surge claramente que en la actualidad no alcanza solamente con realizar algunos ajustes al sistema vigente hoy, sino que es necesario repensar nuevas maneras de ejercer el gobierno y la autoridad, nuevas formas de dirigir la sociedad, la empresa, etcétera.

Con estas páginas, escritas a partir del conocimiento adquirido como profesional, docente y político, aspiramos a contribuir humildemente en esta tarea.



# | Referencias

**Alberdi, Juan Bautista (1852).** Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina. Imprenta Argentina. [https://www.google.com.ar/books/edition/Bases\\_y\\_puntos\\_de\\_partida\\_para\\_la\\_organi/N6dcAAAACAAJ?hl=es&gbpv=1&printsec=frontcover](https://www.google.com.ar/books/edition/Bases_y_puntos_de_partida_para_la_organi/N6dcAAAACAAJ?hl=es&gbpv=1&printsec=frontcover)

**Álvarez Morán, M. C. y Iglesias Montiel, M. R. (1999).** Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio: actas de congreso internacional de los clásicos. La tradición grecolatina ante el siglo XXI. Universidad de Murcia.

**Alvira Domínguez, R. (1989).** ¿Qué es el humanismo empresarial? Cuadernos Empresa y Humanismo, (17), 2-15. <https://dadun.unav.edu/handle/10171/3648>

**Alvira Domínguez, R. (1995).** Intento de clasificar la pluralidad de subsistemas sociales, con especial atención al derecho. Persona y Derecho, 33, 41-51. <https://dadun.unav.edu/handle/10171/12872>

**Aristóteles. (2004).** Política. Tecnos. (Publicación original ca. 330-323 a. C.).

**Aristóteles. (2009).** Ética a Nicómaco. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. (Publicación original 349 a. C.).

**Beker, V. A. y Escudé, G. J. (2008).** Vida, pasión y muerte de la convertibilidad en Argentina. Estudios Económicos, 25(50), 1-36.

**Béliz, G. (1993).** Vale la pena: adiós a la vieja política. Sudamericana.

**Béliz, G. (Comp.). (1997).** No robarás. ¿Es posible ganarle a la corrupción? Editorial de Belgrano.

**Borges, J. L. (1998).** Otras inquisiciones. Alianza.

**Boron, A. (Comp.). (1999).** La filosofía política clásica. De la Antigüedad al Renacimiento. CLACSO-EUDEBA.

**Calvino, I. (1993).** Por qué leer los clásicos. Tusquets.

**Catholic.net. (17 de diciembre de 2006).** El cardenal Martino: la Doctrina Social de la Iglesia es «demasiado desconocida». <https://es.catholic.net/op/articulos/54016/cat/573/el-cardenal-martino-la-doctrina-social-de-la-iglesia-es-demasiado-desconocida.html#modal>

**Cavallo, D. F. (1989).** Economía en tiempos de crisis. Sudamericana.

**Cavallo, D. F. (1991).** Volver a crecer. Sudamericana.

**Cavallo, D. F. (1997).** El peso de la verdad. Sudamericana.

**Cavallo, D. F. (2001).** Pasión por crear. Planeta.

**Cavallo, D. F. (2009).** Camino a la estabilidad. Sudamericana.

**Cavallo, D. F. y Cavallo Runde, S. (2017).** Argentina's Economic Reforms of the 1990s in Contemporary and Historical Perspective. Routledge.

**Cavallo, D. F. y Cavallo Runde, S. (2018).** Historia Económica de la Argentina. El Ateneo.

**Cicerón, M. T. (1991).** De re publica (traducida y anotada por Álvaro d'Ors y revisada por Antonio Fontán). Gredos. (Publicación original ca. 55-51 a. C.).

**Deleis, M., De Titto, R. y Arguindeguy, D. (2000).** El libro de los presidentes argentinos del siglo XX. Aguilar.

**Díez de la Cortina Montemayor, E. (2005).** Historia de la filosofía. La filosofía griega. Sócrates. Cibernous.

**Drucker, P. (1954).** The Practice of Management [La práctica del management]. Harper and Row.

- Eiseley, L. (1963).** El firmamento del tiempo. Compañía General Fabril.
- Fazio, M. (2013).** Evangelio y culturas en América Latina. Logos.
- Floría, C. y García Belsunce, H. (1992).** Historia de los argentinos (Tomos I y II). Larousse.
- Fontán, A. (1974).** Humanismo romano. Planeta.
- Fosbery, A. (1989).** La República ocupada. Vórtice.
- Fosbery, A. (2010).** Las vertientes de la argentinidad. Aquinas.
- Francisco. (2013).** Oremos para que los políticos nos gobiernen bien. Vatican. [https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco\\_20130916\\_politicos.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20130916_politicos.html)
- Frías, P. J. (1995).** La vida pública y sus protagonistas. El Copista.
- Fukuyama, F. (1998).** Confianza. Grupo Zeta.
- Gadamer, H. G. (1977).** Verdad y Método. Sígueme.
- García Díaz, S. (2005).** Cómo salvar la política. Se trata de nuestros hijos. Anábasis.
- Gerchunoff, P. y Fajgelbaum, P. (2006).** ¿Por qué Argentina no fue Australia? Una hipótesis sobre un cambio de rumbo. Siglo XXI Editores.
- Ghiretti, H. (2002).** La encrucijada argentina. Humanitas, (26), 210-219.
- Grimaldi, N. (2000).** El valor de la confianza para la vida empresarial. Revista Empresa y Humanismo, 2(1), 199-210. <https://revistas.unav.edu/index.php/empresa-y-humanismo/article/view/33423>
- Hare, R. M. (1982).** Platón. Alianza.
- Irazusta, J. (1977).** La política, cenicienta del espíritu. Dicio.
- Isócrates. (1980).** Discursos II (Introducción, traducción y notas de J. M. Guzmán Hermida. Revisada por M. López Salvá). Gredos.

**Jay, A. (1967).** Management and Machiavelli [Management y Maquiavelo]. Curtis Brown Group Ltd.

**Jenofonte. (1993).** Memorabilia (Recuerdos de Sócrates). Gredos. (Publicación original ca. 394-387 a. C.).

**Jenofonte. (2007).** Ciropedia. Gredos. (Publicación original 1476).

**Levene, G. (1973).** Historia de los presidentes argentinos (Tomo II). Sánchez Teruelo Editor.

**Levene, R. (1941).** Historia de la nación argentina. El Ateneo.

**Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005).** El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas. Ariel.

**Luna, F. (1997).** Breve historia de los argentinos. Planeta.

**Luna, F. (2006).** Soy Roca. Sudamericana.

**Lynch, J. (1989).** Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826. Ariel.

**Lynch, J., Cortés Conde, R., Gallo, E., Rock, D., Torre, J. C. y De Riz, L. (2001).** Historia de la Argentina. Crítica.

**MacMillan, M. (2017).** Las personas de la historia. Sobre la persuasión y el arte del liderazgo. Turner Noema.

**Maquiavelo, N. (2011).** El Príncipe. Tecnos.

**Marco Aurelio. (2001).** Meditaciones. (F. Cortés y M. Rodríguez Gervás, trads.). Cátedra. (Publicación original ca. 170-180).

**Martín de la Torre, V. (2015).** Europa, un salto a lo desconocido. Encuentro.

**Marún, A. (2002).** Argentina: su decadencia secular. Ediciones de la Docta.

**Meneghini, M. A. (2008).** La política: obligación moral del cristiano. El Copista.

**Montaigne, M. (2007).** Los ensayos. Acantilado.

**Negre, M. I. (2006).** Entrevista a Stefano Zamagni. Observatorio de la Economía Latinoamericana, (68). <https://www.eumed.net/cursecon/ecolat/ar/2006/zama.htm>

**Platón. (1958).** Menón. Instituto de Estudios Políticos. (Publicación original ca. 386-382 a. C.).

**Platón. (2002).** Las Leyes. Alianza. (Publicación original ca. 360 a. C.).

**Platón. (2005).** Apología de Sócrates. Critón. Carta VII. Espasa Calpe.

**Platón. (2012).** República. Silvio Berlusconi Editore. (Publicación original ca. 370 a. C.).

**Platón. (2014).** Apología de Sócrates. Universitaria. (Publicación original ca. 393-389 a. C.).

**Plutarco. (1971).** Alejandro y César (vidas paralelas). Salvat. (Publicación original ca. 100-110).

**Plutarco. (1985-2010).** Vidas paralelas (8 Vols.). Gredos. (Publicación original ca. 100-110).

**Plutarco. (2009).** Consejos a los políticos para gobernar bien (J. García López, trad.). Siruela.

**Posse, A. (2003).** El eclipse argentino. Emecé.

**Rovira Reich, M. (2002).** Ortega desde el humanismo clásico. Eunsa.

**Rovira Reich, R. (2012).** La educación política en la antigüedad clásica. El enfoque sapiencial de Plutarco. BAC-UNED.

**Sainte-Beuve, C. A. (2011).** ¿Qué es un clásico? Casimiro.

**Salazar Carrión, L. (2004).** Para pensar la política. Universidad Autónoma Metropolitana.

**Santoro, D. (1994).** El hacedor. Planeta.

**Séneca, L. A. (2004).** Sobre la providencia. El Cid Editor. (Publicación original ac. 63)

**Spaemann, R. (2005).** Confianza. Revista Empresa y Humanismo, 9(2), 131-148. <https://revistas.unav.edu/index.php/empresa-y-humanismo/article/view/33333>

**Strauss, L. (1970).** ¿Qué es filosofía política? Alianza.

**Sturzenegger, F. (2013).** Yo no me quiero ir. Planeta.

**Suriano, J. (Coord.). (2005).** Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1976-2001). Sudamericana.

**Syme, R. (1958).** Tacitus. Clarendon Press.

**Wast, H. (1960).** Año X. Thau.







**Luis María Caballero** nació en Córdoba en el año 1977, es casado y tiene cinco hijos.

Es abogado (UNC) y escribano (US21). Realizó también el Máster y el Doctorado en Gobierno y Cultura de las Organizaciones del Instituto Empresa y Humanismo de la Universidad de Navarra y ha llevado adelante otros cursos de posgrado en la Argentina (UNC, UCC y US21) y en el exterior (UNAV).

Se desempeña como escribano en forma independiente y ha sido Director de coordinación Institucional y Comunitaria en la Secretaría de prevención de la drogadicción y lucha contra el Narcotráfico de la provincia de Córdoba.

Actualmente es decano de Ciencias del Derecho en la Universidad Siglo 21, a cuyo claustro docente pertenece desde el año 2013. Tiene, asimismo, el cargo de presidente de la Fundación Jérôme Lejeune Argentina y es vicepresidente de Civilitas – Asociación Civil – Centro de Estudios para la formación de dirigentes. Este es su tercer libro, y ha escrito numerosos artículos sobre tópicos vinculados al mundo del derecho, las políticas públicas y la discapacidad. Ha disertado como conferencista en diferentes ámbitos del país y el exterior.

Este análisis de la historia política argentina de las últimas décadas reviste gran interés en los tiempos que corren. La vinculación de la realidad del país con el pensamiento que sobre el buen gobierno tenían los clásicos, más aún.

El ejercicio que realiza el autor no es un simple juego intelectual, sino una labor política de relevancia que busca brindar elementos de juicio y propuestas concretas para remediar una de las principales falencias que parecen impedir la prosperidad argentina: la falta de formación ética de los dirigentes públicos. Las ideas de los grandes autores de la Antigüedad Clásica muestran su actualidad y perennidad al ser contrastadas con las de quienes, ya en tiempos modernos, han continuado pensando la Política, y con las de algunos de los protagonistas de la vida institucional argentina de las últimas décadas.

Este trabajo da razones para la esperanza y es una invitación concreta a la participación política, dirigida a los jóvenes.

ISBN 978-631-90229-7-1



9 786319 022971

UNIVERSIDAD  
**SIGLO 21**